

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 26 DE FEBRERO DE 1939

Suplemento Dominical

Las minas del rey Salomón por RIDER HAGGARD



La Novela

del Domingo

En Este
Número

Matrimonio
y Juicio
de los Actores
del Cine

Amores
para la
Felicidad

Historistas
para Niños

Novela
en
Serie



Trucutu

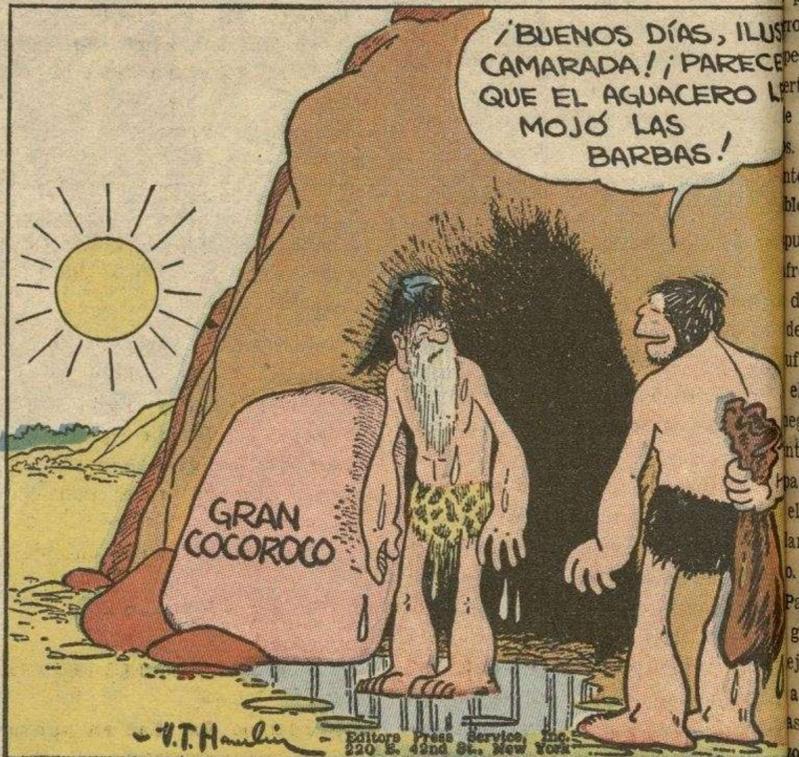


FRAGMENTOS DE ÉPOCA PRIMITIVA

LAS BEBIDAS EMBRIAGANTES FUERON DESCUBIERTAS EN LA EDAD DE PIEDRA. LOS PRIMITIVOS BEBÍAN PARA SENTIRSE SOBRENATURALES. LLAMABAN AGUARDIENTE A LA BEBIDA PORQUE ERA INFLAMABLE.

EL GIGANTESCO PANDA, UN RARO ANIMAL DE LA INDIA, PARECE TUVO ANTES PASADOS EN NEBRASKA, EE. UU. HACE 20 MILLONES DE AÑOS.

EN LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO HAY MÁS DE DOS MILLONES DE BLOQUES DE PIEDRA, CADA UNO DE LOS CUALES PESA DOS TONELADAS.



V.T. Hamilton - Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

Las Minas del Rey Salomón

CONTINUACION

RIDER

HAGGARD

El capitán, que jamás había visto a un «eland», quiso aprovechar la coyuntura. Dejó el rifle a Umbopa, para andar libremente, y acompañado de Khiva, el rapaz zulú, adelantó hacia el matorral. Curtis y yo quedamos aguardando, sentados en una piedra.

El sol declinaba entre maravillosas refulgencias de escarlata y oro. La brisa benigna del atardecer nos refrescaba las sienes. Contemplábamos absortos aquella incomparable hermosura de la tarde, cuando de repente oímos el bramido de un elefante, y divisamos—destacando como una colina sobre el resplandor del crepúsculo—una forma inmensa, que avanzaba al galope, con la trompa erguida. Y fuimos testigos de una escena horrible: el capitán y Khiva venían corriendo perseguidos de cerca por la bestia. Era el coloso herido horas antes, que ahora surgía de pronto atropellando furioso la manada de antílopes, loco de furor. Empuñamos rápidos los rifles. Pero era imposible disparar: hombres y fiera venían juntos, en un pelotón informe. Y así estábamos, inmóviles, temblando de espanto, cuando el capitán, calzado en pleno desierto con aquellas malditas polainas de señorito elegante, dió un resbalón y cayó de bruces en la cara del enorme bruto, que llegaba bramando.

Quedamos sin aliento. El capitán estaba irremisiblemente perdido. Corrimos instintivamente a socorrerle, sin saber cómo... Y entonces sucedió la tremenda desgracia. Khiva, el muchacho zulú (¡tan valiente y tan bueno!), viendo a su amo en el suelo, se detuvo, dió cara al elefante y blandiendo su azagaya, la arrojó con toda su alma contra la trompa del coloso. Este dió un bramido de furor, se lanzó sobre Khiva, lo derribó de un trompazo y, cogiéndole la cintura bajo una de sus patas, le agarró con la trompa por el pecho y le partió en dos pedazos, como si rompiera un junco.

Locos de horror, disparamos una y otra vez los rifles, hasta que el elefante se derrumbó como un monte sobre los restos sangrientos del pobre muchacho.

Nuestro dolor fué indecible. Curtido por cuarenta años de caza y carnicerías, no pude resistir la emoción y se me saltaron las lágrimas. Curtis, a mi lado, sollozaba como un chiquillo, y el capitán, causa involuntaria, de todo, él nada pudo evitar, se retorció las manos ante los restos del pobre zulú, que había dado su vida por salvarlo.

Sólo Umbopa encontró la expresión serena, viril, que calmó tanto desorden. Con paso lento y digno acercóse a los despojos de Khiva, que yacían en un charco de sangre, bajo la mole del elefante. Alzó el brazo, con sencilla majestad, y dijo:

—¡Ha muerto como un hombre!

—V—

A TRAVÉS DEL DESIERTO

Tardamos dos días en aserrar los colmillos que enterramos al pie de un ár-



bol corpulento y solitario, que en la inmensidad de la llanura era una señal inconfundible. El botín era espléndido. Cada colmillo representaba una pequeña fortuna. Sólo los del elefante mayor pesarían unos 80 kilos.

Al pobre Khiva lo sepultamos en la falda de un otero, al abrigo de un hontanar, respetando la antiquísima costumbre de su raza, le pusimos la azagaya al lado. Al alba del tercer día levantamos el campamento y emprendimos la marcha.

Tras muchas jornadas fatigosas, llegamos al kraal de Sitanda, a orillas del río Lukanga. Ese era, en realidad, nuestro verdadero «punto de partida». Allí empezaba lo desconocido y los grandes riesgos de nuestra empresa.

Recuerdo aquel lugar tal como lo vimos a nuestra llegada. A la derecha, esparcido y en ligero declive, había un miserable villorrio de negros, con sus corrales cercados de piedras y algunas parcelas de sembradío a la orilla del agua. Detrás de la aldea ondulaban praderas de hierba rala, de las que surgían a intervalos nubes de langostas. A la izquierda, no había más que la silenciosa, insondable inmensidad del desierto.

Anochece. Acampamos al borde mismo del río, que resbalaba entre arbustos

en flor. Delante se alzaba una colina calva. Después de alzar las tiendas, Curtis y yo nos encaminamos despacio hacia la cumbre. Aquella colina era la misma donde yo había visto, hacía veinte años y en un atardecer como aquel, la figura del pobre Silveira, aparecer destacando trágicamente sobre el resplandor del ocaso. Mientras subíamos la cuesta, el sol se hundía en el lejano horizonte, iluminando oblicuamente el desierto sombrío, envuelto en pavorosa quietud: ese desierto que mató al pobre Silveira y que tal vez nos mataría a nosotros. Contemplamos en silencio la soledad arenosa. El aire era suave y dulce: la hora, tranquila. En lontananza, como una sombra azulina, divisábamos la cordillera de Solimán, realzada por la franja pálida de sus nieves eternas.

Entonces sentí que alguien andaba sigilosamente a nuestras espaldas. Volví la cara y era Umbopa, que nos había seguido sin que lo advirtiéramos, y contemplaba también grave y pensativo, los montes lejanos. Al ver que le observaba avanzó, y dirigiéndose a Curtis, que lo había tomado particularmente a su servicio, señaló con su lanza hacia los montes, y le dijo:

—¿Es hacia allí, adonde diriges tus pasos, «Inkubú»?

«Inkubú» en zulú, significaba elefante, y era el nombre con que los negros designaban, con ingenuo respeto, la majestuosa corpulencia de Curtis. No dejó de molestarme el atrevimiento de Umbopa, y le pregunté enfadado qué manera de hablar a su dueño era aquella... Que los negros se sirven de motes para entenderse entre ellos es natural. Que me llamen a mí, pobre caza-

dor que vive de su trabajo, por un mote, pase. Pero que lo diga a su propio señor, era intolerable.

—¿Qué sabes tú? —replicó Umbopa— si yo soy o no igual al que me paga? Cierto que él pertenece a una casta superior: lo dicen su estatura y el poder de su mirada. Pero, ¿quién sabe si yo soy de una casta superior aún? Por lo menos soy tan fuerte como él. Háblele por mí, ¡Makumazán! Dí al Inkubú lo que te estoy diciendo. Tú también puedes oír lo que él y yo tenemos que hablar.

Yo estaba indignado. Jamás un cafre se había atrevido a hablarme así. Pero ese maldito zulú tenía un no sé qué, que me intrigaba y sus palabras me ponían en curiosidad... Traduje a Curtis lo que Umbopa decía, añadiendo que era un perfecto insolente.

Curtis, con su inagotable paciencia volvióse hacia el zulú, sonriendo:

—Hacia allí quiero ir, en efecto. Voy en busca de un hombre blanco, un hermano mío, que atravesó el desierto y no ha vuelto.

Umbopa asintió.

—Es verdad, Inkubú. Uno que vi en el camino me dijo que hace cosa de dos años un blanco había penetrado en el desierto seguido de un criado y ninguno de los dos ha vuelto.

—¿Por qué no lo has dicho? ¿Quién te contó eso?—pregunté con viveza.

—Un hombre que Umbopa encontró en las cercanías de Inyati. Dijo que el blanco se parecía mucho al jefe Inkubú, pero con la barba más oscura, y que el criado se llamaba Jim.

El lord permaneció pensativo.

—Si mi hermano resolvió atravesar el desierto —murmuró al fin— es seguro que lo atravesó o pereció en la empresa. No era hombre para detenerse por nada. O murió, o debe estar al otro lado de la montaña; allí es donde hay que buscarlo.

Umbopa, que comprendía el inglés, respondió gravemente, con los ojos brillantes:

—¡Es un viaje difícil, Inkubú!

Traduje estas palabras, y Curtis, que había cobrado afecto al zulú, le miró largo rato; luego se dirigió a mí:

—Dígale que para los hombres de corazón no hay ni desiertos inabordable, ni montañas imposibles de escalar, si ponen en ello la voluntad y el alma. Lo esencial es no querer demasiado la vida, y estar dispuesto a conservarla o perderla, según los designios de Dios.

Cuando el zulú comprendió estas palabras, su rostro se iluminó:

—¡Grandes palabras son esas, venerable Inkubú.— ¡Grandes y esforzadas palabras, dignas de la boca de un hombre! Porque, ¿qué es la vida? Es la semilla que el viento arrastra y esparce. Unas veces cae en tierra fecunda, y fructifera; otras, en roca dura, y se agosta... El hombre nació para morir. Tarde o temprano, ¿qué importa? El final es el mismo. ¡Voy contigo, Inkubú, adonde quieras, por monte o desierto, y te seré fiel mientras viva...

Enmudeció un instante. Y luego prorumpió en una de esas explosiones de salvaje poesía, tan frecuentes en los zulús, que sorprenden a quien por primera vez las escucha y que, a través de sus redundancias y nebulosidades aumentadas y transmitidas de generación en generación, demuestran que si la raza no es inteligente, es por lo menos retórica e imaginativa.

—Eres un hombre extraño, Umbopa —dijo Curtis, que lo había oído susurrar.

—Creo que nos parecemos mucho, Inkubú.

Tal vez yo busco también un hermano más allá de las sierras.

Fruñí el ceño, con recelo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú? —Poco, Makumazán. Al otro lado de la sierra hay un país de espléndidos jardines y de hombres valientes, y una calzada toda de granito. Por lo menos, eso dicen. En llegando, veremos.

Era evidente que sabía algo más. Sentí sospechas. Umbopa debió comprenderlo, porque añadió con dulzura:

—No temas, Makumazán, que no te tiendo asechanzas. Si logramos atravesar el desierto, hablaré. Pero mira que tras esas montañas está la muerte; alerta. Sé prudente; vuelve a tus elefantes...

Saludó con la azagaya, y volviéndonos las espaldas, se dirigió al campamento.

—¿Qué hombre tan raro! —murmuró Curtis.

—Demasiado —dije yo, pensativo.— Me molestan sus misterios y el aire profético... En fin, danzamos en una aventura fantástica y hasta parece natural que nos acompañe un zulú misterioso. Al fin y al cabo, ¿qué más da?

Al día siguiente comenzamos a pre-



parar la marcha. Era absurdo llevar a través del desierto todo el armamento y las provisiones. Despedimos, pues, a los acompañantes y no tuvimos más remedio que confiar el resto del equipaje a un viejo indígena, bribón redomado, dueño y señor del miserable vilorrio. Lo que más me contrariaba era dejar los magníficos rifles (que por su peso era imposible llevar) al cuidado de aquel pillo, cuyos ojos se fijaban ya en nuestros bienes, con un fulgor de codicia. Resolví tomar precauciones eficaces.

Cargué los rifles, y con voz cavernosa le dije que aquellos «tubos» estaban embrujados, de tal manera, que, apenas pusiera el dedo en ellos, los demonios saldrían echando rayos y truenos. Eso bastó, como yo había calculado, para que el cafre sintiese invencible curiosidad por averiguar si era cierto aquello. En cuanto di la vuelta, echó mano a uno de los rifles y apretó el gatillo. El «rayo» partió, con su correspondiente «trueno»; con tal acierto, que tumbó a una vaca que andaba pastando mansamente, y tiró de espaldas al cafre, del culatazo.

El espanto fué indecible. Apenas se levantó, temblando de pies a cabeza, fué hacia la vaca y se puso a dar vuel-

tas, mirando a todas partes. Luego insinuó que debía pagársela. Dijo un precio; no hice caso. Pidió menos; tampoco. Y con voz lastimera iba rebajando la cifra. Por fin, viendo que todo era inútil, exclamó a grandes gritos:

—¡Quiten de ahí esos demonios...! Póngalos sobre el tejado, en cualquier parte. ¡Ay de mí, que aquí no va a quedar nadie vivo!

Lo tranquilicé, le dije que, de no tocarlos, los tubos embrujados estarían tranquilos, sin hacer estragos y depositarlos en la misma cabaña del cafre en un rincón «sagrado». El viejo, con inmenso pavor, prometió guardarlos con la misma veneración que los huesos de su padre...

Luego dispusimos lo que nosotros cinco—Curtis, el capitán, yo, Umbopa y Vanvogel—debíamos llevar. Después de mucho calcular, no pudimos reducir los pertrechos a un peso menor de veinte kilogramos por persona; y eso no conservando nada más que lo de imprescindible necesidad. He aquí la lista de los efectos:

«Todas las armas largas, excepto los rifles:

Quinientos cartuchos.

Tres revólveres.

Seis cuchillos de caza.

Cinco grandes cantimploras con agua.

Veinticinco libras de carne en conserva.

Un botiquín con una onza de quinina.

El estuche de cirugía.

Diez libras de cuentas de vidrio, para conquistar a los indígenas.

Una brújula y un compás.

Navajas, cerillas, tabaco, un filtro de bolsillo, toallas, jabón y una botella de coñac.

Eso era todo, y aún era escaso para una campaña tan extraordinaria. Sin embargo, el peso era considerable para llevarlo bajo el sol abrasador del desierto.

Con gran trabajo logramos convenecer a tres negros para que nos acompañaran durante treinta kilómetros con calabazas de agua. Así podríamos rellenar nuestras cantimploras después de la primera etapa. Acordamos salir aprovechando la frescura de la noche. Dije a los negros que íbamos a caza de avetrucos, pero no me creyeron. Estaban convencidos de que moriríamos de sed, y yo, no andaba lejos de opinar lo mismo. Tenían miedo a los demonios y otros espíritus que, según creen andan libres por la inmensidad del desierto. Sólo accedieron a acompañarnos a cambio de unos cuchillos y una manta encarnada, que miraban como tesoros fantásticos.

Durante todo el día siguiente no hici-

mos otra cosa que dormir y descansar preparándonos para el magno viaje. Ponerse el sol tuvimos una espléndida cena, con carne abundante y un riquísimo «el último»—dijo John, con lancoia—que tal vez beberíamos en otro tiempo». Después, y hechos los últimos preparativos, esperamos saliera la luna. Cerca de las nueve salió por el horizonte, con serena y clara extensión del desierto—tan callada, impenetrable y virgen de huellas humanas, como el astro que pezaba a lucir.

Muy pronto, la más suave y espléndida luna que he visto en mi vida, se montó majestuosamente, derramando tan pura refulgencia, solemne y silenciosa, que, sin saber por qué, todos nos cubrimos en silencio, como ante la luz sagrada de un templo. ¡Mi vida ha sido muy dura, demasiado dura! A pesar de tantos golpes y adversidades, doy gracias a Dios por haberme permitido ver y admirar cosa tan hermosa e inefable como el nacimiento del pleniluno en la solemne quietud del desierto africano.

Todo estaba dispuesto; sin embargo, no acertábamos a dar el primer paso sobrecogidos por la honda incertidumbre que siempre asalta al hombre en lo desconocido. Recuerdo el momento como si estuviera viéndolo. Con su azagaya en la mano y la escopeta en la cadera, Umbopa, que iba a la cabeza, contemplaba absorto la llanura. Detrás de nosotros, estaban Vanvogel y los negros cargados con las calabazas de agua. Y nosotros, los blancos, muy apretados unos contra otros, sentíamos latir con fuerza nuestros corazones.

Lord Curtis, quitándose muy despacio el sombrero, dijo con emoción:

—Amigos, vamos a emprender una de las más arriesgadas aventuras que los hombres hayan intentado. No sé si será de nosotros; pero, tanto en la fortuna favorable como en la adversa, juntos sabremos conllevarla con valor. Ahora, recojamos un instante nuestras almas en el seno de Aquel que tiene en sus manos el destino de todos los hombres tales.

Bajó la cabeza sobre el pecho y permaneció inmóvil. El capitán John me imitamos con devoción. En aquel grave momento, la plegaria fué un mismo para mi conturbado espíritu. Yo me sentí más aliviado, más ligero, como si acabara de quitarme de encima un gran peso. Creo que el capitán, hombre religioso, a pesar de los ternos que se le escapaban, cuando se enfurecía, rezó también con íntimo recogimiento. Curtis era un viejo y noble hidalgo, hombre tradicional y de firmes creencias... Al cabo de un rato levantó la cabeza, miró en torno suyo, levantó el brazo y en tono resuelto, henchido de esperanzas, exclamó:

—¿Estamos?... Pues, ¡adelante con la ayuda de Dios.

Y resonaron los pasos sobre la tierra dura.

Para orientarnos en el desierto contábamos más que con la azulada luctuosa de los montes de Solimán y el itinerario que don José de Silveira, antes de su muerte, había trazado con sangre sobre un pedazo de su camisa. Cada uno de nosotros llevaba en el bolsillo una copia del rudimentario croquis. ¿Hasta qué punto nos serviría? Nuestra salvación dependía enteramente de hallar la cañada, el pozo o lo que fuese, de agua que el hidalgo portugués marcó a una cierta distancia entre la aldea de donde partimos de las sierras de Solimán.

encontrar ese punto tan insignifi-
cante en el inmenso arenal, era seguro
que estábamos condenados a morir de
una manera muy remota. Porque aun su-
poniendo que el portugués marcara con
exactitud el pozo, ¿no podía ha-
berse secado mil veces o ser cubierto
por las temporales de arena en los tres
cientos años?

Yo pensaba y mientras marchá-
bamos en silencio, como sombras. La
marcha era penosa. Las dunas nos obli-
gaban a largos rodeos; y a cada paso
debíamos detenernos para vaciar y sa-
car el calzado. La noche era lumi-
nosa y corría brisa en lo alto; pero a
nuestros pies, gusanos perdidos en el are-
nal, nos envolvía el vaho cálido, sofo-
cador que el sol dejó flotando sobre la
arena. Lo que más nos deprimía era
el silencio, como imagen de la espan-
tosa soledad que nos rodeaba por to-
das partes. John intentó ahuyentarlo
cantando una canción graciosa y jovial.
Pero la pobre tonadilla sonaba lúgu-
ra y pequeña en la inmensidad. El
capitán se enmudeció al poco rato.

Al amanecer de la media noche ocurrió una
tempestad que, si al principio nos alar-
mó, acabó haciéndonos reír con toda el
alma. John, en su calidad de marino, lle-
vaba la brújula, y marchaba delante co-
mo una guía. De pronto oímos un grito. John
pareció como por encanto, y en tor-
no a nuestro comienzo una tempestad de
vientos, bufidos, gruñidos, pisadas y
rumores diabólicos, que nos de-
fendieron y desconcertados, mientras
las nubes confusas corrían a nuestro al-
rededor, entre nubes de polvo y arena.
Los negros se tiraron al suelo, gritan-
do que el infierno se nos venía enci-
ma. Y nuestro estupor llegó al colmo
cuando vimos que el capitán reaparecía de
repente montado en un animal fan-
tástico, que trotaba a grandes saltos
entre las dunas. El finete gritaba como un con-
vulsivo. Un momento después levantó
los brazos, dió un gran salto inexpli-
cable y desapareció de nuevo entre el
arenal, con una voltereta asombrosa. Co-
mo si nos hubieran dado un golpe, corrimos
hacia él y todo quedó explicado.
Estábamos dado en medio de un reba-
ño de antílopes dormidos. El pobre John
se cayó casualmente las piernas so-
bre el lomo de uno de ellos, grande y
fuerte, despertando despavorido, se
levantó de un bote y echó a correr, lleván-
dose a nuestro amigo a horcajadas. Y
fue que la caída final fué sobre un
pequeño montículo de arena. El capitán estaba
tumbado en el suelo, aturdido, pero sa-
lvo, y con el monóculo en su ti-
po, centelleando de cólera.

Al amanecer nos detuvimos esperando
la luna. Hicimos alto, nos refrescamos
con unos sorbos de las cantimploras
(cortadas y breves), porque el agua era un
verdadero tesoro, y después de media
hora de descanso, nos marchamos de
nuevo, hasta que en Oriente comenza-
ron a abrirse las frescas rosas de la
mañana. Esfumáronse las estrellas, en el
horizonte, se iluminaron caudales de
luz, la luna declinaba rápidamente
hacia la lividez de agonía. Y el gran incen-
dario que ascendía por el cielo devoró en
instantes las sombras. El mar de
nuestro lado surgió, a nuestra vista, más im-
ponente, más yermo. Miramos en torno:
desierto, desierto, desierto...!

A pesar del cansancio continuamos la
marcha, porque pronto el sol nos impe-
día dar un paso. A las seis de la mañan-
a tuvimos que hacer alto para recoger
la sombra de un peñasco. Nos comen-
zamos a bajar el saliente de una roca y
nos abrumamos. Después de unos sor-
bos de agua, breves como suspiros, co-
mos un trozo de carne en conserva

y nos quedamos deliciosamente adormecidos.

A las tres despertábamos. Los negros
después de llenar nuestras cantimploras
se disponían a regresar a la aldea. Apro-
vechamos el agua sobrante en las cala-
bazas, para un trago copioso y final. Lue-
go vimos, tristemente, cómo los indige-
nas, de espaldas al desierto, iban ha-
cia sus chozas, hacia las benditas tie-
rras del agua, de la sombra y la fres-
cura.

Poco después, emprendimos la mar-
cha. A cada paso la desolación y el si-
lencio parecían aumentar a nuestro al-
rededor. Al principio divisábamos algu-
na vez, bajo la luz y el fuego, alguna
avestruz soñolienta. Luego, nos tropeza-
mos ni con un reptil. Nuestros acompa-
ñantes eran las moscas, las moscas vul-
gares, las moscas caseras... Oh, tenaz y
prodigioso animal! En cualquier parte
donde el hombre ponga sus plantas, de-
siertos, montañas o cavernas, allá en-
contrará moscas. La mosca fué, sin du-
da, uno de los primeros seres vivos. El
padre Adán ya debió de espantarlas
con fastidio de su venerable nariz. El
último hombre en el último día de la

Lo tapamos con las mantas y nos mete-
mos dentro.

La idea, gran cosa: pero era algo y nos
pusimos a trabajar con tanto afán, con
las manos, con nudillos y hasta con los
codos, que al cabo de una hora logra-
mos hacer un hoyo aceptable. Clavamos
las escopetas, a manera de estacas; ata-
mos a ellas las mantas a manera de tol-
dos y nos metimos en el zanja Curti (el
capitán Umbopa y yo, porque Vanvogel
como buen hotentote, era insensible al
calor. El negro fué quien se encargó de
estirar las mantas cuando estuvimos den-
tro. Allí, cierto que nos hallamos al
abrigo de los rayos perpendiculares del
sol; pero la fosa era un horno, un infier-
no. Imposible dormir. Estábamos apre-
tados en el fondo, curtidos y secos de
tanto sudar, de vez en cuando asomá-
bamos las bocas como perros sedien-
tos. Nuestro único alivio era el de hu-
medecer los labios muy de tarde en tar-
de. La inflexible tasa del líquido era
un tormento indecible. Teníamos que
hacer heroicos esfuerzos para resistir la
furiosa tentación de sorber de un trago
toda la provisión. Pero sabíamos que si



tierra, ha de morir oyendo zumbas una
mosca sobre su cabeza cansada.

Al anoecer nos detuvimos esperando
la luna.

Surgió, hermosa y serena, como nunca,
y toda la noche, bajo su pálido fulgor,
caminamos sin un descanso, hasta que
el sol puso término a la marcha abru-
madora. Bebimos un poco, nos echamos
sobre la arena y el suelo se desplomó
sobre nosotros. No era necesario vigi-
lar. Nada podía amenazarnos en aque-
lla inmensidad. Pero como estábamos al
descubierto, bajo el sol aplastante, con
la sensación que debe experimentar una
chuleta puesta en la parrilla. El sol por
encima y el arenal por debajo, nos es-
taban secando la sangre de las venas.
De un salto, nos pusimos de pie.

Miré el reloj: las siete, nada más que
las siete. Miré en torno: el arenal, dilata-
do e hirviente. Ni un roca, ni un árbol,
el aire temblaba, la luz hería los ojos!

—¿Qué haremos?—preguntó Curtis—.
Esto es la muerte.

Nos miramos estúpidamente.

—Abramos un hoyo,—propuso John—

el agua llegaba a faltar, nuestra muerte
era fatal.

Ningún dolor es eterno, dicen los ho-
tentotes y decimos los blancos. Todo es
cuestión de resistir y aguardar. La in-
terminable mañana pasó y a las tres de
la tarde preferimos salir en busca de
la muerte (si nos esperaba en el cami-
no), que antes de morir cobardemente
asados a fuego lento, en el fondo de un
hoyo.

Tomamos fuerza con otro sorbo de
agua, estaba ya tan caliente que al be-
berla aumentaba nuestra calor.

Llevábamos andado 80 kilómetros. En
el itinerario a Silveira, la extensión del
desierto era de unos 200; la famosa po-
za estaba marcada a mitad del cami-
no. Calculamos, pues, que estaríamos a
unos quince o veinte kilómetros de esa
agua bendita, si es que existía. Pero en
toda la tarde, abrumados, embrutecidos,
no pudimos andar más de media legua
por hora. Al declinar el sol, nos paramos:
me tiré en el suelo y cerré los ojos
con un gozo inefable.

Se me acercó Umbopa y me señaló
una colina que a la tenue luz del oca-

so, se veía vagamente a unos 12 kiló-
metros de nosotros, destacando su cur-
va suave sobre el raro arenal. ¿Qué po-
día ser? ¿Una elevación de terreno? ¿Uno
de esos montículos que construyen al-
gunas especies de hormigas gigantes?...
Me estaba desvaneciendo de sueño. No
pude pensar más: me dormí.

Cuando abrí los ojos, era noche ce-
rrada. La luna alumbraba solitaria en-
tre las dos inmensidades del desierto y
del cielo. Nos incorporamos torpes, ebri-
os de cansancio, exhaustos. Nuestros pasos
habían perdido su vigor y firmeza. Arras-
trábamos los pies, tropezábamos, caí-
mos en la arena sin fuerza, con el cora-
zón desmayado, y allí permanecíamos sin
acertar a levantarnos. Acabaron las
conversaciones. Hasta entonces, John, tan
jovial, tan excelente, y gracioso, ha-
bía bromeado dando ánimos a todos.
Pero había callado; ni para quejarse
abría los labios.

A eso de las dos, llegamos al pie
de la rara colina. Era un montón de
arena, liso, compacto, grisáceo, de unos
30 metros de altura, con un área muy
extensa. Nos detuvimos, y todos instinti-
vamente, sin poder resistir el ansia que
nos enloquecía, apuramos hasta la últi-
ma gota de agua. Nos bebimos más de
medio cuartillo cada uno.

Uno tras otro, nos fuimos echando a
dormir, agotados. Yo estaba a punto
de resbalar suavemente hacia el abis-
mo del sueño, cuando oí la voz de Um-
bopa a mi lado que murmuraba:

—Si mañana no encontramos agua,
la luna iluminará cuatro cadáveres. ¿Qué
es la vida? ¡Sombra que huye murmullo
que cesa, brisa leve que se para.

A pesar de mi calor, sentí un ligero
calofrío. Pero mi agotamiento era tal,
que ni esa horrible expectativa, (la muer-
te de sed en un desierto,) pudo es-
pantarme el sueño y me dormí como un
tronco.

A la madrugada desperté. Y volví a
sentir la tortura de una sed rabiosa.

Había soñado que me bañaba en las
aguas puras y frescas de un arroyo a
la sombra de árboles frondosos, carga-
dos de frutos... Me restregué los ojos; las
manos y el rostro me parecieron de ma-
dera. Tenía tan pegado los párpados, tan
secos los labios, que tuve que frotarlos
con fuerza para poder entreabrirlos. Fal-
taba poco para el amanecer; pero el
aire no tenía la frescura de la madru-
gada: era cargado, denso, irrespirable.
Todos dormían. Estuve callado mirando
en torno la desolada llanura. Poco a po-
co comencé a percibir esta vez despierto,
frescos murmullos de aguas, rumor
de brisa entre frondas y trinos de aves:
una sensación de paz, de sombra y de
grata abundancia que me hacía son-
reír con delicia, alucinado. Pero con
plena conciencia del desierto en que me
hallaba y de la inmensa aridez que me
envolvía, creo que deliré.

Al volver en mí, empezaban los com-
pañeros a desvelarse muy despacio, res-
tregándose los ojos, entabriendo con
pena los labios. Rayaba el alba. Cuan-
do todos estuvieron despiertos, examina-
mos nuestra situación, que nos pareció
absolutamente desesperada. No nos que-
daba una sola gota de agua. Vaciamos
las cantimploras, las sacudimos, las
chupamos, y estaban secas como yesca.
El capitán, que llevaba la botella de
coñac, la buscó en el zurrón, y comenzó
a mirarla ávidamente. Curtis, con gesto
brusco de la quitó de las manos. ¿Beber
alcohol en semejante estado? Era suici-
darse.

—Así como así—murmuró el capitán,
antes de la noche abremos muerto.

Dí un suspiro.

—Si el itinerario del portugués fuese
exato—exclamé—el agua debería estar



por ahí cerca... Fué aquí mismo donde la encontré...

Nadie contestó. Era claro que ninguno tenía confianza en el plano. Y hasta suponiendo que la poza existiera, ¿cómo hallarla en aquella inmensidad, más pequeña y oculta que una moneda perdida en el arenal de una playa?

La luz iba en aumento. Y así estábamos, llenos de angustia y zozobra, cuando observé que nuestro buen hotentote. Vanvogel andaba por el arenal, encorvado y atento, como rastreando... De pronto se detuvo y dió un grito, lo vimos con el brazo extendido señalando al suelo.

—¿Qué ocurre?

Y nos levantamos de un salto, corriendo hacia él.

—¡Pisadas de corza!—gritó con júbilo, señalando las huellas.

—¿Y qué?

—Pues que las corzas andan siempre cerca del agua.

—¡Es cierto!—exclamé—. ¡Lado sea Dios!

Era recobrar la vida. No teníamos agua aún; pero si la deliciosa esperanza de hallarla muy pronto. Y en un trance tan grave como el nuestro, el valor de una esperanza es enorme, por el ánimo que infunde.

Mientras Vanvogel continuaba inquieto, husmeando con su nariz, (más chata y sensible que la de un «bull dog»), las tibias emanaciones del aire.

¡«Huelo agua»—iba diciendo «huelo agua»!

Y los demás, tras él, también husmeando, seguros del olfato infalible del hotentote.

De pronto, los primeros rayos del sol vinieron a darnos en pleno rostro y al levantar los ojos deslumbrados, descubrimos un panorama tan grandioso, tan sorprendente, tan bello, que por un momento me hizo olvidar la ser abrasadora que nos mataba.

Delante de nosotros, y a unos cien kilómetros, y envueltos en el resplandor de la aurora, erguíanse los dos enormes montes gemelos, que el hidalgo portugués había bautizado con el nombre de «Seno de Saba», a ambos lados de las extrañas cumbres, prolongándose centenares de leguas, negra y abrupta, se perdía la

cordillera de Solimán. Es imposible expresar con palabras la imponente, la soberana belleza del panorama.

Allí, estaban ante nuestros ojos asombrados, los montes maravillosos sin rival en Africa ni acaso en el mundo (porque miden más de cinco mil metros), destacando sobre la interminable cordillera, mudos, inmóviles, solemnes, coronados de nieves eternas. Lo que más nos asombraba era su extraña figura formidable de granito, de mil metros. La cordillera se extendía como un muro de altura. Las montañas gemelas semejaban dos torreones erguidos sobre el desierto: y el trozo de cordillera que los unían entre sí, cortado a pico, liso y horizontal, semejaba una puerta cerrada.

Esos montes que la fantasía del portugués llamó con expresión admirable, los «Senos de Saba», eran seguramente dos volcanes milenarios. Sus anchas faldas remontaban hacia la cumbre en una curva armoniosa y tensa, suavizada por la distancia. En lo más alto en la cima, brillaba serenamente la frescura inmortal de las nieves. Pero a pesar de la graciosa imagen que inventó el hidalgo, mi imaginación, (poco exaltada siempre y entonces sombríamente deprimida, por la debilidad), no acertaba a ver otra cosa que uno muralla colosal, cerrando y defendiendo un país de terrible misterio. Y a cada instante, me parecía que la inmensa puerta de granito iba a abrirse con horrible estruendo para revelarnos algún secreto espantoso, tal vez el enigma indescifrable de la tierra africana.

Mientras admirábamos estáticos el panorama, comenzaron a aglomerarse en torno de las dos montañas, pesadas brumas, como si quisieran esconder a las miradas mortales la majestad que se nos había permitido contemplar un momento. Los «Senos de Saba», quedaron envueltos al poco tiempo en un velo densísimo, acuoso y sutil, y a través de sus capas sólo distinguíamos el contorno espectral de la sierra. Más tarde, supimos que esos montes, raros en todo, estaban de ordinario cubiertos por celajes de niebla. Sólo al despuntar el día, el velo se abría momentáneamente para mostrar a la in-

mensidad del desierto la maravilla sin par.

Pasó el encanto y volvimos a sentir más devoradora la sed que nos abrasaba. Vanvogel seguía asegurando que «olía agua», pero no divisábamos rastro de ella. Examinamos el terreno palmo a palmo. Dimos la vuelta alrededor de la colina arenosa. Buscamos por todos lados con pasos lentos, tentando el suelo. Nada: ni poza, ni charco ni manantial. Sólo arena y más arena, la desemperante aridez del desierto.

—Los nervios saltaban. ¡Imbécil!—grité enloquecido al hotentote— Aquí no hay agua ni la habido nunca.

—Huelo agua, señor, huelo agua—repetía.—La estoy oliendo hace rato. La siento en el aire.

—Será de lluvia. Pero esa no servirá para beber, sino para labarnos los huesos, estúpido.

El continuaba rastreando, con humildad sin hacer caso de mis insultos. Curtis que se había parado pensativamente replicó muy despacio:

—Sin embargo, Quartelmar, fué indudablemente en este sitio donde el portugués encontró el agua. Fué aquí mismo en mitad del camino, en la línea que va de Sitanda a la sierra. Fué aquí, no pudo ser más que aquí.

Pero, señor, ¡hace de eso trescientos años! ¿Cuánto tiempo podría haber durado esa poza perdida en el arenal? Además, el hallazgo parecía sospechoso. El hombre estaba muriendo de sed ¿Fué una alucinación, un delirio?... Todo parecía inverosímil, a no ser que el hidalgo atraído por algún detalle del terreno, algo muy visible, por un bosque, un colina o... ¡Una colina!

Y al decir yo esta palabra, Curtis coincidiendo en la misma idea que en aquel instante brotaba en mi mente, exclamó:

—¡En esa colina! ¡Acaso el agua esté ahí, en lo alto de esa colina!

—¡Locura!—murmuró el capitán— ¿Agua en la cumbre de una colina? ¿Y donde han visto ustedes eso? ¡Imposible!

—Pues vamos a verlo—dije yo con el corazón dilatado por la esperanza.

Trepamos ansiosamente. Umbopa iba adelante. De pronto se volvió hacia nosotros, levantó los brazos y gritó:

—«¡Nanzie manzie!» ¡Aquí hay agua!

Subimos como locos. En efecto, en la misma cumbre vimos una cavidad, ancha y profunda, llena de agua oscura, turbia, pero agua al fin. Gritamos con todo el alma: ¡Agua, agua! Y en un momento, de bruces en el suelo, mojándonos los rostros, sorbimos deliciosamente a grandes y rápidos tragos, aquel líquido indefinible que nos pareció lo más rico del mundo. Lo que bebimos santo Dios. Apenas sacábamos las narices para respirar, nos echábamos otra vez so-

bre el agua, como si temiéramos desaparecer. Así estuvimos durante minutos, sin levantarnos, regalándonos con grandes sorbos sonoros.

Cuando se hubo calmado nuestra sed, apenas si comenzábamos a incorporarnos, con el rostro chorreando, saliendo fechos y sonrientes el capitán Jonh llenar las cantimploras vacías y nos preguntó muy serio:

—¿Han terminado ustedes? ¿No van a tomar más agua?

Extrañados de su rara pregunta, contestamos que no. El capitán volvió a repetir en tono de solemne «últimamente». Y al ver que nos quedábamos parados, comenzó a desnudarse, conservando sólo los calzoncillos y su inseparable cinturón. Se sumergió en la poza para tomar un baño, un verdadero baño que duró media hora. ¡Hombre admirable y valiente! Apenas vuelto casi milagrosamente a la vida, no tuvo otra cuidadosa otra preocupación que los de atender a escrupuloso aseo de su cuerpo en pleno desierto.

Al salir del baño el capitán, nos sentamos en torno de la poza salvadora y allí estuvimos aspirando con delicia la frescura del agua. Luego entramos a saco en nuestras provisiones. Comimos hasta la saciedad. Una pipa repleta completó aquella hora de inefable consuelo. Y tendidos al borde del agua, respirando su humedad bienhechora, caímos en un sueño reparador, interminablemente profundo...

Todo el día acampamos en torno a la poza, disfrutando con sólo mirarla y ensalzando la memoria del hidalgo que con tanta exactitud la había marcado. Por fin, animados, con las cantimploras llenas hasta rebozar, a la caída de la tarde emprendimos de nuevo la marcha. Anduvimos unos 40 kilómetros sin volver a encontrar agua. Pero íbamos seguros de hallarla abundante al pie de las sierras. A la salida del sol, vimos otra vez la prodigiosa cordillera y los dos «Senos de Saba», (apenas ya a unos treinta kilómetros), parecían llenar cielo y tierra con sus moles enormes. Acabamos de atravesar el desierto durante la noche, y al amanecer, pisamos, en fin, las primeras estribaciones del monte queriendo de Saba.

Con espanto, nos dimos cuenta de la sequedad del terreno. Las capas de lava eran lisas y espesas. En parte alguna había señales de agua, y ya no debíamos esperarla hasta que llegásemos a la región de las nieves, a prodigiosa altura. La sed volvía. Cabizbajos, abatidos, emprendimos la penosa ascensión. Nadie hablaba.

A las once de la mañana, y a pesar de los descansos que nos concedíamos, nos sentíamos exhaustos. Descubrimos cerca del monte arriba unos grandes peñascos, y nos resolvimos descansar unas horas a su sombra. Al llegar a ellos, no nos sorprendió divisar muy cerca en rellano sobre la cima de un barranco, una verde y extensa faja de vegetación. Era indudable que al descomponerse la lava había formado una capa la tierra esponjosa, propicia a fecundar las semillas que las aves dejan caer al tramontar la sierra. Pero esa verdura de nada servía, porque no nos sentíamos tentados de alimentarnos de hierbas. Seguimos, pues, tumbados de esperanzas, pensando tardamente que ningún hombre cuerdo se había metido en tan absurda aventura como la nuestra.

Unpoa, después de contemplar la fresca mancha de verdura, fué hacia ella.

Sigue en la Pág. 11

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

¡AY! ¿QUIÉN TE PIDIO
QUE TE METIERAS?»

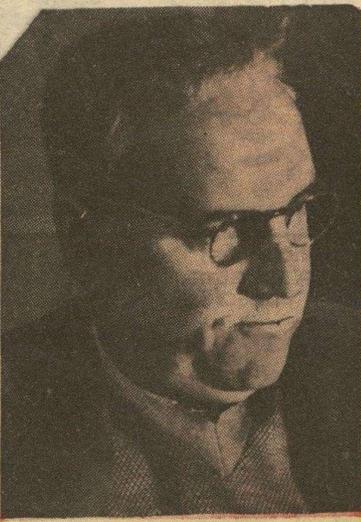
NICOMEDES,
EL TERRIBLE.



RECIENTEMENTE se produjo una sensación en Hollywood, cuando una popular revista de cine publicó un artículo titulado "Maridos y esposas solteros de Hollywood", en el que se daban detalles de los "affairs" amorosos de Carole Lombard y Clark Gable, Bárbara Stanwyck y Robert Taylor, Charlie Chaplin y Paulette Goddard, George Raft y Virginia Pine y Constance Bennet y Gilbert Roland o Luis Alonso, que es su verdadero nombre. El articulista aseguraba que aunque todos ellos hacía mucho tiempo que estaban absolutamente comprometidos, algunas de las mencionadas parejas no pensaban en casarse, no obstante tener el camino completamente libre, porque entonces su "poder de atracción en la taquilla" disminuía considerablemente.

El ejemplo que una vez aceptada la mencionada tesis se podía poner, era el de Robert Taylor. En Hollywood se sabe —y fuera de Hollywood también— que el muchacho está hondamente apasionado de Bárbara Stanwyck, hasta el punto de llorar cuando la ha visto trabajar en alguna de sus películas. Cuando Bárbara se fué a vivir a un rancho cerca de Los Angeles, "fuera del mundanal ruido", Taylor compró inmediatamente la propiedad de al lado y en ella construyó una casa-palacio que la misma Bárbara, mientras él estaba en Inglaterra, se cuidó de decorar y amueblar. A pesar de lo cual, y de haber recibido la bendición de la madre de Taylor, a la cual van a visitar juntos todas las semanas, no han determinado casarse. ¿Por qué? Pues porque los magnates pelliculeros estiman que el matrimonio de las estrellas es "veneno" para la taquilla...

En el caso de Taylor se explica perfectamente el temor, habida cuenta de que del bello pero un tanto soso actor del Norte, se ha pretendido hacer otro Rodolfo Valentino, con el que soñarán las muchachas dormidas y despiertas. Naturalmente, un hombre soltero estimula mejor esos sueños que otro casa-



TREINTA años de labor le dan al director Dwan una experiencia de observador psicólogo acaso superior a la de cualquier otro director de películas. El cine ha emocionado a las gentes de manera intensa, según él, desde la primera época de las series de héroes montaraces del Far West, hasta esta etapa de renacimiento del romanticismo.

La primera obra que dirigió, allá por Valentino, el actor que más ha ilusionado a las mujeres, con Alice Terry, en "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis". A la izquierda el director Dwan.



do, toda vez que la ausencia de esposa facilita la cuestión. Además, la comunicación de las enamoradas con el ídolo, por correo, aumenta de volumen cuando no hay una mujer ungida por todos los derechos que pueda leer las cartas que le envían a su marido y reírse con él de las tontas que las escriben.

DE ese modo, el amor y el matrimonio, que son un par que muchas veces marchan juntos entre los mortales que no han sido nimbados por la gloria—la gloria de Hollywood—, no tiene derecho a buscar el mismo "status" en los dominios del cine.

La aversión de los productores hacia los romances de sus estrellas que puedan terminar en matrimonio es tal, que continuamente se les está cambiando de compañero—o compañera—en las películas, no sea que los besos puramente cinematográficos y destinados a la delicia de los espectadores, lleguen a gustarles y decidan ir a darse uno realmente decisivo ante el juez.

El director Allan Dwan, por lo que pudiera ocurrir, siempre se los está advirtiendo y recordando a los artistas que trabajan bajo su dirección: "Recuerden que no deben casarse con el héroe o la heroína"—les dice. "Unos y otros pertenecen solamente al público..."

"El público—continúa diciendo el mencionado director— toma a esos actores y actrices románticos seriamente. Y aunque pretendan que no les incumbe el estado civil de su favorito, si les importa en realidad, como lo prueba el decrecimiento del correo de cualquiera de ellos, a poco que se anuncia que se ha casado o, simplemente, que está comprometido.

A los hombres les cae muy mal ese guapo mozo que siempre se queda con la chica más hermosa del conjunto, y las mujeres odian a la actriz que, haga lo que haga, logra siempre que se enamore de ella como un bobo el muchacho más bien parecido y varonil de la obra. Hay espectadores—sobre todo muchachas—tan exaltados, que después de ver en la pantalla una escena amorosa por uno de sus artistas favoritos, salen del teatro aspirando ansiosamente el aire, y sin ganas de comer...



El Matrimonio Perjudica a los ACTORES

de R

El año 1908, fué una "super-producción" de un rollo titulada "Serpientes y Armas de Fuego", protagonizada por el ídolo de matiné de la época, J. Warren Kerrigan. La última obra que ha dirigido es "Los Tres Mosqueteros", en que el papel de héroe corre a cargo de Don Ameche.

Pocos directores de su época han logrado volver a la gloria del cine después de un periodo de cuasi ostracismo, pese al hecho de que todos o casi todos ellos lo han intentado. La introducción del sonido que dió al traste, por ejemplo, con la carrera del desaparecido John Gilbert, estuvo también a punto de finalizar la de Dwan. Aunque había pertenecido a la profesión casi desde que se iniciara y dirigido tales espectáculos como el "Robin Hood" de Douglas Fairbanks, toda su experiencia fué echada al olvido cuando los maestros de bien decir del Este de los Estados Unidos corrieron hacia California a enseñarles a las estrellas del cine sonoro como tenían que hablar.

Pero a través de toda su carrera Dwan se ha opuesto tercamente a los matrimonios entre las estrellas favoritas del público, recordando como éste había reaccionado cuando, en el pasado, se habían verificado algunos de esos enlaces. Lo que lo aterriza, sobre todo, son las películas en que una pareja que se ha unido ante Dios y los hombres, es seleccionada para darle al público desde la pantalla una historia de amor en que aparezcan como los héroes.

"Nunca trabajé tampoco con "teams"—dice Dwan—si tuve manera de evitarlo. Los resultados de sus películas en

la taquilla. Ninguno. William o Dustin Wallace Reid siempre figura fementado sabían lo que les siempre de pareja, ya protestas. El mayor éxito alcanza los Rogers y Fred Astaire por sus danzas de hacerse se el amante de sus películas.

EL novio personas no vive lo cual tienen que ver en el cine para veta romántica dentro. Se casan y tiensar nunca por gratitudtales. Y les suato ir a ver una pena representación tela. Ese fué el ídolo Valentino adá proporciones de iba a las mujeres más película que la estaban en toda una marido pudiera hasta el guapo italiano de perfecto amante.

Valentinos veces y tuvo siempre procuraba servida privada siempre como un hombre amante por las mujeres amaba, pero soltarlas en



POR SAM LUKAS

seguida, como Don Juan Tenorio. Muchas féminas, sin duda, estaban seguras de que si a ellas se les hubiera presentado la oportunidad, hubieran podido hacer de él un buen marido, porque ellas lo comprendían.

"En los días pasados—dice el director Dwan—nunca fuimos adictos al matrimonio de los artistas, ni siquiera fuera del estudio.

Muchos son los artistas que han debido el fracaso de sus carreras al hecho de haber contraído matrimonio. Y muchos los que han sufrido el desdén del público debido a haber actuado en las películas siempre como marido y mujer. Charles Farrell y Janet Gaynor cansaron tanto al respetable, que siempre tenía que aceptarlos en el papel de marido y

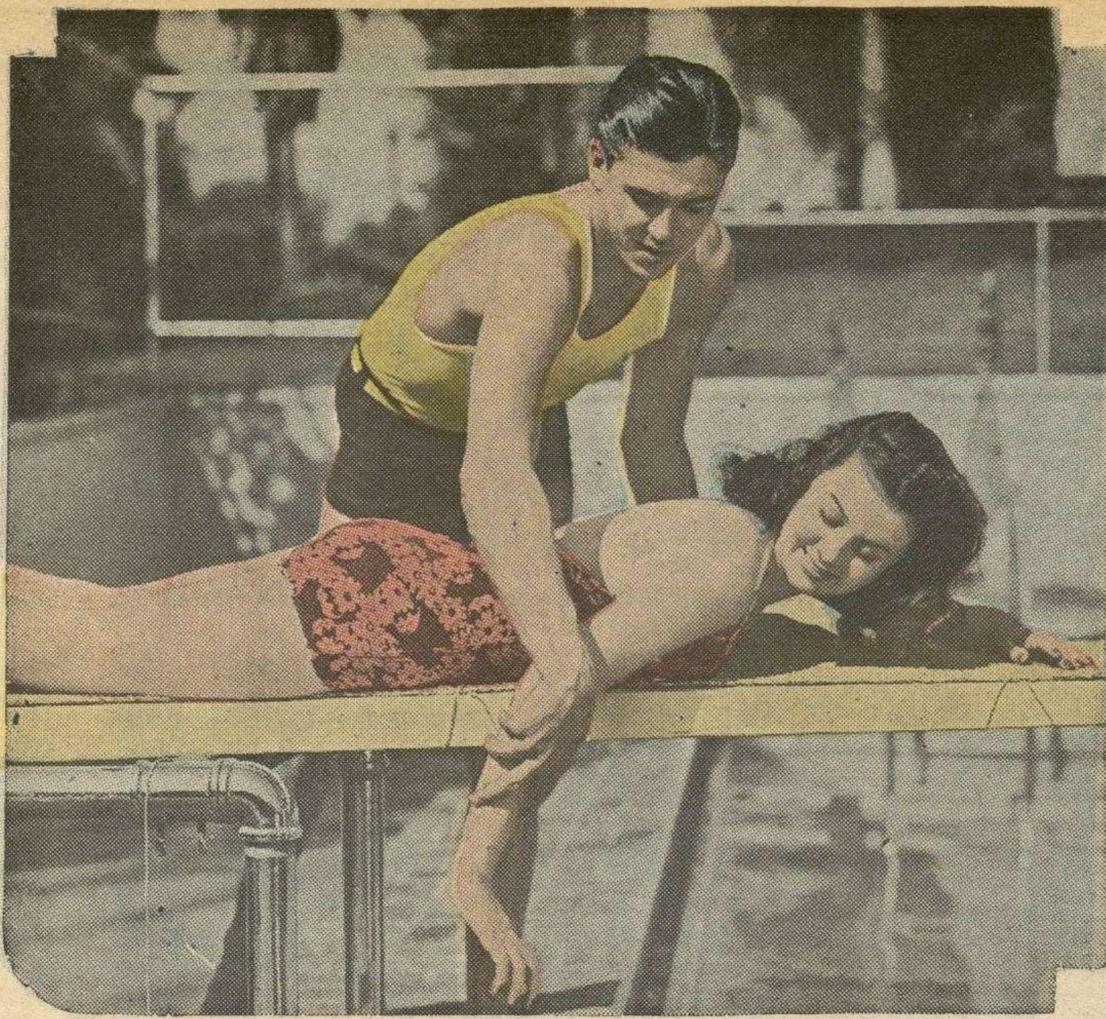
mujer, que determinó volverles la espalda. Después uno y otro han tenido que hacer esfuerzos titánicos para recobrar la popularidad. Miss Gaynor no volvió a actuar en estrella hasta la filmación de "Ha nacido una estrella", mientras que Farrell había sido completamente olvidado hasta que actuó con Shirley Temple, en "A la vuelta de la esquina".

Cuando no hace mucho tiempo se le ocurrió a un productor hacer actuar juntos en una película a Joan Crawford y Franchot Tone, los ingresos que produjeron dicha cinta fueron tan bajos que no quedó con ganas de repetir la experiencia. Y muchos otros casos, según el mencionado director, pudieran, al efecto, citarse.

Casi tan malo como que se casen dos

Charles Boyer y Hedy LaMarr forman actualmente la pareja más romántica de la pantalla norteamericana, pero no deben aparecer juntos más de dos veces... Por actuar siempre juntos, Charles Farrell y Janet Gaynor—arriba, izquierda—perdieron la popularidad...

favoritos del público, resulta, como se ha dicho antes, hacerlos trabajar juntos repetidamente, según la opinión de Dwan, quien cree que en estos momentos la pareja de mayor éxito en el cine norteamericano consiste de Hedy LaMarr y Charles Boyer. Pero cree también que lo más que pueden trabajar juntos es en dos ocasiones. A su entender una tercera película no daría buen resultado, económicamente hablando.



AMORES PARA LA PUBLICIDAD

por Federico Montes

EN EL "EPISTOLARIO DE FADRIQUE MENDEZ", la conocida obra de Eca de Queiros que han venido leyendo varias generaciones de ciudadanos de todo el mundo, el genial ironista lusitano nos ofrece aquella misiva que se refiere a la creación de un periódico, un nuevo periódico del último tercio del siglo pasado, que el corresponsal estimaba poco menos que un aborto del infierno. Al relacionar los males que aquellos periódicos europeos, parcos y escrupulosos, le estaban causando a la humanidad, Fadrique aseveraba que juzgaban en muchas ocasiones sin conocimiento de causa, y que llegaban al extremo de publicar mentiras, sin detenerse a comprobar la veracidad de las noticias que daban. ¡Lástima que Fadrique Méndez no hubiera vivido en nuestro tiempo y determinara hacerle una visita a Hollywood, para ver la impresión que sacaba de los agentes de prensa!

Porque la verdad es que en el mundo no hay nada menos adicto a comulgar con los postulados de la verdad que un "manager" de publicidad norteamericano. Y si se trata de uno de esos individuos que en Hollywood se dedican a inventar noticias referentes a los artistas de cine, no digamos nada. Con el mayor desparpajo can noticias absolutamente falsas a los periódicos, que éstos, naturalmente, no se detienen a comprobar, entre otras razones porque no tienen tiempo para ello. De ese modo la noticia que publica el rotativo moderno se aparta tanto de la verdad, que por lo general el suceso que uno presencia lo encuentra tan cambiado cuando lo relata el diario que se cree que hablando de otra cosa. A nosotros mismos nos ha ocurrido en alguna ocasión...

A LOS ARTISTAS de cine hay que estarles "moviendo" continuamente e inventándoles las más absurdas historias para que el público hable de ellos y vaya a verlos al cine donde se pasan sus películas. Como Hollywood es muy pequeño y los Estados Unidos inmensos, pues para el noventa y nueve por ciento de las personas que ven una película, Clark Gable o Myrna Loy son tan inaccesibles como si vivieran en el planeta Marte. De ahí que alrededor de la figura de un artista de cine norteamericano se puedan tejer las historias más absurdas, que vivirían una vida precaria si se tratara, por ejemplo, de artistas de teatro que fueran de un lado para otro.

Conocemos muchos casos de ídolos cinematográficos de ambos sexos que han

vivido solamente en la imaginación de personas dadas a esa clase de idolatrías hasta el momento en que, por casualidad, se las han tropezado en el camino y han cruzado un par de palabras con ellas. Otras veces, una aparición personal en un teatro, encaminada a aumentar la popularidad de un artista, ha conseguido el efecto contrario porque el actor o la actriz, a través del celuloide, era una personalidad completamente distinta a la que el espectador ha visto iluminada por las candilejas.

Hemos conocido artistas de cine que, en cuanto los sacaban de ante la cámara donde recitaban sus parlamentos aprendidos de memoria, no sabían decir un par de palabras sin pasar por un tormento mortal. ¡Y cuántas decepciones no han sufrido esos muchachos que ven en cada artista de cine una diosa, al tener ante ellos, despojada de todos los artificios de la película, su actriz favorita!

Hay que inventar noticias referentes a las estrellas que forman las cada vez más numerosas constelaciones de Hollywood, ¿pero cómo inventarlas capaces de despertar el interés del público? Uno de los procedimientos más favorecidos es el de enamorarlas, es decir, el de inventarles un romance, de ser posible con otra estrella favorita. Y se llegan a decir las mayores mentiras, como por ejemplo, que en una ocasión, cuando filmaban juntos, Ramón Novarro y Greta Garbo se hacían el amor, cuando es lo cierto, según aseguran ciertas versiones, que lo que hicieron en alguna oportunidad fue pelearse cordialmente.

HAY, INCLUSO, una técnica para estos casos: los artistas deben salir juntos del estudio, para que el público que siempre aguarda la salida "los sorprenda" y cuando la primera nueva del romance aparezca en los periódicos hollywoodenses — de donde la noticia se traspasará a los de toda la nación — el terreno se encuentre abonado y la bola comience a rodar. Se procura que los artistas de los mencionados ro-



La linda Anne Shiley tuvo que posponer su matrimonio con John Payne, para que su estudio hiciera publicidad acerca de su romance. (A la izquierda) Un agente de prensa ideó el idilio de la pelirroja Susan Hayworth y Ronald Regan, que luego parece tomaron ellos en serio. Aquí el galán está en señando a nadar en tierra a su dama.

mances trabajen en un mismo estudio, ya que de no ser así la publicidad tropezaría con mayores dificultades.

No ha mucho fué planeado con todo cuidado, el romance entre Susan Hayworth y Ronald Regan, que se inició cuando el estudio tuvo que buscar un actor que escoltara a la novata pelirroja a una fiesta sonada.

OTRO ROMANCE que nació y vivió solamente debido a la fertilidad de la imaginación del agente de prensa, fué el de la linda y rubia patinadora noruega Sonja Henie y el apuesto y solicitado tramundoso Tyrone Power. Siendo las últimas adquisiciones de una conocida empresa, se hacía necesario presentarlos al público a una luz que los hiciera todavía más interesantes para un auditorio que no los conocía del todo. De ahí surgió un "match" que los hechos posteriores probaron ser absolutamente irrealizable.

Anne Shirley y John Payne también se prestaron obedientes, si no entusiasmados, al plan de hacer publicar en los periódicos su compromiso amoroso con fi-

nes de publicidad. La verdad es que se habían gustado desde que se vieron por primera vez, y que en cuanto comenzaron a salir juntos determinaron casarse. Pero con el propósito de que la compañía que los tenía contratados pudiera explotar el idilio todo lo que quedara, el matrimonio se fué posponiendo durante meses.

De semana en semana el estudio se encargaba de ir anunciando hacia donde iba a ser la fuga, es decir, el lugar adonde el romántico "elopement" los podría llevar. Porque eso de preparar el matrimonio a la vieja usanza, señalar una fecha y repartir invitaciones, no es romántico. La poesía consiste en coger un automóvil o un avión y sin decirle nada a nadie irse ante un juez y contraer el dulce lazo.

¿Qué le escribiría Fadrique Méndez a sus amigos si viviera otra vez y presenciara estos casos? Uno no puede menos que preguntarse si no determinaría tirar la pluma y quedarse mudo para toda la vida....



"... y la tarde siguiente, en plena luna de miel ya no pude más y le grité: "Si quieres que te bese, límpiame esos labios... ¡Una tragedia! Pero esa misma noche, sin pintura, estaba más linda que nunca!



¡Qué humillación! Pero a la noche, Julio me pidió disculpa, diciendo: "Tienes unos labios tan lindos que es un crimen pintarlos... Ahora estás encantadora"... Y me besó en los labios. (Yo me los había acentuado con Tangee.)



¡No sufra la humillación de que digan que está "pintada"! Use Tangee que no pinta porque no es pintura. Pasándose ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivo lo da el nuevo Tangee "Theatrical". ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encantan! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allí las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje las pinturas y luzca más atractiva usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

...nuestro asombro al ver que el
...ordinario tan mesurado y so-
...ponía a dar voces y gritos, ha-
...saltar una bola verde entre sus
...Corrimos hacia él, muy ansiosos.
...agua, Umbopa?, ¿es agua?—iba
...ando yo, mientras tropezaba en los
...de lava.

levantando en el aire el
...bopos brillante que nos había mos-
...clamaba con indecible júbilo:

...y comida, Makumazán!

...ves ví lo que era. ¡Un melón, un
...melón africano! La faja de
...que despreciamos, resultaba ser
...paradisiaco, con millares de
...aventando de puro maduros.

...náticamente, nos hallamos sen-
...tre la espesura, en silencio, con
...tes clavados en tajadas de me-
...nos inundaban la boca de ex-
...go. Comimos treinta o cuarenta;
...he gustado una delicia mayor.
...melón no alimenta, sino abre el
...Templada la sed, nos asaltó un
...feroz. Era forzoso economizar
...en conserva ante la inseguridad
...contrar provisiones durante nues-
...da al monte

...día, una divinidad propicia pa-
...otegernos. Mirando hacia la ex-
...del desierto, mientras hablábamos
...terrible evidencia que nos preocu-
...el hambre—, ví una docena de
...aves que venían volando hacia el

...es, Makumazán, tireles pronto—
...voz baja Vanvogel agachándose
...ente para no ser visto.

...le imitamos... Era una banda-
...tardas; por la dirección de su
...calulé que deberían pasar a unos
...metros por encima de nosotros.
...na carabina y esperé agachado.
...momento en que la bandada pasa-
...nosotros, me levanté de un salto
...grito estridente. Asustadas las
...apiñaron, y apuntando a la ma-
...ura un instante inmóvil, me fué
...abatir una avutarda magnífica,
...mayor; que por lo menos pesaba

...a alegría fué de locura. Vanvogel
...Umbopa, en uno de sus ratitos
...entonó una extraña canción de
...Curtis me estrechó la mano
...ción, y el capitán con el monóculo,
...ecía dilatarse de asombro, exclamó:

...manera de tirar, santo Dios!
...puntería! ¡Eso es pulso!

...que dejamos las tierras civili-
...no habíamos gozado de unos ins-
...como aquellos. En pocos minutos
...mos una hoguera de tallos secos
...in y desplumamos la avutarda.
...ría, tierna; se nos hacía agua la
...sólo tocarla. La lumbre cre-
...alegremente. El ave, ensartada
...sador—uno de nuestros cayados—,
...un reconfortante aroma.

...ecía. Nos sentamos en torno a
...era. El banquete fué suculento y
...ras. De la avutarda sólo quedaron
...os y el pico. Terminada la cena,
...extendimos la mirada por la so-
...del arenal envuelto en sombras,
...y oscuro, bajo el angosto y sereno
...ar de los astros, reconfortados con
...simo calor que animaba nuestros
...sentimos desde la altura la ines-
...sación de que habíamos vencido

—VI—

EL PASO DE LA SIERRA

...la noche continuamos la ascen-

sión, cargados con todos los melones que
nos fué posible llevar. A medida que
subíamos el ambiente iba refrescando.
Al rayar el alba nos hallábamos a unos
veinte kilómetros de la región de las
nieves.

Encontramos otro melonar; la falta de
agua gracias a Dios, ya nos inquietaba,
porque pronto íbamos a penetrar en la
región glacial de la sierra. Sin embargo,
nos maravillaba que por ninguna parte
aparecían fuentes, cascadas ni arroyuelos.
Era indudable que, durante el verano, al
derretirse las capas de nieve, debían inun-
dar de agua las laderas. Pero ¿por dónde
escurría? Sólo más tarde descubrimos que
toda el agua se deslizaba por la vertiente
Norte.

La subida era áspera y penosa. Avan-
zábamos poco más de un kilómetro por
hora. Se nos acabó la carne en conserva
y los últimos melones, sin hallar otros
nuevos. El frío arreciaba y si su viveza
nos favorecía para andar durante las ho-
ras del sol, en cambio por las noches nos
llegaba a los huesos.

El monte era una interminable cues-
ta, cada vez más escarpada. Pasábamos
los descansos sumidos en silencio. Yo me
sentía tan debilitado que, de los tres días
que empleamos en la ascensión, casi no
acierto a recordar un detalle. Sólo puedo
reconstituirlos por notas que tomé en
mi cartera.

Leo con fecha de 22 de mayo: «En
camino al salir el sol. Vamos casi des-
mayados. Sólo andamos cuatro kilómetros.
Encontramos nieve. Comemos algunos pe-
dazos para engañar el hambre. Frío in-
tenso. Tomamos coñac. Para dormir nos
amontonamos unos sobre otros, y ni así
podemos reaccionar. Hambre atroz. Creía
que Vanvogel se moría». El día siguiente,
23 de mayo, mis notas son peores: «Si-
tuación lamentable. Si hoy no encontra-
mos alimento, nuestra muerte es segura.
El coñac se ha terminado. Vanvogel, que
como todos los hotentotes no puede re-
sistir el frío, está perdido. No sentimos
ya hambre; pero nos invade un sopor

que nos va adormeciendo. No hallamos a
nivel del murallón que yo llamo «la puer-
ta», la pared que enlaza las dos «Senos
de Saba». A nuestras espaldas, a una
profundidad vertiginosa, se ve el desier-
to que cruzamos... ¿Por qué lo hicimos,
Señor?» Luego, por debajo de estas lí-
neas torpemente escritas, hay otra, de
un laconismo fatal: «¡Que Dios se apiade
de nosotros!»

Esta línea no está fechada, pero debí
escribirla el 24. A partir de aquí faltan
por completo las anotaciones. En cambio,
por su importancia recuerdo perfectamen-
te las desventuras de aquel día. Íbamos
andando entre nieve, parándonos, rendi-
dos de cansancio. A una blancura cegado-
ra, que bajo el silencio del cielo, era
tanto más desoladora, cuanto que sig-
nificaba una ausencia total de vida, la
imposibilidad absoluta de hallar algo que
comer, fuese animal o planta.

Con las primeras sombras del crepúscu-
lo, llegamos junto a la enorme colina de
hielo que destacaba en la cumbre del
monte. A pesar de nuestra fatiga, nos
sobrecogió una admiración indecible, al
contemplar aquella cima descomunal ne-
vada, envuelta en la luz del sol poniente.

Pero el estupor se disipó pronto ante las
punzadas del hombre. Nuestro sufri-
miento mayor era el frío. Bien alimen-
tados, con el estímulo de un vino gene-
roso, habríamos podido soportar la tem-
peratura de aquel paraje. Pero así, agoni-
zando de hambre, ¿cómo resistir la trai-
dora frialdad de la noche que iba cerran-
do en torno nuestro? ¿Dónde encontraría-
mos refugio

—La caverna de que hablaba el hidalgo
portugués—murmuró el capitán, con voz
apagada—, debe estar por ahí cerca.

¡Pobre John! Lo miré con ternura. Te-
nía los ojos (como todos, como yo mis-
mo) sumidos en las órbitas, brillando de
fiebre sobre la lividez del rostro. Después
de contemplarlo me escogí de hombros:

—¡La caverna...! La sepultura es lo
que no debe estar lejos!

Curtis me dijo con acento severo:

—¡Por Dios, Quartelmar...!

Desde el hallazgo del agua, en el pleno
desierto, creía firmemente en la exacti-
tud de las indicaciones de Silveira: «Si
él la encontró—argumentaba, con inne-
gable lógica—, fué porque está situada
de tal modo, en lugar tan visible, que no
puede menos de atraer las miradas de
quien venga escalando la sierra».

—¡Verá cómo la encontramos, y an-
tes de que llegue la noche!—afirmó con
un gesto de firme esperanza.

Y seguimos arrastrándonos en un si-
lencio mortal. Umbopa iba delante, em-
bozado en la manta y con el cinturón de
cuero estrechamente ceñido «para ahogar
el hambre». Yo tras él, cabizbajo. De
improviso, tropecé con el negro, que se
había detenido y me agarraba con fuer-
za del brazo!

—¡Mira, Makumazán!—dijo señalán-
dome con la azagaya...

Seguí la dirección que me indicaba.
una mancha, una abertura negruzca.

—¡Es la caverna!

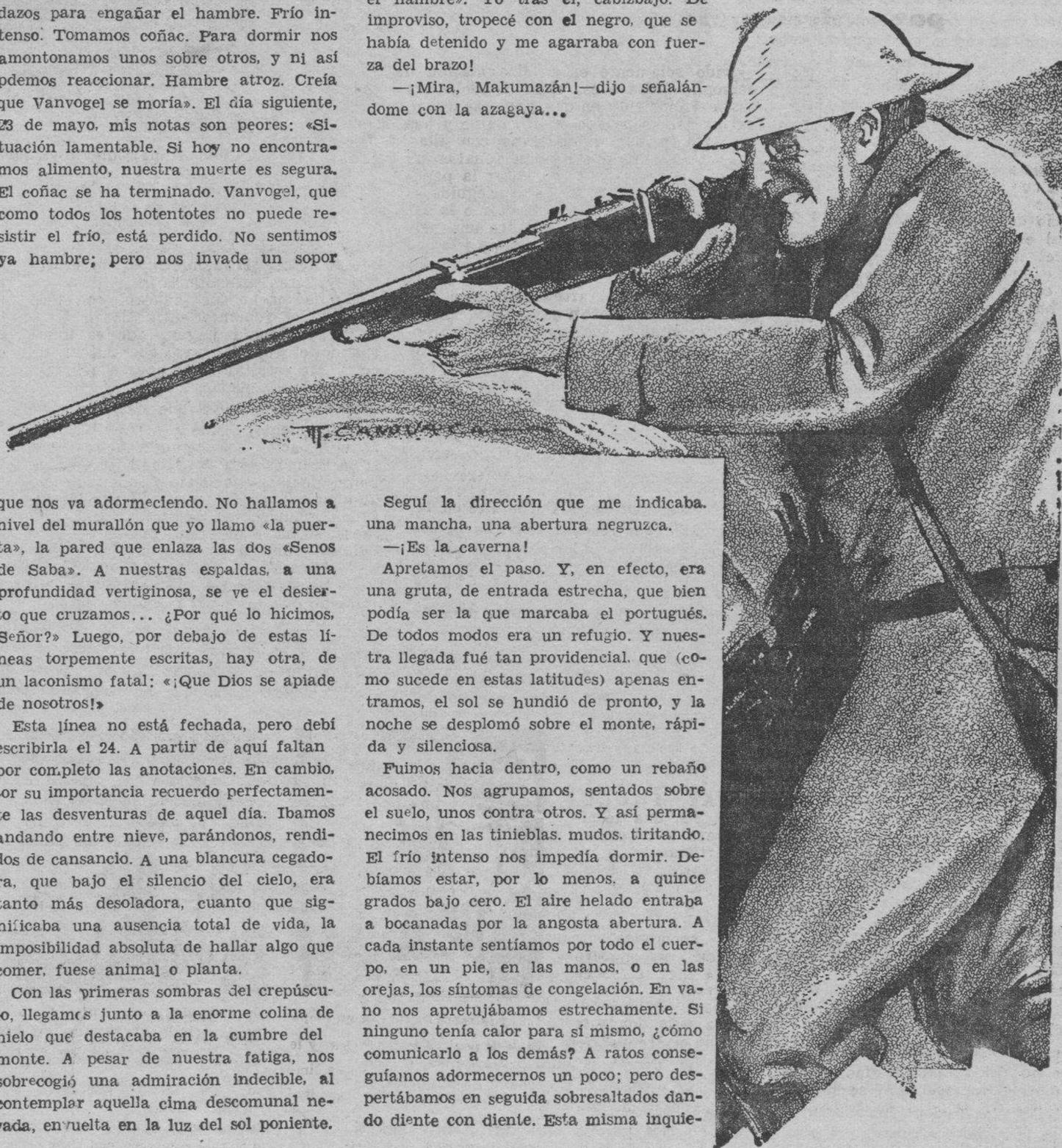
Apretamos el paso. Y, en efecto, era
una gruta, de entrada estrecha, que bien
podía ser la que marcaba el portugués.
De todos modos era un refugio. Y nues-
tra llegada fué tan providencial, que (co-
mo sucede en estas latitudes) apenas en-
tramos, el sol se hundió de pronto, y la
noche se desplomó sobre el monte, rápi-
da y silenciosa.

Fuimos hacia dentro, como un rebaño
acosado. Nos agrupamos, sentados sobre
el suelo, unos contra otros. Y así perma-
necimos en las tinieblas, mudos, tiritando.
El frío intenso nos impedía dormir. De-
bíamos estar, por lo menos, a quince
grados bajo cero. El aire helado entraba
a bocanadas por la angosta abertura. A
cada instante sentíamos por todo el cuer-
po, en un pie, en las manos, o en las
orejas, los síntomas de congelación. En
vano nos apretujábamos estrechamente. Si
ninguno tenía calor para sí mismo, ¿cómo
comunicarlo a los demás? A ratos conse-
guíamos adormecernos un poco; pero des-
pertábamos en seguida sobresaltados dan-
do diente con diente. Esta misma inquie-

tud fué nuestra salvación. De prolongar-
se nuestro sueño, se habría convertido en
eterno. La noche fué horrible. Creo que
sólo a fuerza de voluntad logramos con-
servar la vida.

Poco antes de amanecer, Vanvogel, el
pobre hotentote, cuyos dientes habían
sonado toda la noche como unas casta-
ñuelas, me llamó en voz baja, dió un
leve suspiro y quedóse sosegado, inmóvil,
como dormido. Su espalda se apoyaba en
la mía, y poco a poco sentí que me pe-
netraba una extraña frialdad. La espal-
da de Vanvogel se convertía material-
mente en una losa de hielo. La empujé
dos veces, y volvió a caer contra mí, pesa-
da y fría. Iba amaneciendo. A la entrada
de la caverna surgió primero una sutil
neblina gris. Luego penetró un raudal
de luz pura, fina e irisada, como polvi-
llo de cristal; me volví para protestar del
peso con que me agobiaba Vanvogel y
ví con espanto que el pobre estaba muer-
to. Seguramente había expirado cuando
le oí nombrarme como si adormeciese.
¡Pobre muchacho! Estaba en la misma
postura que tomó al sentarse rendido de
fatiga y de hambre, con las manos cru-
zadas sobre las rodillas, la cabeza descan-
sando en ellas, los ojos abiertos... Todos
nos levantamos apenados.

La luz llegaba ya hasta el fondo de la
cueva. Un grito de horror me paró el
corazón. ¿Qué ocurría? Volví la cabeza y
ví allá en el fondo de la gruta, entre la
penumbra—una figura humana espectral,



sentada sobre la roca, con la cabeza apoyada en la parca, los brazos yertos y colgantes que tocaban al suelo. Dí unos pasos con el cabello erizado de horror. Era otro cadáver; el cadáver de un blanco.

No pudimos soportar esta brusca aparición. Nos miramos un instante, con los ojos dilatados por el terror, y sin hablar, como movidos por un resorte, lo abandonamos todo y salimos despavoridos, atropelladamente, de la espantosa caverna.

Al encontrarnos fuera, nos detuvimos y nos miramos avergonzados. Lord Curtis, pálido como la cera, dijo:

—Voy a ver. Quizá ese cadáver sea el de mi hermano.

Era posible. Uno tras otro, en silencio, volvimos a entrar en la gruta, en pos del lord. Al principio, deslumbrados, nada distinguíamos en la penumbra interior. Luego, como surgiendo de ella, la lúgubre figura destacó en la sombra. Curtis se arrodilló para descubrir la faz del muerto, y dió un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios!—murmuró—. No es mi hermano.

Miré también. Aquel rostro no se parecía en nada al de Neville, que lo ví en Bamanguato. Era el cadáver de un hombre alto, de mediana edad, facciones aguiladas, cabello canoso, y largos bigotes negros que caían desmayados. La piel, áspera y amarillenta, estaba materialmente pegada a los huesos. No tenía más ropa que unos restos andrajosos de calzas de lana, que le cubrían las piernas hasta las rodillas. Tenía al cuello un Crucifijo marfil, sujeto con una cadanita. El cuerpo estaba momificado.

—¿Quién será?—pregunté.

El capitán, me miraba pensativamente, contestó:

—¿No lo adivina usted?... Don José de Silveira.

—¡Imposible! ¡Hace trescientos años que murió!

Pero el capitán mantenía su creencia. En una temperatura como aquella, de quince a diez y siete grados bajo cero constante, un cuerpo muerto podía conservarse perfectamente durante siglos. El sol no entraba jamás. No había animal alguno que pudiese tocar el cadáver. ¿Qué eran tres siglos en estas condiciones? No cabía duda: era el hidalgo portugués. Su esclavo (el que fué en su busca), al encontrarlo muerto, le desnudó, se llevó los papeles y lo dejó sentado, por no tener fuerzas ni tiempo para enterrarlo.

—¡Miren ustedes!—añadió el capitán, cogiendo un hueso puntagudo y fino que estaba a los pies del muerto—. Ese es el estilete que usó para escribir, mojándolo en sangre, ahí, en esa cicatriz que tiene en el brazo izquierdo.

Nos pasamos el hueso de mano en mano, asombrados, olvidando nuestras miserias ante tal hallazgo. Era verdad; allí, sentado en la piedra, frío y duro como ella, estaba el hombre cuyo último documento, nos llevó al lugar donde él lo escribió, para encontrarle inmóvil en la misma postura que tendría al dibujar el precioso mapa con que nos guiaba desde ultratumba. Pocos hombres habrán experimentado en el mundo una emoción semejante a la nuestra.

Tenía en mis propias manos el estilete con que el desdichado hidalgo escribió sus últimas líneas; y veía sobre su pecho la cruz que besaron sus labios agonizantes. Me parecía ver aquella escena final de hacía tres siglos: el heroico hidalgo muriendo de hambre y de frío, esforzándose por revelar a su Rey el secreto del misterioso mundo que había descubierto; las líneas temblorosas, febriles; la áspera pluma escurriéndose de la mano desfallecida; el beso postre-

ro dado al Crucifijo, y el último destello de su memoria, volando hacia su patria, hacia los suyos, hacia el Rey a quien se consagraba con tenacidad incommoable. ¡Luego, el lento y sereno resbalar hacia el eterno sueño, en medio de aquella inmensa soledad y de aquel infinito silencio!

Creía a veces reconocer en el cadáver las aquilinas y energicas facciones de su descendiente, el desventurado Silveira que murió en mis brazos. En todo caso, el primer Silveira, de quien me habló su remoto sucesor, esparciendo la mirada moribunda hacia la lejana sierra de Solimán, ese estaba allí. Y probablemente allí quedaría durante siglos y siglos.

—Vámonos—dijo Curtis, intensamente pálido.

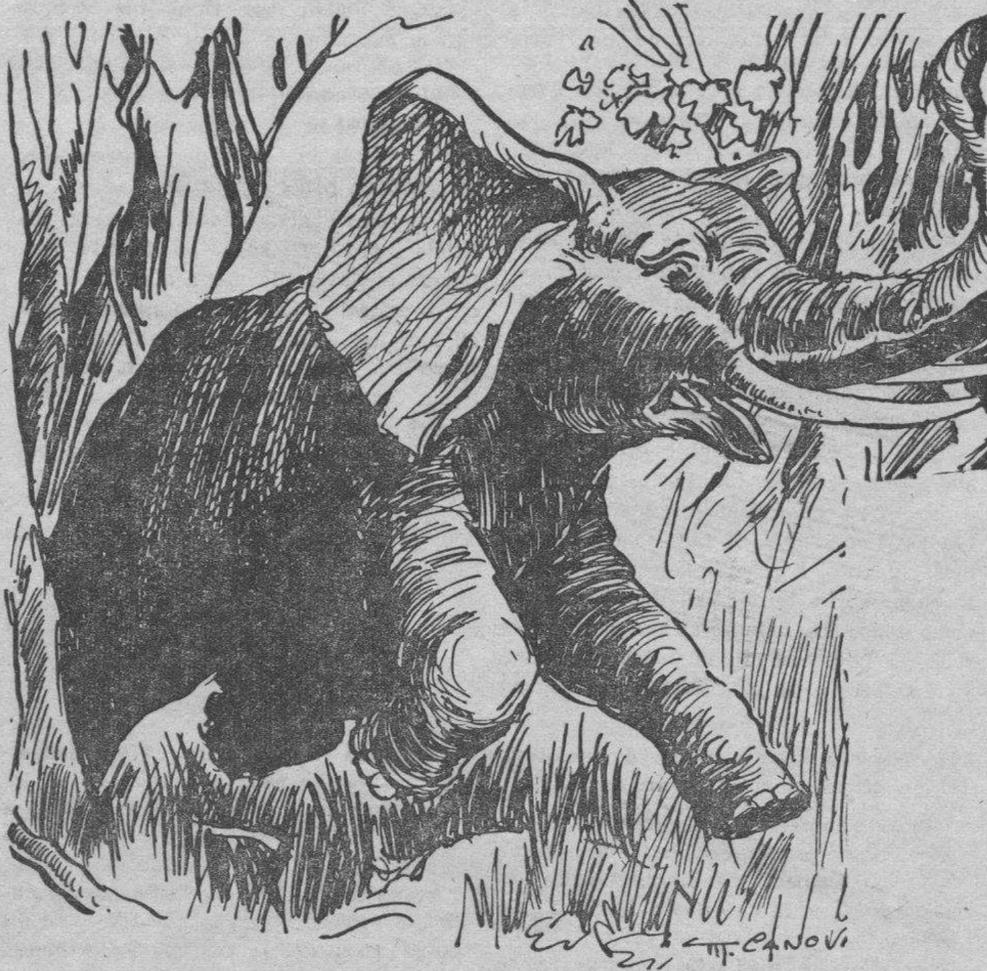
Y luego, señalando el cuerpo de Vanvogel, añadió:

—Demos un compañero de soledad a ese muerto centenario.

Levantamos el cadáver de Vanvogel y lo sentamos en la piedra, junto al hi-

sustento, era la salvación. Pero, ¿cómo arreglárnosla para no errar el golpe?... Llevados de nuestra nerviosidad, pero en voz baja, nos enzarzamos en una tremenda discusión sobre si debíamos acercarnos más, disparar, desde luego, y qué arma sería más eficaz. El problema era capital, porque nuestras vidas dependían de acertar o no en el blanco. Triunfó mi criterio. Acercándonos más corríamos riesgo de asustar el rebaño. Las carabinas eran preferibles a las escopetas, porque las balas explosivas nos daban mayor seguridad.

Todos apuntamos a la vez, con las precauciones que juzgó convenientes. Estuvimos largo rato encañonando, rodilla en tierra, echado o capitán de pie. Los latidos del corazón dificultaban la puntería. Di la voz de fuego; disparamos al unísono son un estampido que repercutió en las quebradas del monte. Disipóse el humo. Y vimos—¡oh loca alegría!—que uno de los animales estaba tumbado en el verde, perneando frenético. Dimos un grito de júbilo. Estaba-



dalgo portugués Curtis rompió la cadencia que rodeaba el cuello de don José de Silveira y guardó el Crucifijo, como recuerdo. Yo me llevé el estilete de hueso. Aquí está sobre la mesa en que escribo. Algunas veces lo uso para firmar...

Finalmente, abandonamos la caverna y emprendimos la marcha, con la íntima convicción de que muy pronto yaceríamos también helados en el fondo de algún barranco.

Después de andar algunos kilómetros, a duras penas pudimos trasponer la cumbre y dimos en la otra vertiente de la montaña. Recuerdo, como si lo experimentara ahora, la emoción que sentimos. Delante, bajo nuestras plantas se hallaba la misteriosa región que buscábamos. Pero apenas se admiraba envuelta en la niebla. Nos detuvimos a descansar, y mientras, las capas más altas de bruma se desvanecieron. Vimos un trozo de ladera suave, blanco de nieve. Luego comenzó a clarear en capas más bajas; y surgió a nuestros ojos hambrientos el cuadro delicioso de una pradera verde, un arroyo, y junto a las aguas, bebiendo o pastando un rebaño de animales, finos como antílopes.

Nos pareció resucitar. ¡Caza! Era el

mos salvados. Bajamos la pendiente a tropezones. Caímos sobre la presa, y en un instante la rematamos y sacamos, tibios aún, el corazón y el hígado. Pero... entonces vimos que nos faltaba lo principal: leña para encender fuego.

—¡Qué va a ser eso lo principal!—gritó el capitán, con una avidez extraña en él—. A mucha hambre, pocos requisitos. Antes que no comer, se come crudo.

No había otro remedio y confieso que la solución no nos pareció demasiado repugnante. Enfiamos las tajadas en la nieve, las lavamos luego en el arroyo y nos pusimos a devorarlas con fricción. Hay que decirlo, aquella carne cruda me pareció sencillamente exquisita. Nunca comí con más gusto. Nos tumbamos sobre la hierba. Diez minutos después nos sentíamos renacer y nos invadió un optimismo reconfortante. El pulso nos latía otra vez con regularidad. Y la sangre, al circular con nueva vida por nuestras venas, nos encendía el rostro.

De espaldas en la yerba, con los brazos abiertos, Curtis decía entre grandes suspiros:

—¡Loado sea Dios! ¡Bendito sea Dios!... ¡Qué delicia!

Y nuestros ojos fueron entornándose

dulcemente bajo el grato calor y el esplendor de los cielos...

Cuando despertamos la niebla había desaparecido. La región que se apareció a pie del monte se nos apareció de pájaro, en espléndido panorama dado de luz. Nos restregamos los ojos, nos miramos, encantados, sonriendo. Más había visto ni veré jamás tierra tan bella y maravillosa.

A nuestras espaldas se alzaba lentamente la cumbre que acabábamos de atravesar, coronada de nieve. Abajo, a unos mil quinientos metros, bajaba suavemente la ladera, y más allá de una tierra fértil, anchurosa, de frondas, tranquila bajo el cielo. Desde la altura, aparecía a nuestros ojos bellezas, abarcadas de una sola mirada resumían las imaginables delicias del paraíso. En vano intentaría describir el magnífico e incomparable paisaje.

Una sensación sedante, de bienestar y de paz, surgía del llano. Lejos, cuando apenas sobre el horizonte se veían los picos de otras sierras, cubiertas de nieve.

Dos cosas nos maravillaron: el extraño de que aquella región se elevase a más de mil metros sobre el nivel del desierto; y que todas las aguas de la sierra corriesen hacia el Norte, del lado opuesto del arroyo, para reunirse al río magnífico, que se perdía a los ojos. La sierra de Solimán era como una formidable barrera entre el desierto y la tierra ubérrima. Los «Senos de Salomón» separaban dos mundos totalmente diversos.

Contemplamos en silencio el paisaje, hasta que Curtis exclamó:

—Si no recuerdo mal, Silveira se sentó al pie de la sierra una calzada que llama de Salomón. ¿Recuerdan ustedes? Pues allí está; fijense: allí, a las espaldas...

En efecto, partiendo de las primeras estrabaciones de la sierra, albeaba una calzada ancha, recta, espaciosa, que parecía una carretera moderna. De tal manera que íbamos acostumbrándonos a lo que el desierto que se había debilitado en nosotros, la facultad de admirar. Y aunque la cosa era inverosímil, ninguno de nosotros sorprendió demasiado de ver que, en medio de una sierra abrupta en el centro de África, a millares de leguas de toda civilización, surgía una calzada con las proporciones y la magnífica solidez de la vía romana.

—Lo mejor será ir a verla—dijo Curtis, con tono indiferente.

Emprendimos la marcha, sin detenernos. Cruzamos la ladera nevada y al salir a un saliente surgió de pronto la calzada, una carretera a nuestros pies, a corta distancia. Era espléndida, abierta en la ca viva; blanqueaba como nueva. Llegamos a pisar sus losas enormes, y miramos curiosos. Era un espectáculo extraordinario: la calzada arrancaba del mismo, bruscamente, entre rocas salpicadas de nieve.

—¡Esto es rarísimo!—dijo Curtis—. ¿Cómo se explica que empiece aquí y acabe ahí, sin más ni más, en el monte?

—Yo creo—expuso el capitán—que esta calzada no terminaba aquí, sino que cruzaba la sierra y seguía a través del desierto. Una erupción—estamos hablando de un rreño volcánico—debió sepultar la calzada que atravesaba el monte, y que se atravesaba el desierto, enterrada por las tempestades de arena. La calzada que nos salvó tan raras veces, inexplicable, en pleno arroyo, era un resto de las cisternas excavadas por el lado del camino, para aprovisionar la caravana del rey Salomón.

gas Luego cogió las botas, las restregó con un manojo de heno y las lustró con grasa de antilope, hasta darles una apariencia decente. De una bolsa que traía en la mochila de campaña sacó un espejo, y examinó minuciosamente dentadura, ojos, cabellos y barba, unas barbas tremendas, de ocho días. Esta revista le descontentó, porque mientras miraba movía la cabeza con profundo disgusto. Se arregló las uñas, con sumo cuidado... De pronto, como quien tiene una idea luminosa, se calzó botas y polainas; y calzado, con las piernas desnudas y en camisa de franela, fué a colgar el espejo de la rama de un árbol. Volvió a hurgar en la bolsa y sacó una navaja. «¡Vive Dios!—exclamé entre mí—. ¡A que este hombre es capaz de afeitarse!» Y, en efecto. Cogió otra vez la grasa de antilope que había sobrado de las botas, la lavó en el arroyo, se untó la cara con ella y empezó luego a afeitarse. La operación debía ser dolorosa, porque cada movimiento iba acompañado de un gemido. A fuerza de sudar y gemir consiguió limpiarse pasablemente la mitad derecha de la cara. Suspiró con inmenso alivio. Y ya a empuer, vi algo que le pasaba brillando a pezar la otra mitad, cuando, de repentin, se dio un golpe en la cabeza.

Jhon se volvió asustado, soltando la navaja. Di un salto, y al borde del arroyo,



yo, como a treinta pasos de nosotros, vi un grupo de hombres armados.

Eran hombres de gran estatura, fuertes, ágiles, de tez cobriza. Algunos llevaban a manera de mantos pieles de leopardo, y en la cabeza unas coronas de plumas, que ondulaban al viento. Delante de ellos, un muchacho como de veinte años conservaba todavía el brazo tendido y el cuerpo adelantado, en la actitud graciosa de las estatuas griegas de lanzadores de dardos. Era clarísimo que aquello brillante que vi como un relámpago, era un arma arrojada lanzada por él.

Un anciano, de aire noble, marcial, cogió el brazo al muchacho y le dijo unas palabras al oído. Después avanzaron hacia nosotros.

Curtis, el capitán y Umbopa habían empuñado las carabinas y apuntaban muy despacio, todos juntos, como si no les amenazara ningún peligro, y comprendí que jamás habían visto armas de fuego.

—¡Abajo las armas!—dije a los míos.

Estaba convencido de que nuestra seguridad dependía de la habilidad y la astucia, más que de la fuerza. Apenas bajaron las armas, me adelanté con estudiada lentitud hacia el anciano que parecía ser jefe de la partida.

—¡Bien venido!—grité en zulú sin saber qué idioma sería el de esa gente.

Con sorpresa vi que el viejo que me entendía. Y no en zulú, pero sí en un dialecto que se le parecía mucho y que

me era comprensible, me contestó:

—¡Bien venido!

Luego supimos que su lengua era una forma arcaica del zulú.

—¿De dónde venís?—continuó el anciano—. ¿Quiénes sois? ¿Por qué tres de vosotros tienen el rostro blanco, y el otro del mismo color nuestro?

Y señalaba a Umbopa. Me volví a mirarle; y no é sorprendido que, en efecto, por su figura, su color y hasta sus facciones, era muy semejante a aquellos hombres. Repetí la salutación. Y despacio, para que me entendiera, contesté:

—Somos extranjeros. Venimos de paz, y este hombre es servidor nuestro.

El anciano movió la cabeza, haciendo ondular las plumas.

—¡Mien es!—dijo—. Nadie puede cruzar las montañas, ni el desierto, sin agua. Pero nada importan tus mentiras... Moriréis, porque a nadie le es permitido entrar en el país de los kakuanas. Nuestro rey lo manda.

Sentí inquietud, sobre todo viendo que algunos de los guerreros echaban mano al cinto, del cual pendían unas armas como grandes cuchillos.

—¿Qué habla ese tipo?—me preguntó el capitán.

—Pues nada; dice sencillamente, que nos va a cortar el pescuezo.

—¡Cielos!

Y, según su costumbre, en los momentos críticos, se pasó la mano por los labios contraídos. Algo extraño ocurrió a su dentadura postiza, porque se le salieron los dientes, con una mueca horrible, y volvieron a sumírsele como por encanto. No recuerdo bien lo que fué, pero me quedé atontado al ver que los kakuanas, lanzaban un grito de terror, y retrocedían despavoridos.

—¡Son los dientes de John!—murmuró Curtis en voz baja y rápida—. Han visto que sus dientes se movían... ¡Sácalos, John! ¡De prisa! Que se asustan.

El capitán comprendió; se pasó la mano por encima de los labios, y con gran destreza escamoteó la dentadura. Los kakuanas, llenos de espanto se acercaban con las miradas fijas en el capitán. Y el anciano dijo, alzando solemnemente el brazo:

—¿Quién es este ser que tiene el cuerpo cubierto, las piernas desnudas, la mitad de la cara rapada y la otra velluda, y un ojo que relumbra? ¿Quién es, que así puede quitarse los dientes?

—¡Abra la boca, John!—le susurré al oído.

John exhibió sus desiertas encías y una olímpica mirada de cólera. Los salvajes prorrumpieron en murmullos de espanto.

—¿Dónde están los dientes? ¡Los tenía ahora mismo!—y se restregaban los ojos pasmados.

John volvió la cabeza, pasóse la mano por la boca y volvió a mostrarles dos espléndidas sartas de dientes blancos, fuertes y limpios, que brillaban al sol.

El muchacho que había tirado el dardo se arrojó al suelo, gritando como un poseído. Los demás se tapaban el rostro con las manos. Y el anciano, que debía ser el más valiente, temblaba de modo que apenas podía sostenerse en pie.

Es preciso haber andado con salvajes y conocer la movilidad de sus imaginaciones infantiles para darse cuenta de la rapidez con que pasaron de su primer movimiento de matarnos al deseo de servirnos como si fuésemos divinidades.

—Ya veo que sois espíritus—dijo en tono humilde el viejo—. Jamás hombre alguno, nacido entre hombres tuvo pelo solamente en un lado del rostro, un ojo redondo y transparente, ni esos dientes que se desaparecen y vuelven otra vez... ¡Perdonad!

Aproveché la ocasión. Y extendiendo el brazo solemnemente, le dije:

—Estáis perdonados.

Faltaba, para fortalecer nuestra seguridad, deslumbrar a aquellas cándidas inteligencias con algo extraordinario. Declaro con pudor que me atreví a atribuirnos origen divino. Levanté, pues, la diestra, y exclamé majestuosamente:

—Después de haberos perdonado, voy a dignarme deciros quiénes somos. ¡Somos espíritus! Venimos de una de esas estrellas que brillan en las noches. Hemos descendido hasta vosotros para haceros felices. Lo sabemos todo. Ya veis que hablo vuestra lengua.

—¡Vinimos de paz, pero vosotros nos habéis recibido con violencia! Hay que castigar a ese mozalbete que arrojó el cuchillo contra el divino espíritu de los dientes que están y no están.

—¡No, no!—imploró el anciano—. ¡Perdonadle, hombres de las estrellas! ¡Perdonadle, oh, divinos espíritus, porque es el hijo de nuestro rey! Soy su tío; lo vi nacer, y respondo con mi vida de cuanto le ocurra.

Fingí no prestar atención y continé con indiferencia:

—Nuestro modo de castigar es rápido, terrible. Esclavo—dije, dirigiéndome a Umbopa—: dame la aguja de los rayos.

Umbopa, que atendía serio e impassible a mis grotescos embustes me ofreció una carabina, haciéndome una profunda reverencia.

Acababa de descubrir, y a unos cien pasos, un antilope inmóvil sobre un peñasco.

—¿Veis aquel gamo? Decidme si hombre, nacido entre hombres, puede matarlo desde aquí con sólo descargar un trueno.

—¡No es posible!—murmuró con asombro el anciano—. ¡Ningún hombre es capaz de hacer eso!

Apunté cuidadosamente. Disparé; y al punto el gamo, brincó en el aire y cayó muerto, sobre su mismo pedestal de roca.

Un murmullo prolongado de asombro y terror se apoderó de los indígenas.

—¡Allí los tenéis!—grité con altivez—. Podéis ir a buscarlo.

El anciano dió una señal. Dos de sus hombres corrieron a levantar la pieza. Y agrupados en torno de ella, con angustioso silencio se quedaron contemplando boquiabiertos el agujero que la bala había originado en el pecho del gamo.

—¡Comedlo, si tenéis hambre!—añadí—. Y si dudáis todavía, si queréis ver cómo en vez de un gamo mato a un hombre, que uno cualquiera de vosotros se coló que sobre la misma peña, o más lejos aún. Me es igual: le alcanzaré donde sea.

Los kakuanas retrocedían asustados, en unánime movimiento:

—¡No! ¡Eso no!—gritaban algunos—. Lo creemos, lo creemos... No es necesario emplear hechizos con nosotros. Lo creemos todo y somos buenos amigos.

El anciano guerrero repuso pacíficamente:

CONTINUARA

SAHONA

Reina de la Selva

Por
W. MORGAN THOMAS



EL ANCIANO COMIENZA SU HISTORIA: "HACE MUCHOS SIGLOS, LOS TARTAROS ABANDONARON EL ÁRIDO DESIERTO DE GOBI..."



"CUANDO LOS CONQUISTADORES LLEGARON A SAMARKANDA, SE DETUVIERON Y MUCHOS GRUPOS SE SEPARARON DE LA TRIBU PRINCIPAL PARA MERODEAR POR SU PROPIA CUENTA. UNO DE LOS GRUPOS, EN OTROS TIEMPOS ALIADO DE GENGIS KHAN EN SUS PRIMITIVAS EMPRESAS DE CONQUISTA, SE DIRIGIO AL SUR; ENCONTRANDO UN CLIMA CALIDO Y AGRADEABLE, SIGUIERON ADELANTE Y BARRIENDO TODO LO QUE ENCONTRABAN ANTE ELLOS, LLEGARON A AFRICA."



"SU SUERTE, NO OBSTANTE, PRONTO CAMBIO: EN LUGAR DE ATREVIDOS CONQUISTADORES SE CONVIRTIERON EN PRESA."



"EL CALOR Y LAS ENFERMEDADES EXTERMINARON A MÁS DE LA MITAD DE LA PARTIDA."



LOS SALVAJES Y OTROS ENEMIGOS PRONTO REDUJERON CONSIDERABLEMENTE LA TEMIBLE HORDA....



A UN GRUPO DE DESVALIDOS, SIEMPRE PERSEGUIDOS, HASTA QUE LLEGARON A ESTE MISMO VALLE....

DISCURRIA alegre y confiado el paseo de aquel primer Domingo de Carnaval, 24 de Febrero de 1895. La grata y siempre benévola memoria del pasado nos presenta aquellas abigarradas, y a lo último, casi grotescas caravanas carnavalescas, como un desfile de la elegancia, el buen gusto y el mejor humor; y desgraciadamente, y pase la verdad sincera, eran todo lo contrario. Viejos y enflaquecidos jamelgos y desvencijados y polvorientos arrastrapanzas formaban, por lo general, los dos cordones del paseo; el que había y el que bajaba: Prado, Parque, Prado, Isabel la Católica, la India, Reina, Carlos III, hasta la Quinta del General; y vuelta a demostrar la hebra: Quinta, Carlos III, Reina, la India, Isabel la Católica, Parque, Prado; y algunas veces San Lázaro hasta la Batería de la Reina—donde hoy se encuentra el Parque de Maceo—y por el centro, con la escandalería de sus desarrapados conductores y ocupantes, y el incesante cascabelo de las collejas ceñidas a las mulas o caballos que los arrastraba, desfilaban numerosos carros de mercancías de mudanzas, anunciando, los más de ellos, en burdos letreros, los productos de las incipientes industrias de la época; y todo esto, paseantes, coches y carros, en medio de un ruido ensordecedor de latas y hierro viejo; de trompetazos rajados; repiqueteos de centroteo; y gritos de salvajes, deslizándose entre una densa nube de polvo que se le agarraba como a la garganta, y despachaba a no pocas inocentes criaturas para el otro mundo, víctimas de la mortífera difteria, impune entonces, y secuela, esperada y segura, de aquellas fiestas de Momo.

Habían ido desapareciendo, hasta extinguirse por completo en aquellos paseos, las elegantes y relucientes carretelas de los grandes títulos nobiliarios habaneros, tiradas a la Comont, que pocos años atrás comunicaban al centro de la carrera un cierto tic del Bosque de Boulogne de París, o de la Regent Street de Londres, escoltados por un buen número de apuestos jóvenes que en briosos trotos criollos lucían su garbo de la tierra, en finos y arrogantes alazanes de raza, alforjas de caballeros que hacían ostentación de su prestancia. Ya no se veían en ambos cordones aquellas brillantes y charoladas carretelas y baquetas particulares en que las más encopadas damas de la mejor sociedad deslumbraban con su belleza y elegancia sui-generis, ni, guiados por los tres caballos de ley—pluma, guía y guía—se balanceaban ya, también por el centro, aquellos quitrines y volantas, góndolas que mecían entre los aplausos de la muchedumbre a las lindas niñas cubanas—Reina entre las dos Damas—en tanto el curioso caletero iba delante—rey de la calada—haciendo sonar su cuero de puño de lata en el aire de oro de la tarde... Sí; aquellos sí eran paseos de carnavales; pero ya había caído ya en 1895 en una especie de desgano y desaliento, que hacía presumir un total y rápido cambio de escena. ¿Dónde, cómo y cuándo? El tiempo lo diría. Los grandes trastornos políticos y sociales se anuncian, como los ciclones, por un entrecimiento y malestar de la atmósfera—y de los espíritus—que no se le escapa ni al menos pasado.

Un ilustre viajero inglés del siglo XVIII, al referir sus impresiones de París, por los años 1779, 80, etc., hablaba de «cierta influencia extraña que se respiraba en la atmósfera de la capital francesa, demostrativa de algo que iba a ocurrir en Francia; sin que ni nadie acertase a precisar lo que sería»; y el año 95 pasaba lo propio en Cuba. Parece que este entrecimiento de la atmósfera se refiere a menudo a lo largo de la Historia: es lo que la gente llama, «olor a chamusquina»... que había popularizado la célebre y oportuna frase de Rafael Fernández de Castro:

«Esto tiene de bueno, lo malo que se va poniendo.

Los últimos mítines autonomistas habían sido celebrado de mala manera; sobre todo uno re-

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

EL GRITO de BAIRE



cientemente celebrado en Cienfuegos, que terminó a tiros, aunque se aseguraba que todo había sido obra de los conservadores para hacer fracasar las reformas, primero, las de Maura; y luego, las de Abazusa.

Con motivo de las reformas de Maura, dos periódicos de esta capital se pusieron frente a frente: el DIARIO DE LA MARINA, que las defendía con tesón y nobleza; «La Unión Constitucional», que las atacaba con tenacidad y ardimiento dignos de mejor causa; y entre ambos, «El País», órgano del partido autonomista, que se conformaba con alcanzar del lobo un pelo a última hora. Pero tira por aquí; tira por allá; al cabo, ni reformas, ni lobo, ni pelo, ni nada; sino el estallido consiguiente, inevitable resultado de todas estas disputas.

De los procedimientos políticos de la época puede dar idea lo que dice Benito Pérez Galdós en una página de sus «Memorias íntimas». «En aquellos tiempos—escribe el genial autor de los «Episodios Nacionales»—las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico, y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes por aquella isla, con un número enteramente fantástico de votos».

En medio de aquel paseo, y a eso de las cinco de la tarde, los vendedores de periódicos irrumpieron en un correr frenético, pregando con ensordecedora gritería:

—¡Última hora: «La Lucha»!...

—¡Revolución en Santiago de Cuba!... «La Discusión», última hora!... ¡Partidas en Baire!...

—¿Eh? —se preguntó el paseo entero de punta a cabo, en una exclamación de asombro. Sin perjuicio de la inmediata y consabida respuesta, natural en la desconfianza con que se acogen al principio las más trascendentales noticias cuando se le dan al público así exabrupto y de repente:

—Es para vender periódicos...

El postalista se hallaba en aquel momento en compañía de su esposa María Fontané, sentado en las sillas de alquiler que había en la acera del Campo de Marte—bella y recientemente restaurado con el mejor gusto por

el Alcalde don Segundo Alvarez, del partido reformista—y que daban frente a la arrancada de la hermosa y amplia calzada de la Reina, por la que, como dijimos, discurría el paseo de aquel primer Domingo de Carnaval. De cuarto en cuarto de hora los suplementos de los periódicos se difundían y ampliaban con nuevos detalles. Se había dado el grito de revolución en el pueblito de Baire, de la jurisdicción de Bayamo; tropas del gobierno habían acudido a sofocarla en el acto. El capitán general, don Emilio Calleja, dictaba severas disposiciones—escasamente contaba en toda la isla con seis u ocho mil hombres de tropa para hacerlas cumplir—. En la partida de Baire figuraban los cabecillas cubanos Masó, Cebreco, etc., etc. Estarían o no, los animosos periodistas echaban mano de los nombres más respetables y famosos de la revolución de los diez años. Decíase que se iban a llevar a cabo en la Habana detenciones de personas de alta significación revolucionaria. Y a todas estas el churrigueresco y chavacano paseo se iba disolviendo como un terrón de azúcar en el agua. Empezó a funcionar el laborantismo, y el clásico nacional juego de bolos arrojó su primera bolada a la arena. Los conservadores le echaban la culpa a los reformistas, y éstos a los conservadores, por no haber querido aceptar las reformas de Maura...

Se aseguraba que el inspector de policía, el isleño Trujillo, el de las negras patillas de betún y la bomba eterna, a quien algunos llamaban Javert, había sorprendido una junta de conspiradores en la calle de Escobar. Y lo de siempre y en todas partes: que el grito se iba a dar después de aquella fecha; pero que se adelantó por esto o por lo otro. Nunca se dan estos gritos el día convenido. Gran ajetreo en el Palacio de la Capitanía General y en la Jefatura de Policía, que estaba entonces en el antiguo gran caserón colonial que se halla hoy frente al Palacio de la Presidencia, y que a su tiempo ordenara desalojar Machado, temeroso de que desde allí le volaran la cabeza con un disparo oculto. A las siete de la noche no quedaba un carrerón de agencia, ni un solo arrastrapanza en el paseo; todo el mundo estaba ya al tanto de los menores detalles del suceso, y no

pocos habían contribuido, desde luego, de este o del otro modo a dar el golpe; el cual dicho se está que se dió impulsado sólo por los que tuvieron corazón y alma para darlo, sorprendiendo la inesperada noticia a las dos terceras partes de la población; y aun, a un gran contingente de la tercera que restaba...

Ya puede el lector suponerse los cuchicheos y apartes en los teatros, cafés y demás sitios públicos, como se comprenderá, bastante desiertos. Una oportuna disposición gubernativa que se publicó al día siguiente ordenaba que desde aquel momento nadie llevase puesta la careta. ¡Fuera careta! Lo que no impidió que alguna se la pusiera de «más patriotas que nadie», empezando a funcionar la «honorable» agrupación de los «chotatas», que más adelante se llamaría de los «capapipios». Cuando algún incauto se ponía a hablar ante un grupo, de cuyos componentes se tenía sospecha, alguien disimuladamente tocaba con los dedos el trozo de madera que le quedase más próximo, y era la señal de que «debía cerrar el pico».

Al acudir aquella noche del 24, los bailarines, al teatro Tacón, al de Irijoa y otros centros de diversión y sociedades de recreo, se encontraron con que los bailes anunciados en ellos se habían suspendido de orden de la autoridad, lo que disgustó a muchos, que no tuvieron para el caso otro comentario que este:

—¡Nos partió la guerrita!

A la mañana siguiente se supo que guardaba prisión en la Cabaña, donde permaneció el resto de la guerra, el general don Julio Sanguily, detenido la noche anterior. Siguiéron los periódicos ampliando sus noticias: desaparición de Juan Gualberto Gómez, de la Habana; del general Pedro Betancourt, de Matanzas; fracaso y detención de ambos en Ibarra y la Guanábana; muerte del bandolero Manuel García, en el barrio del «Seborucal», en Ceiba Mocha; extraña ausencia de algunos de los jóvenes más destacados de la Acera del Louvre; desembarco de Máximo Gómez; desembarco de Antonio Maceo; desembarco de Martí... Registros en casa de los revolucionarios de más nombre, doctor Zayas, Méndez Capote, Lanuza, Montalvo, etc.; deportación de los mí mos a Ceuta, Fernando Poo y Chafarinas, nombres que empezaron a sonar por primera vez con repercusión siniestra en los oídos cubanos...

Sucedíanse las deportaciones sin interrupción. Raro era el correo de la Península que salía de nuestro puerto sin llevarse presos a algunos revolucionarios de nombre. El doctor González Lanuza, a quien profesaba muy especial estimación el prócer de la colonia don Manuel Calvo, fué recomendado por éste al capitán del vapor correo que lo condujo a España, ocupando un camarote de lujo, que Lanuza compartió con otros compañeros. En Ceuta formaban una colonia, a la que se le brindaba toda clase de comodidades y atenciones. Lanuza, Juan Gualberto, Montalvo y otros. En las memorias íntimas de Juan Gualberto—que sus amigos y admiradores esperamos que se publiquen con verdadero deseo—aparecen descritos con amenidad y abundancia de detalles estos días en el «Hacho», Castillo en el Presidio de Ceuta. Contaba Lanuza que durante su estancia en aquel presidio había aprendido el portugués y leído en ese idioma las obras completas del gran escritor lusitano Eca de Queiroz. En este castillo del «Hacho» existe aun un salón, sala o departamento que se denomina «la sala de los cubanos», por haberla ocupado éstos en su cautiverio de 1895, y en la cual fué aposentado el profesor español de Derecho doctor Jiménez Asua, cuando durante la dictadura de Primo de Rivera también fué deportado a aquel presidio de Ceuta. En los años sucesivos, y mientras duró la guerra, continuaron en suspenso las fiestas públicas; no cesaron un día de correr las bolas; la incertidumbre y el malestar se apoderó de los espíritus; siempre se vivía esperando algo...

Y hasta ahora. Diríase que estamos aun en el Grito.

EL CINE hablado evitó que

John Barrymore fuera jardinero

Por JOHN BARRYMORE

CAPITULO VI

HOY día, el cine no le produce ganancias a los actores que aparecen en escena como por la magia de Aladino, y siempre hay en los teatros muchos asientos vacantes cuando la película presenta a un Don Juan perfumado, en alguna aventura de amor.

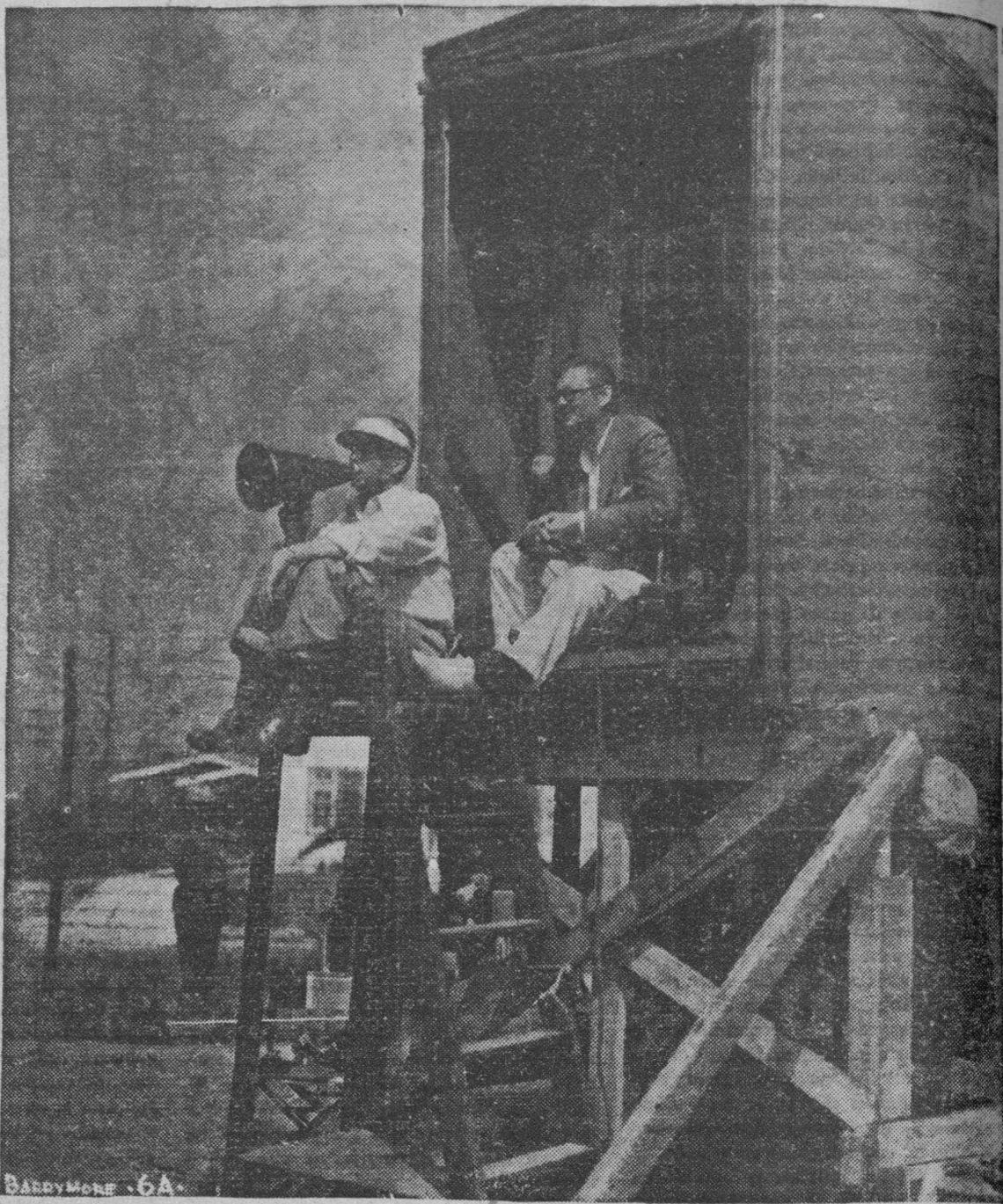
Los públicos modernos exigen un término medio en el lienzo y aplauden con mayor entusiasmo a los actores que se conducen como seres humanos. No quieren gente afectada y fascinadora, y abominan del clásico tenorio en la escena. De manera que yo he optado por seguir el ejemplo de los banqueros, los panaderos, los carniceros y los obispos y conducirme siempre como una persona normal durante mis horas de trabajo.

Esta determinación es tan firme, que para ello estoy dispuesto a ir a todos los extremos, a fin de que el público reciba los mejores espárragos que puedo ofrecerle en mi tienducha. El lado derecho de mi cara se parece mucho a un huevo frito; el lado izquierdo tiene las características comunes y corrientes de cualquier ejemplar antropológico. Ambas mejillas hay que exhibirlas para incitar a los consumidores.

Así salgo todo lo beneficiado que merezco. Gran parte de mis energías las dedico a echar a un lado a las actrices y los actores que se colocan entre las cámaras y mi mejilla izquierda, y este ejercicio pertinaz me conserva en excelentes condiciones físicas. Después de trabajar unas pocas escenas con Lionel, y ser víctima de los atropellos de éste, me siento como si hubiese tratado de empujar una roca de dos toneladas hacia la cima de una montaña. Lionel es uno de los actores más grandes del mundo, en cualquier papel, y siempre lo ha sido. Años antes de alcanzar su notable éxito en «La Serpiente», ya Ethel y yo nos habíamos dado cuenta de que era lo mejor en toda la colección Drew-Barrymore. Los productores de películas y el público cinematográfico, sin embargo, no descubrieron esto hasta la introducción de las películas habladas.

Al iniciarse la demanda por personajes de carne y hueso en las cintas, los productores tuvieron que recurrir a numerosos artistas de talento que antes estaban olvidados en los talleres, filmando películas de segunda ca-

Lionel Barrymore dirigiendo una película en que tomó parte el célebre barítono de ópera Lawrence Tibbett.



La carrera cinematográfica de Lionel Barrymore, el primer gran actor de Hollywood.—El experimento del cine hablado, que salvó a los Barrymore.—La técnica que Ethel no entendía.—La revolución del sonido en las películas y la introducción del realismo.—Lionel, artista de carne y hueso, se niega a trabajar con Lon Chaney.—Sus triunfos desde el año 1931 hasta el presente.

tegoría. El cine mudo funcionaba en el escenario de la fantasía, y los títulos que se le ponían a las escenas ayudaban al espectador a forjarse un cuadro puramente imaginativo. Eran personajes de sombras que decían sus partes del diálogo con la elocuencia amanerada que les parecía más impresionante, porque el público no les oía y se limitaba a imaginar el tono de la voz del personaje que estuviera en el uso de la palabra.

Al aparecer el cine hablado, la situación cambió radicalmente. Ya había que hablar sin apartarse de la realidad, y cuando el público descubrió que algunos de sus ídolos no tenían la voz que se esperaba de ellos, los olvidó y cambió de héroes y heroínas. La re-

volución del cine hablado fué algo más que una demanda por voces adecuadas. Los productores se quedaron asombrados de que el público exigiera tramas adecuadas, finales desgraciados, y de que detestara de las escenas de salón con galanes románticos a quienes, en realidad, cualquier dama haría echar de la casa a palo limpio.

Ahora podía haber héroes de películas de edad mediana. Podían ser jóvenes y rudos, en vez de jóvenes y amanerados. El realismo había invadido la literatura cinematográfica, y había que buscar artistas que supieran interpretar el realismo. Como resultado de estos cambios, muchísimas notabilidades dejaron de serlo, y surgieron en el cielo de Hollywood

nuevas estrellas: Marie Dressler, Will Rogers, Wallace Berry, James Cagney, Clark Gable, George Raft, Lee Tracy, Edward G. Robinson y otros.

JOHN Y LIONEL BARRYMORE RESCATADOS DEL OLVIDO POR EL CINE HABLADO

Estos cambios radicales beneficiaron a Lionel Barrymore más que a ningún otro artista, mientras que a mí no me hicieron daño alguno. A no haber llegado las películas habladas, lo más probable es que yo estuviera hoy haciendo trabajos de jardinero en Hollywood, con un letrero sobre las espaldas que leyera: «Arregle su césped a estilo John Barrymore». Como la gente estaba acostumbrada a verme en papeles de genio maléfico y de Svengalis, creerían que yo iba a arreglar los jardines arrancando la hierba con los dientes.

Lionel había estado trabajando en el cine, a intervalos, por 24 años. Empezó con David W. Griffith en el 1909, en los antiguos talleres de la Biograph en la calle 14 de New York, y tomó parte en varias cintas con Mary Pickford, Lillian y Dorothy Gish, Robert Harron, Henry Walthall, Blanche Sweet y Mack Sennett. Hollywood era entonces una serie de solares sin edificaciones.

Lionel ha trabajado en su carrera artística con todos los productores de películas. Siempre estuvo disponible mientras los mag-

(Continúa en la página 29).

DESDE PARIS

MONSIEUR de Sierra-VALLET

Ecrit sus MEMOIRES



Alfredo de Sierra Valle en traje de diplomático

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

UNA MEZCLA DE DON JUAN Y DE CASANOVA; UNA PINCELADA DE BRUMMEL Y OTRA DE CHEVALIER D-ORSAY. — COMO SE LLEGA A LA FILOSOFIA A TRAVES DEL AMOR, Y COMO UNA VIDA DE ELEGANCIAS FISICAS Y DE ELEGANCIAS INTERIORES PUEDE CONVERTIRSE EN UN CENICERO. — LA JUVENTUD ES UNA EMBRIAGUEZ, PERO EL OTOÑO ES LA PLENITUD Y LA BELLEZA SUPREMAS.

UNA noche, hace de esto muchos, muchos años, paseaban en una silenciosa calle de Guatemala, bañada por la luna, dos hombres, el uno de edad madura, elegante, de bigotes espesos y envuelto en una capa romántica; el otro joven, igualmente elegante, igualmente envuelto en una capa. Llevaban el paso lento, pero hablaban con cierta pasión. El más joven contaba la historia de su vida, llena de lances, de amor y de galantería. Refería cómo tenía en su casa, en el fondo de un arcón colonial, un paquete de cartas de mujeres que un comerciante le había propuesto comprar... para hacer con esas cartas un inapreciable volumen, lujosamente empastado en pieles ricas. En cambio de esas cartas le ofrecía... una bolsa de seda repleta de monedas de oro. Y mientras la luna seguía cayendo—como una lluvia de rosas blancas—sobre la ciudad dormida, el más joven terminó:

—Aquel día en mis manteles encontré el manjar escaso y no tenía siquiera para un vaso, pero para huir de la tentación bajuna, saqué el paquete de cartas, lo pesé un instante en mi diestra temblorosa, y después lo arrojé a la chimenea que, súbitamente alimentada, avivó la llama e iluminó dos rostros: el rostro pálido de cólera del mercader, y el rostro mío, pálido de melancolía...

Un silencio reinó. Ambos noctámbulos se habían detenido en la acera. No se dijeron más por un instante. Las rosas lunares seguían hoviendo. El hombre de más edad, de cara morena y de bigotes espesos se llamaba José Santos Chocano. El hombre joven, de mirada ardiente y de cabellos crespos, se llamaba Alfredo de Sierra Valle. Esto pasó hace muchos, muchos años, en una noche lunada de Santiago de los Caballeros de Guatemala...

o o o

Chocano buriló un poema titulado «Brummel» y, naturalmente, lo dedicó a Alfredo de Sierra Valle, pues que la anécdota era estrictamente personal. El poema lo incluyó el poeta después en su libro, «Arte y Vida» y ha dado la vuelta al mundo. ¿Quién no conoce aunque sólo sean briznas del poema?

Brummel, maestro insigne de las genuflexiones en las cortesanas de los áureos salones,

que vivió hilando sueños a los pies de las damas, guardaba en su gaveta, cual preciados blasones, pañuelos de batista con regios monogramas, sortijas príncipescas, abanicos ducales y cartas con coronas sobre las iniciales...

Y ¿quién no recuerda, aunque sea fugazmente, los tres versos del comentario que dicen así:

Brummel, maestro amado, que tu vida puliste cual se pule una joya ¡qué gesto el que tuviste!

A la riqueza alegre se impuso el amor triste...

Los años siguieron pasando. Alfredo de Sierra Valle se trasladó a Europa, en una aventura diplomática auspiciada por aquel encantador diplomático brasileño Fontaura Xavier. Las capitales del viejo mundo acogieron aquella juventud espléndida, aquel corazón ardiente, aquel aire de Don Juan mezclado a una pincelada de Caballero d-Orsay. Y cuando los años comenzaron a introducir compases de filosofía en el desorden triunfador de la juventud, se radicó definitivamente a orillas del Sena. Su residencia se engalanó un día con la presencia de una bella aristócrata conocida del Tout-Paris gracias a sus trajes, a sus caballos, a sus autos, a sus abrigo, a su perfil (que sirvió de modelo a todos los pintores contemporáneos). Pero Don Juan es Don Juan. Brummel es Brummel. Hay naturalezas rebeldes al sosiego y al amor tranquilo de la estufa. Hay corazones que se rebelan contra la conquista apacible de un par de pantuflas mullidas y calientes. La aventura es un centauro nervioso...!

Pasaron más años aún. Los salones de París reciben al Don Juan vestido con paño inglés y hacen de él un símbolo, una cifra imprescindible en su fasto ininterrumpido. Se busca su silueta en las carreras de caballos de Auteuil y de Longchamps, en las «premieras» de los teatros, en las galerías de arte, en las justas de la elegancia. El cuerpo esbelto y tallado en nervios sólidos, los cabellos echados en ondas hacia atrás y luciendo la coquetería de riachuelos aislados de canas. Monóculo. Labios que sonríen. Chic viril. Y el todo bañado por una sensación de poesía y de aventura galante.

A su residencia de la avenue d'Iéna encontramos una biblioteca escogida con criterio

severo, cuadros y dibujos de los grandes maestros contemporáneos, retratos de poetas, de artistas de teatro, de estrellas de noche y de estrellas de día. Encontramos un bar, en cuyas entrañas de hielo se conservan «a point» los champañas y los borgoñas. Encontramos al Tout-Paris, condesas, millonarias, demimondaines, diplomáticos, snobs...

Así vive Don Juan cuando los años acumulan sabiduría sobre el corazón.

o o o

La noticia se propaló por todo París en breves horas.

Antes de que pasara a los salones, «L-Intéressant» la había lanzado ya en esta forma:

M. DE SIERRA-VALLE ECRIT SES MEMOIRES

Un anniversaire qu'on n'aura point célébré — et c'est dommage — celui de la naissance du fameux dandy Brummel, favori de George IV, qui, de 1778 à sa mort, en 1840, à Caen, traina tant de cœurs après lui, nous fait songer à un Erummel guatemaltèque, Alfredo de Sierra Valle, dont nul, dans la colonie latino-américaine de Paris, ne conteste le titre et l'élegance, désormais classés. En effet, depuis vingt-cinq ans qu'il réside à Paris, il n'est pas de réunions mondaines sans lui, et bien peu de personnalités, y comprises des Excellences, qui n'aient eu recours à lui pour résoudre une de ces mille complexités du protocole qui font à la fois les délices et l'effroi des gens du monde.

Dans son luxueux appartement parisien, orné en son centre des trois drapeaux guatemaltèque, français et espagnol, et par ailleurs entièrement tapissé de photographies dédicacées des plus jolies femmes de Paris, nous avons trouvé dernièrement Alfredo de Sierra Valle... en train d'écrire ses mémoires, qui paraîtront sous un titre singulier. Et comme nous interrogeons ce dandy qu'a célébré le poète péruvien Chocano dans un de ses plus beaux poèmes, il nous fit cette jolie réponse: « Je pense que de l'homme le plus gâté par l'existence, il ne reste, comme du meilleur des cigares... qu'un peu de cendre. Et c'est pourquoi j'intitulerai mes récits: « Cendrier ». Gageons que de belles Sud-Américaines ranimeront ces cendres avec quelque moi au cœur et dans l'espoir d'y retrouver le meilleur d'elles-mêmes... »

Jean Balbo.

Con la noticia en el bolsillo fui a ver a Don Juan.

Lo encontré envuelto en una gran «robe de chambre» cortada en terciopelo rojo, que evocaba túnicas cardenalias en Renacimiento

tos sensuales. Delante de los muelles butacones una mesa con dos wiskeys and soda. Detrás de la cabeza mundana, detrás de los rasgos de Don Juan que representaban una pincelada de cansancio y de melancolía, vigorosamente elegante, yo veía un pueblo de rostros y de cuerpos de mujer, como una visión de milagrería.

—Mi querido Avilés Ramírez—me confesaba, en el silencio de su intimidad, viendo el paisaje de su salón a través del ámbar líquido de su whisky—el mío será un libro que se titulará, en efecto «Cendrier». Casi no lo he escrito yo, sino que se ha escrito solo. Es el fruto dulce y amargo, cortado con mano indiferente, del árbol pródigo de la Vida Cotidiana...

Un sorbo. Deja el vaso sobre una mesa. Después.

—De mi vida, como de un cigarrillo, no quedará más que ceniza... filosofía...

La luz era indirecta y discreta, y aquella confesión, hecha por aquel hombre estatuario revestido con una túnica de cardenal, me daba la sensación de una escena palatina en la que interviniera, en cuerpo y en espíritu, el divino Casanova de Seingalt. Del polvo suave de esa ceniza, pronta a dispersarse al menor soplo ¡cuántos fantasmas de mujeres no habrán de levantarse!...

Esa noche Alfredo de Sierra Valle me leyó unas cuartillas, anticipación de «Cendrier». Yo he escogido para vosotros seis «capítulos», seis «estados de alma», audaces, poéticos, cínicos, caballerescos, en una palabra dignos de haber salido de la pluma de los grandes conquistadores de corazones, príncipes de un reino que no está al alcance de todos los mortales.

Helos aquí:

I

El arte de la política consiste en hacerse querer de los de abajo y en hacerse temer de los de arriba.

II

En casa del pintor español, mi amigo Federico Beltrán y Masses, encontré ayer a Cleo de Mérode y pensé, al verla, que la mujer muere tres veces: cuando deja de ser joven, cuando deja de ser bella y cuando la entierran.

III

El dinero es la juventud del viejo.

IV

Los dos mejores momentos de una aventura de amor sin amor son, cuando llega y oímos sonar el timbre de la puerta, y cuando oímos alejarse el taxi que se la lleva.

V

¿Qué importa que mi entierro sea de tercera si mi vida ha sido de primera?

VI

La aventura de amor debe ser como la ropa interior, magnífica pero secreta. Un caballero no habla de ninguna de las dos.

o o o

Libros, cuadros de pintores célebres, retratos de vedettes tan célebres como los pintores, tapices, dos vasos de whisky; cenizas, cenizas...

Divanes, silencio perfumado, el ruido de París tamizado en la distancia, luz discreta, una espléndida robe de chambre: cenizas, cenizas...

Recuerdos amargos y dulces—como los frutos del árbol de la Vida Cotidiana—bailando una farandola sentimental: cenizas, cenizas...

París, Alturas Otoñales de 1939.

Banqueros y Secretarías en Babilonia

LAS ANTECESORAS DE LAS ACTUALES MECANOGRAFAS CONOCIAN EL SECRETO DE LOS SOBRES INVIOlables

Por E. C. DAVIES

MUCHOS lectores se sorprenderán, sin duda, al enterarse de que en la antigüedad había grandes señores que contaban con una secretaria. Y, sin embargo, las investigaciones realizadas por el doctor Eduardo Chiesa, del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, investigaciones que completó a su muerte un compañero de tareas, el doctor George G. Cameron, nos demuestran categóricamente que tal cosa sucedía en aquellos tiempos, si bien es cierto que una abrumadora mayoría de secretariados estaba confiada a manos masculinas.

A los habitantes de Babilonia sólo les merecía fe lo que estaba escrito. En realidad, tenían una ley que establecía que para que una transacción fuera legal debía constar por escrito y ser firmada por las partes y un par de testigos. Ni aun el negocio más insignificante podía realizarse sin la intervención de un «escriba», encargado de asentar el convenio sobre una lámina de arcilla de regular espesor o en forma de ladrillo.

Dirán ustedes que debía resultar cosa sencilla eso de alterar una cifra, luego de firmado el contrato, añadiéndole simplemente un número. Pero debe saberse que los individuos

inescrupulosos que en aquel entonces hubiere —no hay duda que en todas las épocas abundaron más o menos los malandrines—, se encontraban con una barrera infranqueable constituida por unos sobres especiales, a prueba de violación, en que iban encerrados esos contratos. Vemos, pues, que no era entonces tan fácil burlar a la ley.

El sistema de sobres de arcilla es realmente interesante. Los escribas debían ser expertos en su fabricación. Pero eso de modelar simplemente arcilla era como una segunda naturaleza para esa gente que fabricaba platos, ídolos, juguetes y útiles de oficina con la buena arcilla que los ríos depositaban generosamente todos los años a lo largo de sus márgenes.

Una secretaria eficiente era capaz de fabricar un sobre de arcilla en contados segundos, alrededor mismo del documento, y luego procedía a copiar los términos de éste en la cubierta aún fresca, debiendo estampar nuevamente su firma las partes y los testigos.

Ni el más hábil de los mixtificadores podía abrir uno de esos sobres de arcilla sin romperlo. Varios arqueólogos procuraron con todo cuidado ponerse en el lugar de un imaginario malandrín babilónico, pero jamás consiguieron sacar intacta una de esas cubiertas.

Tampoco podía un delincuente de aquellos tiempos romper el sobre y hacer luego uno nuevo, puesto que la propia naturaleza de la arcilla lo delataría inmediatamente.

Los doctores Cameron y Chiesa nos ofrecen esta explicación:

«El documento de arcilla fresco era aguinoso. Pero cuando en el curso de unos días se secaba, se empequeñecía hasta llegar más o menos a una quinta parte. Después no podía ponerse a su alrededor ningún sobre. Si ustedes hacen la prueba, verán que la cubierta húmeda, que aún debe encogerse, hace presión contra la tableta ya seca del interior hasta que la cubierta se resquebraja. Así, pues, documento y sobre debían tener el mismo grado de humedad, a fin de que pudieran secarse y achicarse al mismo tiempo.»

El que sintiera curiosidad por conocer el aspecto que tendría un jefe de antaño dictando a sus dos secretarías—sí, dos a la vez—podría examinar un bajo-relieve asirio del siglo VIII hallado en Nimrud.

Según parece, el asirio era de los que gus-



taban dictar estando en pie. Frente a él, sentábase una secretaria que procedía a escribir lo que se le dictaba, en tanto que otra aguardaba una señal del jefe para relevarla.

Al hombre de negocios de esas épocas también se le han descubierto sus puntos débiles. Muchos grandes de entonces, por ejemplo, no sabían leer ni escribir. Esto de la escritura era, por cierto, arte nada fácil de aprender. Los monarcas que podían leer y escribir no dejaban de jactarse por ello.

Pensarán los lectores: si había en Babilonia hombres de negocios analfabetos, ¿cómo se las arreglarían para firmar y legalizar todas sus transacciones comerciales? Muy fácil: cada uno de ellos llevaba pendiente del cuello un sello, el cual se concretaba a estampar debajo de cada documento fresco.

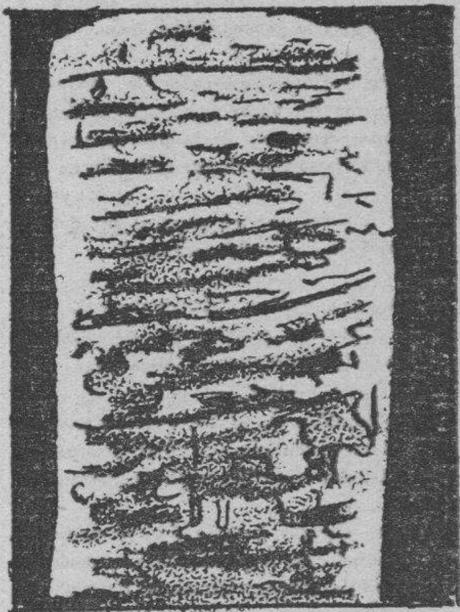
Las secretarías y secretarios no concurrían, claro está, a una academia como ocurre en nuestros tiempos. Estudiaban con profesores particulares o en escuelas contiguas a los templos. Arqueólogos franceses desenterraron un aula completa con su fila de bancos y utensilios empleados en la enseñanza. Por supuesto que los libros de lectura y cuadernos eran de arcilla.

Los doctores Chiesa y Cameron llaman la atención sobre un trozo de arcilla para ejercicios, en forma de un panecillo. Uno de los lados era liso, en tanto que el otro estaba encorvado. Sobre el primero veíase claramente la escritura del profesor, que el alumno trataba de imitar en el lado encorvado. De tanto borrar en el curso del día, este lado se alisaba, y se usaba repetidas veces antes de que el primitivo cuaderno se secara y quedara definitivamente inútil.

En las oficinas sepultadas de una gran firma de Babilonia, en Nippur, los arqueólogos descubrieron un cuarto lleno con miles de tabletas. Solamente en este edificio se hallaron más de setecientos contratos.



Cuando el hombre se da mejor cuenta de la fragilidad de sus hombros, es cuando en una fiesta tiene que luchar con su dolor de cabeza y con el de la rubia de al lado...



Tabletas cuneiformes halladas en las excavaciones de Chagar. Forman parte de contratos babilónicos, escritos unos 2.000 años A. C. En ellas se negocian partidas de granos, al igual que hacen hoy las casas de comercio.

DESPUES DE CUATRO SIGLOS DE AUSENCIA TOTAL DE RELACIONES, INGLATERRA Y EL VATICANO ESTABLECEN DE NUEVO SU AMISTAD, MEDIANTE EL NOMBRAMIENTO DE UN DELEGADO APOSTOLICO A LONDRES Y LA VISITA DEL PRIMER MINISTRO A PIO XI. DICESE QUE EL MOVIMIENTO HA SIDO DIRIGIDO CONTRA ALEMANIA, Y QUE POR ELLO HITLER SE DEFENDIO DEL CARGO DE "PERSEGUIDOR DE LA IGLESIA" EN SU DISCURSO DEL 30 DE ENERO

Después de haber realizado otras visitas a castillos y palacios hostiles de la tierra extranjera con ánimo de evitar derramamientos de sangre, el Primer Ministro inglés Neville Chamberlain, visitó el Vaticano el 13 de enero donde celebró una entrevista con el Papa, durante su visita a Roma invitado por el «duce» Mussolini. He aquí la comitiva del Primer Ministro en los momentos en que abandonaba los dominios de su Santidad



CUANDO CHAMBERLAIN VISITO A SU SANTIDAD EL PAPA

LOS que critican la política pacifista del primer ministro inglés Chamberlain, no han tenido más remedio que con- venir, a raíz de su visita a Roma, que la audiencia que el presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra pidió y obtuvo del Papa Pío XI, no pudo ser más calculada ni oportuna. Porque en los momentos en que la Alemania de Hitler ha caído en el desagrado del Sumo Pontífice y la misma Italia de Mussolini provoca repudiaciones de su política por parte del «Osservatore Romano», ese acercamiento de Inglaterra a la Iglesia Católica no deja de ser elocuente.

La visita de Chamberlain al Vaticano vino a ser como la confirmación oficial por parte del gobierno inglés, de unas relaciones que habían sido establecidas en los últimos tiempos, ya que en noviembre del año pasado el Papa Pío había nombrado un Delegado Apostólico a Londres. El hecho adquiere todo su relieve, cuando se recuerda que desde el siglo XVI, es decir, desde hacía cuatrocientos años no se había hecho un nombramiento semejante por parte del Papa. La misma Prensa italiana publicó entonces noticias cablegráficas desde Londres, en el sentido de que se creía en Inglaterra que la acción del Vaticano obedecía al deseo de buscar el auxilio inglés para que apoyara en su conflicto con Alemania sobre el tratamiento acordado por Hitler a los católicos alemanes. Las autoridades del Vaticano se negaron a hacer comentarios entonces sobre el mencionado extremo.

Que la visita de Chamberlain al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica no fué tachada por Hitler—ni Mussolini—en su discurso al Reichstag, el 30 de enero pasado, el dictador alemán dedicó una parte de su disertación a demostrar que Alemania actual no persigue a la Iglesia, sino a los sacerdotes que se aprove-

chan de su condición de pastores de almas para combatir al Estado.

«El Estado Nacional socialista—dijo Hitler—no ha clausurado iglesias ni in-

fluenciado sus servicios. Por el contrario, el Estado Nacional Socialista paga contribuciones a la iglesia que han aumentado de 130.000.000 de marcos en 1933 a

500.000.000 en 1938, además de 92 millones de marcos en subsidios del Estado y comunales. En adición, la iglesia tiene propiedades valuadas en 10.000 millones de marcos, que producen ingresos de 300.000.000 anuales. ¿Cuánto le han pagado Francia, Inglaterra y los Estados Unidos a la iglesia en el mismo período?».

«Es una impertinencia—continuó Hitler—que los políticos extranjeros hablen de hostilidad a la religión en el Tercer Reich. Pero si las iglesias alemanas creen en realidad que la situación es insostenible, el Estado Nacional Socialista está dispuesto a marcar la clara separación entre la Iglesia y el Estado, como es el caso en Francia, los Estados Unidos y otros países».

Las referencias que se publicaron de la visita del Primer Ministro inglés al Sumo Pontífice, se limitaban a aseverar que la entrevista había sido muy cordial y que durante la conversación, a la que asistieron solamente el Papa, Mr. Chamberlain y el embajador inglés Osborne, el Padre de la Iglesia leyó en italiano una breve alocución de saludo que fué traducida inmediatamente al inglés por el embajador. Entonces Chamberlain leyó su réplica y a continuación la charla se hizo muy cordial.

Según esas referencias la conversación duró unos cuarenta minutos y en ese tiempo los ilustres interlocutores trataron de todos o casi todos los problemas europeos. Después Mr. Chamberlain expresó a los miembros de su séquito la profunda impresión que le habían causado los sentimientos piadosos y cristianos del Papa.

Por la noche el Santo Padre envió a Chamberlain, como regalo, una medalla de oro que tiene en el anverso una efigie de Pío XI y en el reverso la de los santos ingleses John Fisher y Thomas Moore, canonizados en 1935. Se dice que la delicadeza del Padre de la Iglesia conmovió profundamente al Primer Ministro británico.

BREVES, MUY BREVES

EL MEJOR CHISTE

Mi manera de bromear es decir la verdad. No hay cosa más chistosa en el mundo que eso.—Bernard Shaw.

MENOS MAL

Ahora los que nada tienen pueden vender sus cartílagos; el doctor James Stotter de Nueva York ha establecido una central que provee a los cirujanos plásticos de pedacitos de un cuarto y media pulgada por los cuales

WILLIAM LAKE (BRITISH COLUMBIA)

Mollie Jone, un indio, responde al Juez ante el cual está acusado de llevar consigo licor: «Juro por mis antepasados que un hombre blanco dejó caer esta botella desde un aeroplano y cayó dentro de mi bolsillo».

No porque habite la altura. No porque imagine un hombre imaginario.

Las Revelaciones contra el Comité Dies y la acusación contra la Secretaria del Trabajo



Una petición de 600 pies, conteniendo cientos de milhares de firmas de individuos que desean que se continuen las investigaciones del Comité Dies, ha sido presentada a su presidente en Washington por miembros de las asociaciones patrióticas. He aquí al representante Martin Dies —al centro, leyendo— con los señores que hicieron la presentación del documento.

CONTINUARAN las investigaciones del Comité Dies, ese comité que al sacar a la luz las actividades de comunistas en los Estados Unidos, ha sido causa de que la Secretaria del Trabajo, Frances Perkins—primera mujer que fuera en Norteamérica miembro del Gabinete—y varios de sus auxiliares hayan sido acusados ante la Cámara.

El presidente Roosevelt y su administración se habían opuesto a las actividades del comité, dícese que por el daño que sus revelaciones le hicieron al ex gobernador Murphy de Michigan—actual Ministro de Justicia—en los momentos en que buscaba la reelección, en las últimas elecciones. Las acusaciones que algunos testigos hicieron contra el gobernador y su actuación durante las huelgas del año pasado en la industria automovilística, con la subsiguiente ocupación de las fábricas por los obreros, al estilo de Francia, tuvieron que ver—al menos así lo creen los partidarios del presidente—con su decisiva derrota en las urnas.

A pesar de la oposición que le hacía el Gobierno de los Estados Unidos, el Comité que investiga las actividades de los extremistas será mantenido por un año más y dotado de cien mil dólares para sus gastos. — Como resaltado de sus investigaciones, la Secretaria del Trabajo, Frances Perkins, ha sido acusada ante la Cámara.

Parece que los líderes de la Administración han llegado a un acuerdo con el representante Dies, que consiste en que el Comité para Investigar las Actividades Antiamericanas, siga existiendo durante otro año, a cuyo

efecto se le dotará con cien mil dólares, para que pueda realizar su cometido con más eficacia. A cambio de la mencionada franquicia de la Administración, el Comité procurará ajustar su investigación a los procedimientos judiciales, interrogando solamente a aquellos testigos cuyas versiones sean creíbles por las pruebas que posean o por la índole de la información. De ese modo—se dice—se evitará que cualquier persona, como parece que ocurrió en la primera etapa de la investigación, pueda aprovechar la oportunidad para descargar su antipatía o su resentimiento sobre cualquier funcionario del gobierno.

Las revelaciones del Comité Dies y la oposición que le hiciera la administración fueron causa de divergencias en todo el país y comentarios en la prensa. El sesudo «New York Times» se expresaba así en un editorial:

«Las revelaciones sacadas a la luz por el Comité Dies han producido sentimientos distintos entre nuestros ciudadanos. Por una parte el mencionado comité indudablemente ha realizado un importante servicio, ya que ha ayudado al ciudadano a ver con claridad el carácter y las tácticas del comunismo en este país. Ha mostrado la índole del llamado «frente unido» y ha expuesto la naturaleza hipócrita del pretendido deseo comunista de mantener la tradicional democracia norteamericana. Nos ha dejado ver cómo los comunistas han tomado el control de algunas organizaciones, para minarlas desde dentro, y ha formado otras organizaciones que pretenden propósitos plausibles y en realidad fomentan el comunismo en nuestro país.»

Las acusaciones contra la Secretaria del Trabajo, presentadas ante la Cámara por el representante republicano J. Parnell Thomas,



La Secretaria del Trabajo de los Estados Unidos, ha sido acusada ante la Cámara de «crimen y fechoría» por el representante republicano J. Parnell Thomas.

se refieren al caso de Harry Bridges, líder de los estibadores de California que perteneció al partido comunista. Las leyes de los Estados Unidos demandan que los extranjeros que comulguen con doctrinas encaminadas a destruir por la fuerza la actual forma de Estado, deben ser deportados sin pérdida de tiempo. Bridges, que es australiano y se ha hecho notorio como extremista peligroso, hubiera sido deportado del país, al decir de los acusadores de la Secretaria del Trabajo, si la ley se hubiera cumplido al pie de la letra. Pero parece que Miss Perkins, procediendo por cuenta propia o inspirada por otras personas, no ha querido ordenar que se tomen los pasos necesarios para la deportación de Bridges, quien es algo así como uno de los lugartenientes de John L. Lewis, a su vez íntimo amigo del presidente Roosevelt.

SINGULAR

«Madre querida, señores», así empezó su discurso el Ministro Spaak la primera vez que habló en el Senado. La madre de Spaak es la única dama que se sienta en esa Cámara.—(News Review).



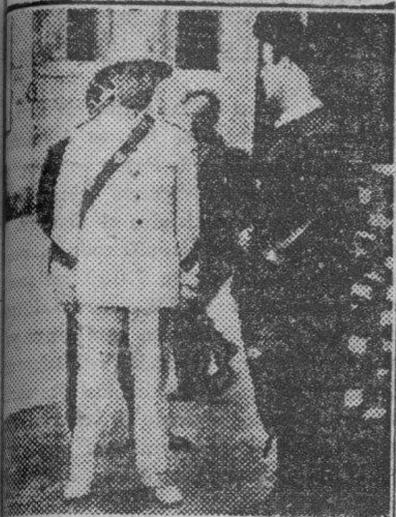
He aquí al representante J. Parnell Thomas que ha acusado ante el Congreso de los Estados Unidos a la Secretaria del Trabajo Frances Perkins, al subsecretario del ramo Gerard D. Reilly y al Comisionado de Inmigración y Naturalización James L. Hough-teling, de no haber cumplido con sus deberes en dos casos de deportación de comunistas

El ejército más pacífico del mundo

Los soldados del Papa no pasan de 60, visten un uniforme ideado por Miguel Angel y aunque usan lanzas medioevales, jamás intervienen en cuestiones bélicas

POR
PETER LANG

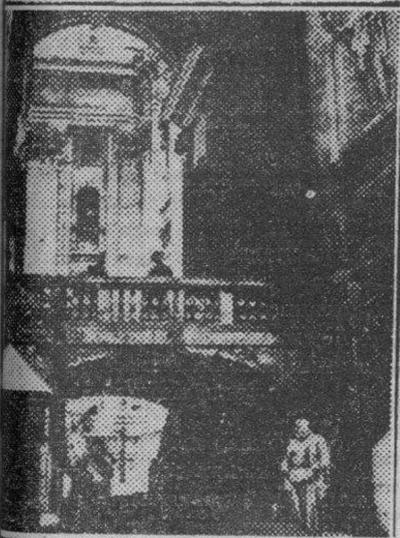
CON su vistoso uniforme de grandes franjas amarillas y corte medioeval, que según una vieja tradición ideó Miguel Angel, un pequeño ejército compues-



policia italiano y el guardia del Vaticano departen amigablemente, y hasta plan de política. Ello no conspira el sentido que ambos tienen de inviolabilidad de los límites de sus respectivos estados; inviolabilidad que ellos garantizan.

por sesenta fornidos jóvenes se halla permanentemente apostado en los diversos límites de un Estado que apenas tiene 108 kilómetros de territorio.

La día y noche por la vida del más



en esta estampa un recio sabor del medioevo. Es la entrada al Vaticano, con tradicionales centinelas. Los visitantes sólo pueden atravesar esta arcada exhibiendo la correspondiente autorización.



El mayor orgullo de los guardias del Papa es su elegante uniforme, que, según ellos, fué ideado por Miguel Angel. He aquí un miembro del ejército papal desvainando el sable.

alto dignatario de la Iglesia Católica, y, pese al aspecto bélico de sus integrantes, que lucen, según la ocasión, lanzas terroríficas, sables inquietantes y modernos fusiles de precisión, constituye el ejército más pintoresco y a la vez más pacífico del mundo.

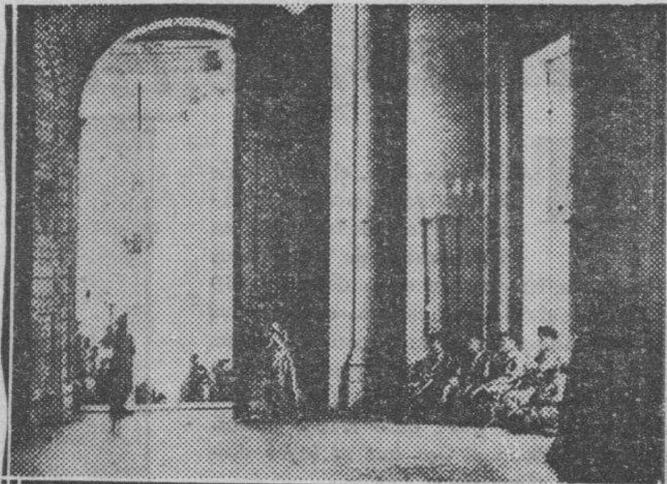
Son los famosos guardias suizos del Estado del Vaticano, y aun cuando poseen una acabada preparación militar, jamás han intervenido en conflicto bélico alguno desde el año 1527, oportunidad en que tuvieron que hacer alarde de esa preparación en defensa de la vida del

Papa. Intervinieron entonces con tanto arrojo, que el episodio fué origen de la arcaica costumbre, nunca abandonada hasta ahora, según la cual han de ser de nacionalidad suiza los miembros del peregrino cuerpo.

Unos sesenta hombres, como hemos dicho, constituyen el organismo de los Guardias del Vaticano. Trabajan veinte días y luego tienen franco diez días. Cada tres años se les conceden tres meses de vacaciones, que, generalmente, disfrutan en Suiza, su patria.

La edad de los guardias oscila entre los 19 y los 25 años. Todos son solteros

y es condición indispensable para el ingreso en la fuerza tener, por lo menos, 1.80 de estatura. La mayoría de ellos han prestado servicio militar en Suiza antes de ingresar en el Ejército Papal. Pueden renunciar cuando lo crean oportuno, debiendo sólo avisar con una anticipación de dos meses, pero casi todos están tan



En el cuerpo de guardia. Obsérvese, colgadas del muro, las lanzas que usan los guardianes del Papa. Pero sin otros fines que los estrictamente decorativos...



Ofrecen los pintorescos uniformes de los soldados del Papa, con sus franjas amarillas y malvas y su corte medioeval, hondas sugerencias de historia y de pasado, de castillos antiguos y de señores feudales...

conformes con su empleo, que permanecen en él de 25 a 30 años.

Aunque con el tiempo aprenden a hablar el italiano, hay algunos que lo saben ya al ingresar, pues proceden de las regiones italianas de Suiza.

Todas las órdenes son expresadas en alemán y la mayor parte de los guardias tiene apariencia teutónica, contrastando con los soldados italianos que están apostados al otro lado de los límites del minúsculo Estado del Vaticano y con los que gustan conversar amigablemente cuando sus tareas se lo permiten.



Tienen los soldados del Vaticano una estricta disciplina militar. De ella da idea esta escena, en que cuatro miembros del pintoresco ejército aparecen en el momento de relevar la guardia en uno de los confines del minúsculo Estado del Vaticano.

El mundo ha perdido más de la mitad del oro que encontró

HACE unos años, el director de la Casa de Moneda de Estados Unidos declaró que en el transcurso de los últimos 440 años se ha extraído de la tierra 23.500 millones de dólares en oro, o sean unos 825.000 millones de francos, pero que de esa suma sólo se encuentra en circulación poco más de la mitad, o sean 441.000 millones de francos. Falta, pues, poco más o menos, la mitad de todo el oro que se logró descubrir en la tierra desde 1492.

Hace cinco mil años se extraía oro ya, y las investigaciones del egiptólogo Petrie nos brindan un medio de valuar aproximadamente la cantidad de ese precioso metal que falta. Dicho sabio ha podido, en efecto, determinar, como consecuencia de sus exploraciones arqueológicas, que en el año 2000 antes de Cristo los egipcios producían cinco toneladas de cobre por año, y que lograron mantener ese promedio durante unos trescientos años. Por otra parte sabemos que en aquella época la producción del oro era muy similar a la del cobre. Las cifras de Petrie nos permiten, pues, llegar a la conclusión que, hasta el principio de la era cristiana, Egipto había extraído de la tierra 260.000.000.000 de francos en oro. Como ese país, según los cálculos de las autoridades en la materia, explotaba la mitad de la producción mundial, la cifra total de ésta sería, entonces, 520.000.000.000 de francos hasta iniciarse nuestra era. Calculando el promedio de la producción mundial desde el año 1 al 1492 de nuestra era, llegamos a una cifra global de 1403.000 millones de francos hasta el año 1936.

La cifra del comercio mundial se eleva aproximadamente a 14.000 millones de francos por año, lo cual implica una reserva mínima de oro de 1.400 millones de francos. Si fuera posible recuperar todo el oro extraído desde hace cinco mil años y ponerlo en circulación, el comercio sufriría un mejoramiento sumamente sensible y es posible que los hombres hallasen, por fin, la felicidad.

¡Pero, para eso, faltan nada menos que 950.000 millones de francos!

El oro es absorbido en enorme cantidad por la industria y las artes. Según dice Kitchin, sólo esos dos factores han acaparado, en su beneficio, la enorme suma de 175.000 millones de francos desde 1835 a 1930, lo cual representa un 27 por ciento de la producción mundial.

TESOROS BIEN ESCONDIDOS

Pero todas las riquezas de la tierra no están, por cierto, a nuestro alcance. La tierra guarda celosamente innumerables tesoros que el hombre ha ocultado voluntariamente en sus entrañas. Esa costumbre se remonta a los tiempos más antiguos, cuando la única manera de conservar un tesoro era echar sobre él algunos metros de tierra. El inconveniente está en que aquellos hombres eran tan hábiles en ocultarlo, que sus sucesores o herederos, en la mayoría de los casos, no pudieron encontrar el tesoro.

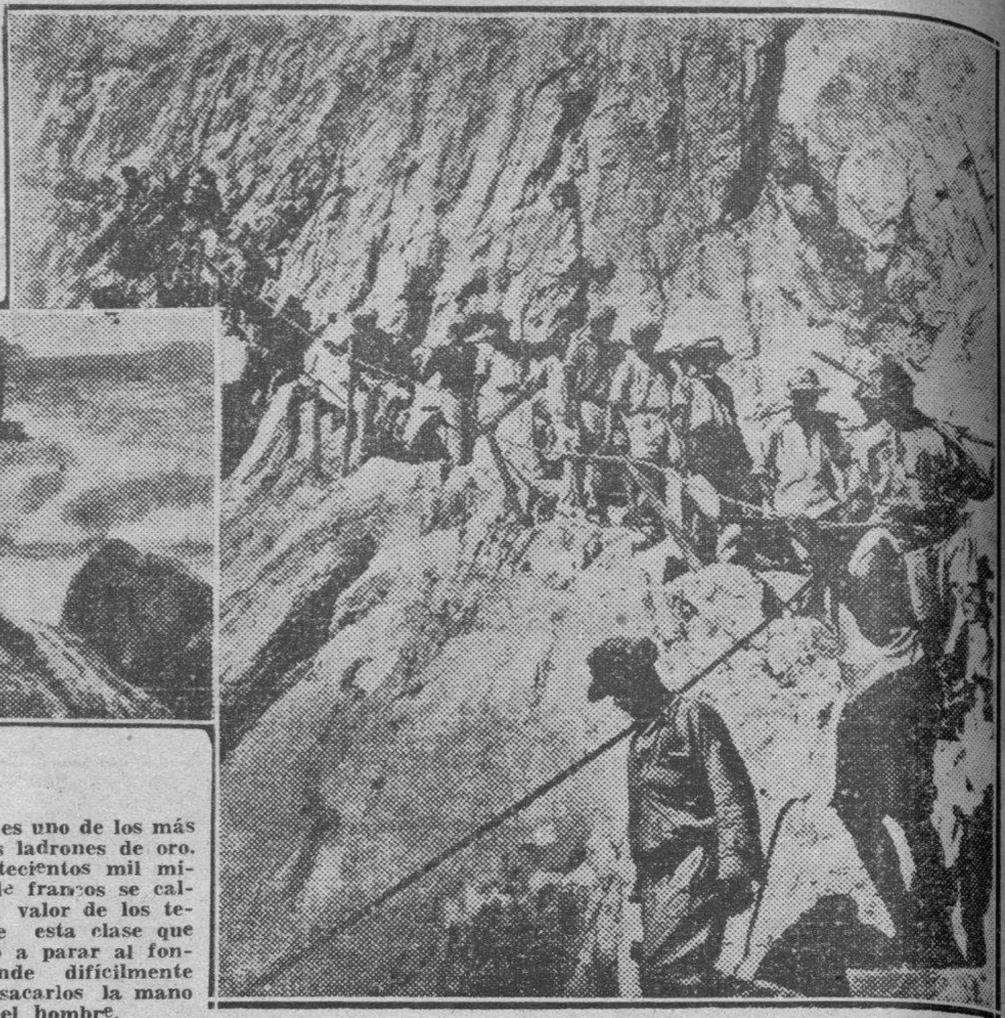
No obstante ese inconveniente, perfectamente conocido, el hombre sigue enterrando su dinero. Puede decirse que el subsuelo de la India es materialmente un banco, en el cual se hallan depositadas fabulosas riquezas.

Después de la revuelta de Sepoy, los ingleses se apoderaron del castillo de Scindia,



El hombre sigue afanoso su búsqueda de oro, a la que se viene entregando desde hace cinco mil años. Pero la cantidad de oro que ha perdido desde entonces es mayor de la mitad del valor del oro que hasta ahora ha arrancado de la tierra.

El mar es uno de los más terribles ladrones de oro. En setecientos mil millones de francos se calcula el valor de los tesoros de esta clase que han ido a parar al fondo donde difícilmente podrá sacarlos la mano del hombre.



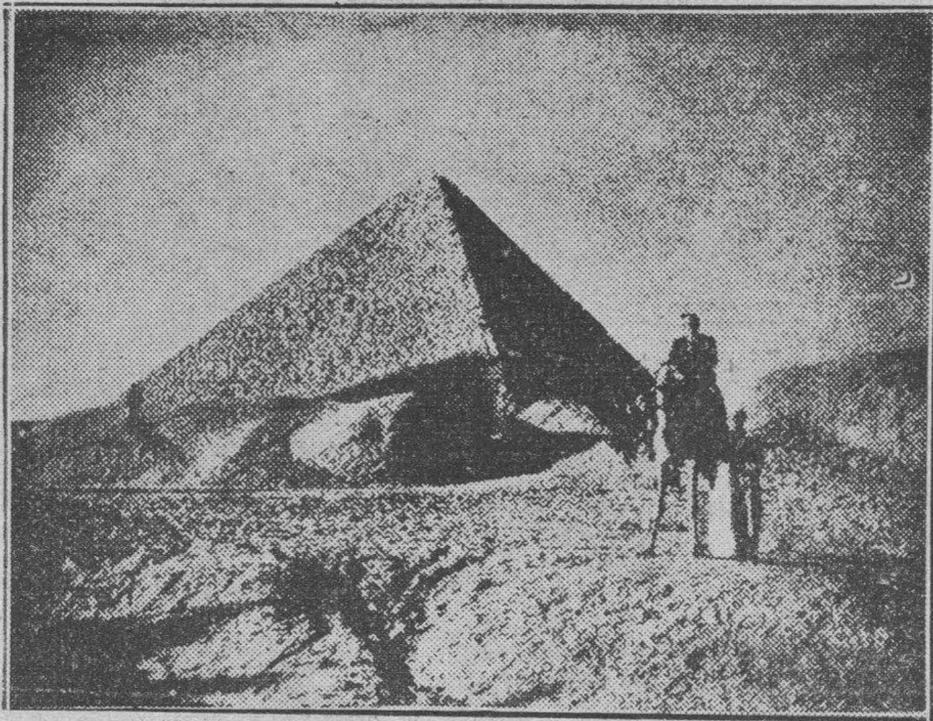
A 950.000 MILLONES DE FRANCO ASCIENDE EL VALOR DEL ORO QUE SE HA PERDIDO DESDE QUE EL HOMBRE SE AFANA EN ARRANCARSELO A LA TIERRA.

Por JAMES CALHOUN

Durante treinta años, estuvieron buscando inútilmente los 10.000 millones de francos en oro que se sabían estaban ocultos allí. Finalmente, entregaron su residencia al rajá, para que éste no se llevase su secreto a la tumba.

Y desde 1492, una sexta parte del oro producido por el mundo ha ido a parar a la India, para ser enterrado junto al que allí duerme bajo tierra desde hace siglos.

Todos los países tienen, a ese respecto,



Del oro perdido en las arenas de Egipto puede dar una idea la enorme cantidad del precioso metal que se ha descubierto en las tumbas de los faraones, de las que sólo algunas se excavaron.

sus leyendas. Cerca de las ruinas de Ecbatane se encuentran enterrados tesoros acumulados por los antiguos reyes de Persia en doscientos años de conquistas. Mientras huía ante el avance triunfal de Alejandro el Grande, Darío, último rey persa, reunió todo el oro de su imperio—alrededor de 7.000 millones de francos—en Ecbatane. Allí estuvo el tesoro durante un año, hasta que, inminente ya la llegada del vencedor, lo ocultó cuidadosamente. Darío y todos los que habían presenciado la tarea de esconder el tesoro perecieron, y esas fabulosas riquezas duermen hasta hoy, inútiles, bajo alguna de las colinas que rodean a la ciudad.

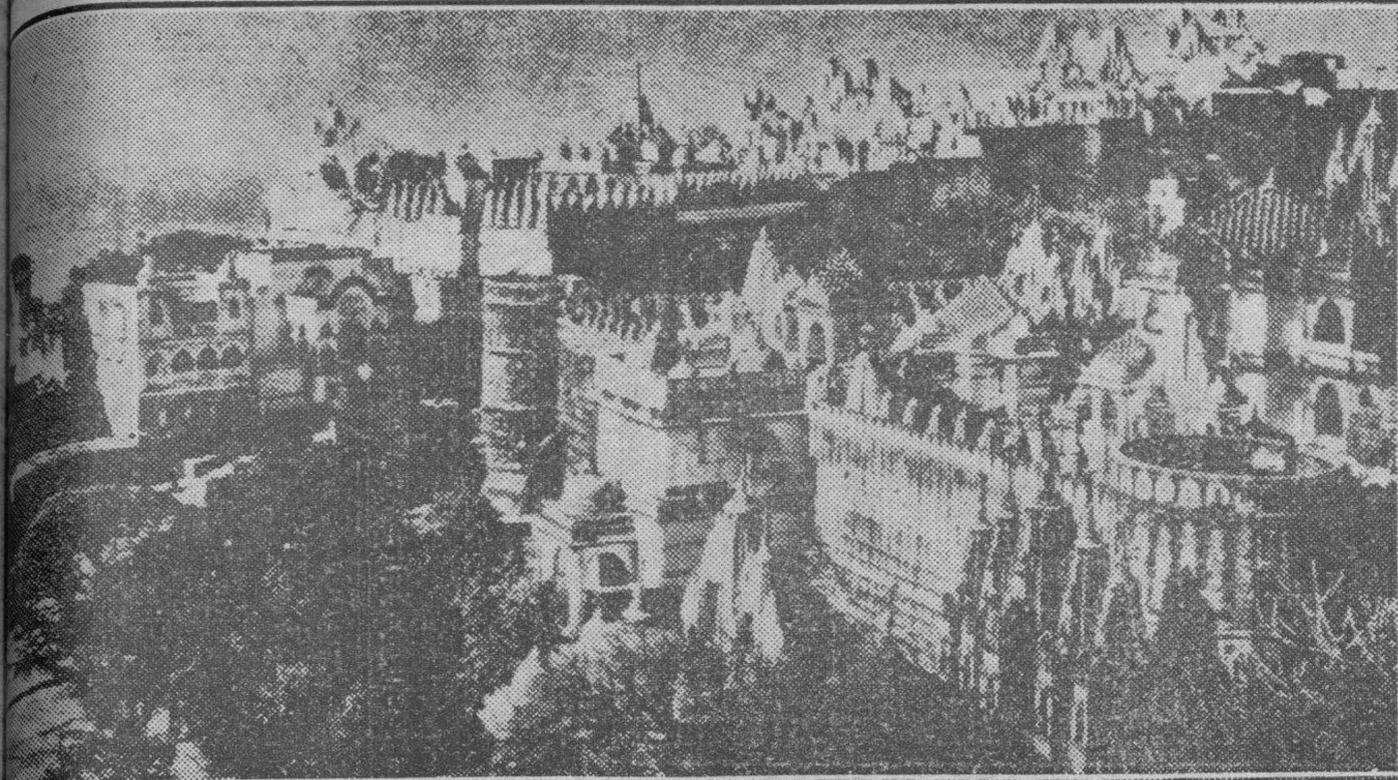
BANCOS SUBTERRANEOS

Si se quisiese calcular todas las riquezas que encierra la tierra ocultas por el hombre, sería necesario explorar los alrededores de Ecbatane, la tumba de Alarico, la gruta donde Jenserico ocultó cinco cargamentos de botín de guerra, los subterráneos de Hungría donde Atila escondió sus tesoros, el cementerio utilizado por Clovis con el mismo propósito, la desaparecida capital de Gengis Khan, y los 5.600 millones en oro rescate de los Incas del Perú.

No debe olvidarse, tampoco, el oro que los antiguos acostumbraban a enterrar con sus deudos muertos, sobre todo sus reyes. En 1894, Gordon encontró más de 12.000.000 de francos en oro en la tumba de una princesa desconocida, y treinta años más tarde Carter descubrió, al abrir la tumba del rey Tut-Ank-Hammon, una fortuna más considerable aún que la de los incas: muchos de aquellos objetos y joyas eran de oro macizo, como, por ejemplo, el ataúd de aquel joven monarca que sólo reinó seis años y que fue hallado en una de las cámaras mortuorias.

Es posible formarse una idea del oro perdido entre las arenas de Egipto, por la enorme cantidad de oro que se ha descubierto en las tumbas de sus faraones. Cincuenta de sus reyes fueron sepultados en Loupsor, pero sólo algunas de esas sepulturas han sido excavadas.

Pero también nuestros contemporáneos entierran el oro, y así es que en América, durante el año 1937, han sido enterrados al-



India, guarda, entre sus secretos milenarios montañas de oro enterrado en sus confines, desde hace siglos. Se calcula en ciento cincuenta y siete mil millones de francos el valor del oro allí escondido desde el año 1492.

de 2.000.000 de dólares en los fé-
la búsqueda de esos 950.000 millones
cos en oro desaparecidos, es necesario
ir al mar, ladrón al cual se han con-
frecuentemente fortunas que jamás lle-
a buen puerto. El mar ha engullido
ables tesoros, entre los cuales se des-
os que los españoles transportaban a
nsula, procedentes del nuevo mundo.
mer cargamento, siete años después de
descubierto América, se perdió por
o, con tripulación inclusive. Doscientos
más tarde, 5.250.000.000 de franco-
oro y plata desaparecieron al produ-
naufragio de diez y seis galeones es-
a la entrada de la bahía de Vigo,
os por la armada de la coalición anglo-
arquesa.

el transcurso de aquellos doscientos
registraron otros muchos desastres.
otillas, que transportaban 4.550 mi-
oro y plata, fueron destruidas por
acán, y una cuarta flotilla, que llevaba
llones se encontró con varios navíos
ra dimanarqueses, perdiéndose en su
d. El galeón «Flores» se hundió
25 millones en oro. Algún tiempo
una flotilla turca zozobró, lleván-
fondo del mar 1.650 millones en oro,
ue había sido apresado en Grecia.
ingenieros navales han calculado que
os perdidos en el mar, desde hace 25
aman un total que iguala al de los
ulan por todas las aguas del mundo
pacio de un año. Y como todo na-
zozobra lleva consigo, por lo me-
a cantidad de oro, resulta realmente
e calcular a cuánto se eleva el total
tesoros que se hallan perdidos en el
de los mares. Se ha dicho que ese
eleva a unos 70.000 millones de
pero no sería difícil que fuese bas-
ayor.

EL ORO EN POLVO

o tiene todavía otra manera de des-
y ésta sin la menor esperanza de ser
do. El gobierno de los Estados Uni-
transportado recientemente 315.000
de francos en oro para distintas
de su territorio. A pesar de que los
ne conducían esas preciosas cargas
y vigilados y protegidos, se ha po-
probar que desaparecieron alrededor
millones de francos de dicho metal.
estadísticas, cada vez que esos lin-
ue valen aproximadamente 175.000
es movido de un lado a otro, unos

1775 francos de oro se transforman en polvo.
Entre los años 1876 y 1936 se ha producido
en Estados Unidos un tráfico inmigratorio
y emigratorio de oro que ascendió a más de
600.000 millones de francos. Y, si se calcu-
la que ese oro ha sido transportado también
de una ciudad a otra, lo cual equivale a du-
plicar la cantidad, se llega a la conclusión de
que el gobierno de Estados Unidos, durante
el período mencionado, ha perdido alrededor
de 12 millones de francos oro que se desinte-
graron de los lingotes.

Hace ochenta años, Jevon calculó que las
pérdidas por este concepto, alcanzaban a un
1,4 por ciento, pero esa cifra se ha elevado
hoy a un 1,5, debido a la circulación más
intensa del oro en monedas.

LA GUERRA, EL PEOR ENEMIGO DEL ORO

No hay, sin embargo, entre los numerosos
enemigos del oro, ninguno que le sea tan
fatal como las guerras. En los cuatro mil
años, aproximadamente, de la historia del
mundo, los piratas han recorrido la tierra en
busca de oro, el cual esparcían después a ma-
nos llenas por todas partes. Las primeras re-
servas de oro que se conocieron en el mun-
do, las de Egipto y las de Palestina, fueron
arrebatadas por los asirios, a quienes los per-
sas despojaron a su vez. Los griegos arran-
caron aquellos tesoros a los persas, pero los
perdieron más tarde a manos de los romanos.



SU ALTEZA REAL, EL PRINCIPE EDUARDO DE INGLATERRA
El hijo de los Duques de Kent después de una lección de baile, mira
hacia la cámara durante un paseo en Londres.—(F. Acme-Editors Press).

Después de seiscientos años de ese juego al
escondite que se hacía el oro, las reservas de
Roma, a las cuales se había agregado todo el
oro que encontraban en las primitivas minas,
no excedían de 50.000.000.000 de franco-
cos. Quinientos años después, cuando Ala-
rico y Atila se lanzaron sobre el decadente
imperio romano, el primero sólo encontró 56
millones de francos y el otro 42 millones.

¿A dónde había ido a parar todo el oro
arrebatado a los griegos y el extraído de las
minas? Pues, sencillamente, sembrado por los
ejércitos, enterrado entre las ruinas de las
ciudades destruidas, por aquellos que deseaban
salvar sus fortunas del saqueo. Cuando Xer-
xés invadió la Grecia, iba acompañado por
una caravana de 1.200 camellos cargados con
el oro que había arrebatado a los persas. Ven-
cido en Salamina, huyó, sembrando el oro
persa por toda Asia Menor. Sólo los esparta-
nos pudieron salvar 420.000.000.

Cuatro siglos después de la derrota de Da-
rio ante Alejandro el grande, Antiochus en-
contró 450.000.000 en oro entre las ruinas,
pero la masa de la enorme fortuna del rey
persa había sido escondida. En 1195, los mu-
sulmanes, que habían cargado en 4.000 ca-
mellos los tesoros de Dehi, avanzaron du-
rante cuatro días por la selva y enterraron el
oro y joyas con tanto cuidado y habilidad
que hasta hoy no se ha podido averiguar el
lugar donde yace aquel enorme tesoro.

Gengis Khan dió un día a sus hombres
500 carros cargados de oro y plata y Ta-
merlán se llevó todas las riquezas de la In-
dia, de suerte que actualmente no queda una
sola pieza de oro de aquella época en el ter-
ritorio que él gobernaba.

BALANCE SUGESTIVO

¡Faltan 950.000 millones de francos en
oro! ¡Cincuenta y cuatro siglos de produc-
ción, el trabajo de millones de esclavos, han
sido desperdiciados, porque esa fabulosa suma
de oro se encuentra oculta en las entrañas
de la tierra, como si de ella no hubiese salido
nunca, sepultada en el fondo de los mares,
desparzamada sabe Dios dónde al volatizarse
en polvillo o destruida por las guerras!

De los 1.500.000 millones de francos
que se han extraído de las minas, 199.500
millones han desaparecido en los conflictos
armados, 87.500 millones fueron utilizados
para diversos usos, 70.000 millones duermen
en el fondo del mar, 157.500 millones están
ocultos en ignorados escondites, bajo tierra,
437.500 millones han sido afectados por las
artes y las industrias y, por fin, 451.500
millones siguen en uso, acuñados en monedas
por los diferentes estados del mundo.

El oro perdido por desgaste no se reco-
brará jamás, y hay muy escasas probabili-
dades de que se logre recuperar el que se halla
en el fondo del mar. En enero de 1917,
el vapor «Laurentic» se hundió junto a las
costas de Irlanda después de haber sido tor-
pedado por un submarino alemán. Llevaba
875.000.000 de francos oro. Y después de
enormes trabajos, sólo se ha conseguido re-
cuperar 770 millones de su precioso carga-
mento.

Del oro enterrado en la India, desde 1930
dicho país ha conseguido recuperar 770 mi-
llones de su precioso cargamento, conseguido
recuperar 24.850 millones de francos, de los
157.000 millones que allí se ocultaron desde
1492. De los 437.500 de francos empleados
en las artes e industrias, se han perdido, por
uso en cantidades demasiado reducidas y, por
ende, imposible de recuperar o valorar, 140
mil millones.

En cuanto a los miles de millones des-
truidos por la guerra, de ellos no quedan
ni rastros. En resumen, que de esos 950.000
millones de francos en oro que el mundo ha
perdido desde que se empezó a extraer de la
tierra el valioso metal, por lo menos 700.000
millones están perdidos para siempre.

¡Y cada día que pasa, el mundo sigue per-
diendo un poco más de oro!

Con voluntad puede Ud. cambiar SU VIDA

NUNCA queremos creer que el tiempo todo lo cura; no podemos esperar. Nuestras inquietudes, nuestras angustias, nuestros dolores están en nuestros corazones AHORA, y aunque sabemos positivamente que el tiempo calmará todo eso, siempre resulta que la paciencia es la virtud que nos negamos a practicar.

Un golpe de voluntad humana es como sembrar. La semilla fructificará según sea la fuerza que uno pueda poner en ese golpe. Cuando se toma una determinación así, hay que hacerse de ánimo de que cada acto y pensamiento de nuestra vida quedará afectado por ello. Y si hay algo que la experiencia enseña, es que la voluntad así usada termina por lograr su objetivo.

Cualesquiera que sean sus limitaciones de hoy física o económicamente, si usted resuelve en este momento que irá a pasar una larga temporada de descanso en Europa usted irá a pasar esa temporada en Europa. Si tiene usted graves temores por el porvenir de su hijo con tendencias a descarriarse, tenga la seguridad de que aunque ya haya visitado alguna cárcel su hijo, enderezará su ruta por la vida si usted resuelve poner toda su voluntad en ello. Si es usted una chica que ambiciona tener los agrados de la vida y ese gran amor trace su plan ahora, sígalo con toda

POR
K. NORRIS

La muchacha que ambiciona casarse con un hombre muy rico, viajar y tener pieles y joyas, por lo general lo logra; pero ese marido puede hacerle la vida insostenible.

su voluntad y se realizará si usted está naturalmente de abnegación, fineza y ese sentido de honestidad que hace la vida digna de vivirse.

Siendo como somos, todos imperfectos y salidos de generaciones de estupidez y de más imperfección, no podemos aguardar una felicidad sin tacha. Para eso tendríamos que volver a la niñez y es poca la gente madura que aceptaría volver a la confianza y satisfacción de la niñez por gratas que ellas sean, y aunque todavía llenan de regocijo nuestra memoria. Pero esa época pasó, la dulce era en que no necesitamos plan, no tenemos prejuicios ni temor. Podemos eso sin optar por la filosofía que sigue en satisfac-

ción, la de esperar lo que deseamos, del tiempo y dejar al tiempo la tarea. Si a esto se agregan los preceptos cristianos, fe, caridad y devoción, podremos alcanzar un grado muy alto de felicidad.

Pero aunque sea en el terreno del progreso puramente material, si lo anhelamos ciegamente y hacemos el propósito cerrado también llegará a realizarse. La muchacha que ambiciona casarse con un hombre muy rico, viajar, y tener pieles y joyas, por lo general lo logra; pero ese marido puede hacerle insostenible la vida, empujarla a un divorcio y hacerla sentirse feliz otra vez cuando vuelve libre y pobre a la modesta casa de sus padres. Habrá o' tenido lo que buscaba,



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS,
LAS JOVENES QUE FATIGA LA
FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



pero lo que buscaba no era la felicidad.

Yo conocí hace tiempo a un caballero inglés cuya única ambición en la vida era que era modesto obrerillo había sido de millones. Los tuvo, edificó palacios, compró automóviles y Rubens y Rembrandts como yo compro magazines. Estaba en el pináculo de su triunfo cuando se pegó un tiro, nada sabe ahora por qué.

Conoci a una madre que adoraba a su único hijo; ninguna muchacha era suficientemente buena para él, nadie lo separaría de lado jamás. A los 17 años fué atacado de rálisis infantil. Ahora, efectivamente, lo separará de su lado. Es la madre la que ahora ruega a Dios que se lo lleve pronto a él.

Es posible que sueñe usted con una oportunidad en Hollywood. Es el sitio más graciado de la tierra. Aún esa epidermis queñita de la gente que triunfa es despreciada. Por cada mujer que triunfó hay muchas que tuvieron su prueba, su rol insignificante y que ahora desearía jamás haber oído hablar de ese lugar. Triunfar allí no significa una humillación, una desilusión o una injusticia recibida de los pederosos; importa una cadena interminable de ellas, una vida entera sometida a esas torturas.

Yo he conocido famosas que comenzando con dinero, sin influencias, sin belleza y sin destreza sin talento. He visto favoritos del cine. En quienes todos los que entendían algo en materia habían disuadido porque no había nada para él la más remota esperanza en ese campo. La gran mayoría de los escritores triunfan, no por genio sino por persistencia.

Mientras más alto coloque usted su ambición más tendrá que sufrir en la jornada. La vida de las Barbara Hutton, las Mary Pickford y las Reinas Alejandras no están repletas de felicidad que las más humildes. Es posible que sean ellas las que no alcanzan siquiera al término medio de la felicidad que es dable a los mortales.

Así pues, piense bien antes de elegir un objetivo que será el norte de su vida; y cuando vez elegido piense siempre en él; a lo mejor una vez cada día, si es posible cada hora. Y usted verá cómo las caras van cambiando alrededor de usted; cómo las quejas y tristezas desaparecen en el carácter de los que usted ama, cómo mejora su posición, sus deseos disminuyen, la chica que era un problema de casa y todo ese ambiente de temor y de desvanecerse.

El Padre COUGHLIN

Revelación Nro. no de la Radio

En la misma manera que el automóvil hizo a Henry Ford y el petróleo a John D. Rockefeller, la radio ha hecho figuras más vigorosas y modernas Norteamérica: el Pa-

no hubiera venido a iluminar una humanidad muy necesitada el padre Coughlin hubiera con-
un sacerdote desconocido, pero un pueblecito insignificante de la Detroit. Pero un día comenzó a radio, impresionó desde el pri-

mo a su vasto e invisible audien-
to se convirtió en una de las populares al par que más dis-
democracia más vasta del mundo.
Coughlin, que vive en una tie-
leyes no le imponen limitacio-
do sea cual sea su oficio o con-
atacado desde su púlpito etéreo
problemas que confronta la huma-
los sutiles conflictos de las al-
fe y de santidad, hasta las des-
tridentes y vociferantes de una
de la actividad humana más
la politiquería andante. En es-
el Padre Coughlin está siendo
con un nombre que acaso no
el de antisemita número uno
Unidos.

dice que cuarenta millones de
han todos los domingos a las
tarde las peroraciones radia-
de Coughlin, y que a pesar de
que hace que viene hablando,
en vez de disminuir aumenta,
de que la palabra del sacerdote
y destrózado «trusts» y hecho
cimos. En estos momentos sus par-
tienen un boicot contra una es-
radio neoyorquina que se negó a
cas alegatos por estimar que el
Coughlin, con su antisemitismo, esta-
prejuicio racial en las masas.
el Padre Coughlin, que habla
detrante y ligero acento irlandés.
Pío sino canadiense, ya que nació
de Ontario del dominio in-
1891. Su padre era sacristán.
Charles E. Coughlin denotó des-
tos años de su vida una fuerte
acia la iglesia. De niño era des-
belde hasta el extremo de des-
madre, pero inteligente y buen
el colegio sobresalió en los de-
do a ser campeón de fútbol.

on hacia Santa Teresa de Li-
tida con el obispo Gallagher de
que éste lo escogiera para la
Royal Oak, cuando se llegó a
de recoger el guante lanzado por
Klan y otros enemigos del culto
se jactaban de que en la men-
idad nunca habría una iglesia

de dicha fe aunque pasaran mil años. Hacía falta, pues, un hombre de batalla al par que un espíritu misionero, y se escogió a Coughlin para dicho menester.

Corría el año 1926 cuando Coughlin, instalado en Royal Oak, pagó a una compañía de radio unos minutos de programa y se dirigió a los cristianos pidiéndoles ayuda para construir una iglesia. Y los donativos le llegaban, primero por cientos y después por miles. Había algo irresistible en la palabra del predicador, que convencía a las gentes, y la iglesia prosperó de manera increíble.

Al principio Coughlin ni siquiera hablaba de la fe católica, sino de la religión de Cristo. Pero llegó un momento en que, seguro de que todo lo que dijera sería bien recibido, comenzó a atacar a Ford, a Hoover—entonces Presidente—y a todos los explotadores

Su palabra, que cada domingo a las cuatro de la tarde llega a todos los ámbitos de los Estados Unidos a través de las ondas etéreas, es tan temida por sus enemigos como un ciclón. El sacerdote católico a quien se ha llamado recientemente primer antisemita de los Estados Unidos, dijo en época de la prohibición: "Si Cristo asistiera ahora a unas bodas de Canaán y convirtiera el agua en vino, lo meterían preso".

nacionales e internacionales. Cuando sus superiores lo reconviniere por sus tremendos asaltos contra el Tratado de Versalles, el padre Coughlin preguntó a su auditorio invisible qué debía hacer ante tal conflicto de conciencia. Y 400.000 telegramas y cartas le pidieron que continuara. Actualmente el número de mensajes de esa naturaleza que recibe todas las semanas es tan enorme, que se dice cuenta con un servicio de secretarías más extenso que el de cualquier otro individuo en los Estados Unidos.

El Padre Coughlin ha tomado parte directa en las luchas políticas de Norte América. En la época en que la radio le dió la oportunidad de darse a conocer, fustigaba a Hoover con delicia, lo mismo que a los banqueros, a los políticos, a los «gangsters», a los comunistas, a los socialistas y a los capitalistas. Cuando el nombre de Roosevelt sonó para la presidencia, el Padre Coughlin lo apoyó abiertamente y, ya electo, se expresó acerca de él del siguiente modo: «Quiero a Roosevelt porque es mi amigo, y lo venero porque es mi presidente». Lo que no impidió que unos años después, durante la campaña electoral de 1936 en que Roosevelt fué reelecto,



COUGHLIN

CARICATURA DE ROBLES

armas con destino a los gobiernistas españoles. Se dice que ciertas dependencias del Estado no tenían espacio donde colocar las protestas.

Durante la época de la prohibición, el Padre Coughlin tuvo una expresión feliz que confundió a los ciudadanos, incluso a los más ardientes partidarios de la ley seca. Fué la siguiente: «Si Cristo asistiera ahora a unas bodas de Canaán y convirtiera el agua en vino, lo meterían en la cárcel»...



(© 1939, by Bell Syndicate)

Hay esquiadoras que se sentirían mejor si el deporte se practicara con los pies para arriba.

LA HISTORIA DEL MAHARAJA QUE LE HABLABA a las JOYAS

SEGUN UN AFAMADO JOYERO DE LONDRES Y LA INDIA, HAY PIEDRAS PRECIOSAS QUE "SE ENTIENDEN" PERFECTAMENTE CON LA GENTE. — EL CASO DE LA DAMA QUE NO QUERIA NI REGALADAS JOYAS QUE VALIAN MILES DE LIBRAS ESTERLINAS. SI NO ESTABA SEGURA DE QUE PODIA "COMUNICARSE" CON ELLAS

Por BOB DAVIS

SI yo le dijera—exclamó el joyero—que las piedras preciosas seleccionan por anticipado a sus dueños, seguramente no me lo creería.

—Me sorprendería mucho!—le contesté.

—Mire usted. Una gema reciproca la admiración de cualquier persona. Entre ambas se establece una comunicación real. Un diamante, un rubí, un zafiro, reflejará más brillantez para una persona que para otra. Entre las piedras y los mortales hay un lazo invisible. ¿No me cree?

—Convengo en que una joya tiene el poder de influenciar al parroquiano por medio de su esplendor supremo, y que el parroquiano puede sentirse atraído y hasta obsesionado por poseer tanta belleza, pero no creo que a la piedra le interese para nada quien ha de ser su propietario.

Mi interlocutor, que no era otro que Imre Schwaiger, uno de los más famosos joyeros del mundo a quien conocí en Delhi, India, hace tres años, y que lleva cuarenta en el ramo de abastecer de preciosidades a los potentados indús, contestó secamente:

—Usted nunca alcanzará el éxito en este negocio!

Esta revelación de mi amigo, que al principio me pareció un poco absurda, tenía sus posibilidades y no había que dejarla pasar por alto. Al encontrarme de nuevo con él en su sucursal de Londres, volví a descubrir que entre sus tesoros luminosos conservaba todavía la misma fuerza psíquica en la mirada, la misma flor en la solapa, la misma fe. Me decía que en mi reciente viaje por la India había perdido la oportunidad de escribir un gran artículo. Me confió el secreto hablándome en inglés con marcado acento húngaro.

—Hay numerosas personas que creen en la existencia de algo misterioso e incomprensible. De hecho, en la India hay más misterio que en cualquier otro país del mundo. Ni en las oscuras selvas africanas, ni en los retiros gitanos de Rumanía, ni en la mente psíquica de los chinos, ni en el Tibet, ni en Java o Bali o Camboya hay tanto misterio como en la India. No quiero probarle nada: solamente me limitaré a describir lo que he presenciado.

—Pero mi querido amigo Schwaiger, ¿cree usted de veras que los diamantes, las esmeraldas, los zafiros, los rubíes y otras piedras surgidas del fuego de los siglos, de los volcanes muertos, pueden tener una receptividad especial para un potentado que no vivirá más de 85 años?

—No, amigo Davis: no es lo que yo creo, o lo que usted crea, sino lo que creen los parroquianos que compran joyas. Déjeme contarle algunas de las cosas que he visto en la India, en los cuarenta años que llevo en este negocio, en contacto con los compradores más opulentos de piedras preciosas.

—¿Quién gastaba más en joyas?

—Estimo que el fenecido Jam Shabi, Maharajá de Nawanagar. Este caballero nunca regateó el precio de una joya. Sentía una pasión tremenda por las esmeraldas y las perlas, que regalaba generosamente a todos sus amigos. Como era soltero, tenía muchas amantes favoritas que aceptaban con gusto sus obsequios. Fué este hombre la primera persona que me dijo que tan pronto veía una esmeralda, la piedra lo reconocía a él.

—¿Y usted se daba cuenta del fenómeno?

—No lo notaba, pero es el caso que siempre el Maharajá seleccionaba la mejor piedra de entre un grupo. Con miras una vez le era suficiente. Una vez me dijo que reconocía a simple vista el aura de la amistad. Personalmente, nunca pude ver el asunto claro. Pero es el hecho de que en sus manos, las esmeraldas brillaban más.

—Porque conocía muy bien las piedras verdes!

—Sí, y las piedras verdes parecían saberlo. Había otro potentado que jamás visitaba mi establecimiento sino en compañía de una princesa indú en cuyas preferencias tenía una enorme confianza. En cierta ocasión le presenté un diamante impecable de 21 quilates. La princesa movió la cabeza y no mostró interés alguno en la joya.

—Lo siento—me dijo el Maharajá—pero esta piedra no reconoce a mi dama, lo que prueba que tiene algún defecto—. Ahí terminó el negocio.

—¿Y tenía el defecto?

—Yo no lo noté, pero no quería discutir con gente ocultista. No creo que aquella dama hubiese aceptado la piedra ni siquiera gratuitamente. Al año siguiente la vendí por más dinero, pero le hago el cuento para que sepa que la mente oriental está sumida en el misticismo y el misticismo es insondable. He conocido indús que no tocarían un collar de perlas perfectamente armonizadas, y mucho menos lo usarían como adorno. El Maharajá de Patiala siempre hablaba con las perlas antes de escogerlas. El hijo de este potentado, más moderno y con menos ilusiones que su padre, siempre deja que el perito le seleccione sus gemas.

Una vez—continuó—le vendí a un potentado de Bombay un rubí de siete quilates por la suma de 5.000 libras esterlinas a condición de que me pagara la piedra cuando encontrara una mujer con una mano suficientemente bella para lucirla. Tenía seis meses para encontrarla. A los treinta días ya la tenía. En el instante en que aquel rubí era colocado en los dedos fascinadores de la mano de esta mujer, adquiría un brillo de llama. En seguida le propuse a mi parroquiano tomar la piedra y darle 1.000 libras esterlinas de ganancia. El potentado rechazó el negocio.

Aun a Ciegas,
se DISTINGUE el

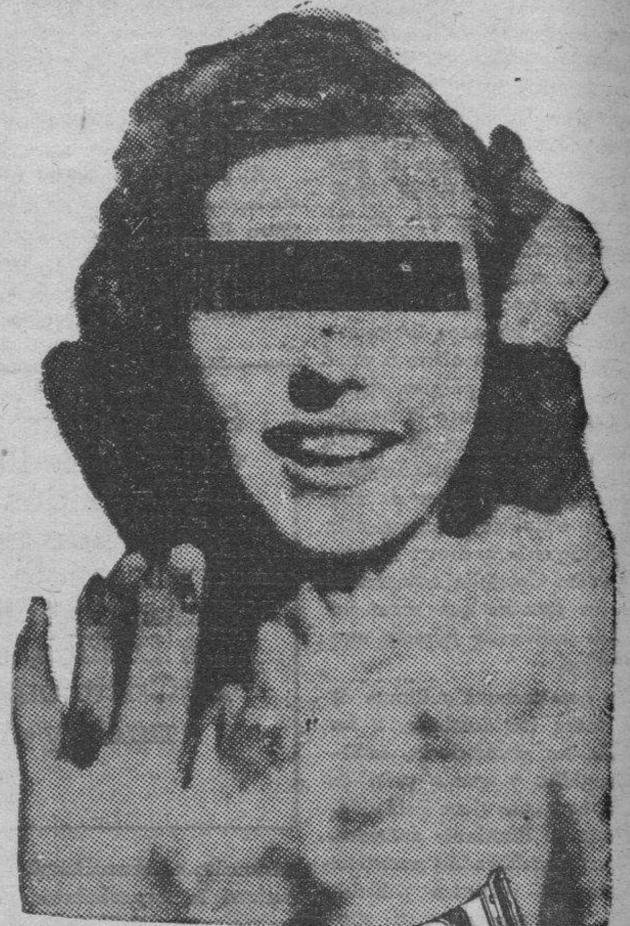
Dentol

Por su sabor agradable,

Por su perfume discreto,

Por su superioridad incomparable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días da a los dientes, una blancura resplandeciente.



Tubo mediano \$0.20

Tubo grande \$0.40

Representantes Exclusivos:
APARTADO 2143
Habana

—Cuando me vino a la mente la idea de que el brillo del rubí se debía exclusivamente a la mano de la que lo llevaba, me eché el dinero al bolsillo y sacrificué mi oc-

gullo de perito. Aquel rubí ha sido la vida, pero yo no escuché su llamada cuando era ya demasiado tarde.

ENCUENTROS

Por el Eminentísimo Escritor Checo

KAROL CAPEK

versión castellana rigurosamente inédita

KAROL Capek acaba de morir en plena madurez, sin haber llegado a la cincuentena. Desde largo tiempo sufría una enfermedad que hizo de su vida un largo martirio soportado estoicamente. Se había casado con una de las intérpretes que contribuyó al éxito de su teatro: la célebre actriz checa Olga Scheinpflugova, autera a su vez de piezas notables ampliamente conocidas y representadas en Europa.

Brillante ensayista, brillante periodista, Karel Capek sabía de ormar—con ironía que recuerda un poco a Voltaire—la realidad para hacerle decir lo que él quería. *El Año del Jardinero*, es un ejemplo particularmente logrado de ese *humour* que fué una de las razones principales de su éxito. Aunque gozara desde hace un cuarto de siglo de gran celebridad en su patria, permanecía siendo muy discutido, sobre todo como dramaturgo.

Que sea en R. U. R., en la Causa Macropoulos o en *La Madre*, (que se representan actualmente en un teatro de París) el autor piensa en primer lugar en la técnica de su pieza. Conoce todos los trucos, todas las *artimañas* que el alma con un verbo divertido de caricaturista; obtiene así los efectos y provoca los aplausos. En Checoslovaquia y en Alemania sus obras aseguran la temporada de los teatros que las representan. Sus pinturas de costumbres, sus descripciones de caracteres, sus invenciones patéticas son bastante artificiales. No trató de estudiar la vida, ni representar las pasiones; los temas en que triunfa son realmente arbitrarios y meramente intelectuales: un hombre mecánico que termina por tener un corazón vivo (R. U. R.), una mujer que renuncia a una juventud eterna (*La Causa Macropoulos*).

Y como escribe M. Fred Berence en *Les Nouvelles Littéraires* de París, glosando la personalidad del escritor desaparecido, en un país donde el lirismo y la música constituyen el secreto mismo del alma del pueblo, hay que convenir que el teatro de Karel Capek se halla desprovisto singularmente de ese halo poético que da una atmósfera emocionante al teatro de Ottokar Fischer (muerto a principios de 1938), atmósfera que se encuentra en la música de Smetana, en un poema de Brezina, de Sova, de Wolker, o en una tela de Juan Zerkavy, de Coubine, de Obrovsky.

Cabe afirmar sin vacilación que la obra más duradera de este brillante periodista será de orden documental: sus Entrevistas con Masaryk restituyen con mucha admiración, delicadeza y agilidad, la figura ardiente y juvenil del que fué el renovador de la patria checa.

Hemos traducido, especialmente para nuestros lectores, su obra póstuma: *Encuentros*, que es en realidad una pequeña obra maestra.

los automóviles, entre las modestas huertas cultivadas los domingos. Ante un cafetín que lleva la inscripción: «La cita de los choferes» está detenida una pesada carreta arrastrada por un caballo de pelo claro. Un campesino con blusa azul y con un ancho sombrero de paja, está sentado en una mesita exterior y bebe lentamente un vaso de vino blanco. No sucede otra cosa, es todo, salvo que el sol lanza una luz fulgurante, y que el labriego de cara encendida termina por apurar su trago. Yo no puedo nada realmente: es esto Francia.

O bien, España: otro café, en la Puerta del Sol. En la mesa vecina, está sentada una madre joven con cabellos negros, teniendo en

sus brazos a una criatura de ojos negros, con una cabecita redonda, y que mira gravemente. El padre, su gran fieltro negro colocado casi sobre la nuca, contempla con una expresión de orgullo y una mueca de malicia, a su niño de mirada sombría. Nada de extraordinario el espectáculo. El transeunte podría verlo en cualquier lugar de la tierra. Pero usted lo sabe: a medida que se baja hacia el Mediodía, las madres jóvenes se parecen más a las Madonas, los padres a los guerreros, y los niños a los misteriosos juguetes, allí más que por doquiera desde luego. Es así: que yo lea la palabra «España» o que oiga pronunciarla, no son las Alhambras ni los Alcázares que yo evoco: sino el solemne niño en brazos de la Madona con cabellos negros.

CON MAS FACILIDAD

Problemas matemáticos pueden resolverse con mayor facilidad con la ayuda de una gigantesca regla de calcular que se ha fabricado recientemente. Consta de siete escalas, todas ellas establecidas a base de logaritmos. Las dos principales, que se utilizan para la multiplicación, se han calculado multiplicando el logaritmo de los números por el largo de la escala, que es de 30 centímetros. Esto significa alrededor de 400 cálculos. También hay dos escalas de mitad de largo, que se establecieron dividiendo por dos los cálculos originales. Estas escalas pueden utilizarse para hallar cuadrados y raíces cuadradas. Otras dos escalas, del tercio de la regla, se obtuvieron dividiendo por tres los cálculos originales, y la última está basada en una progresión aritmética. Se utiliza para encontrar logaritmos y antilogaritmos. Aunque las escalas básicas se utilizan para la multiplicación y la división, las demás también pueden servir con el mismo fin.

O bien, Italia. Podría representarse el Coliseo, los pináculos, el Vesubio. ¡Pero no! Es un trencito, un pobre tren que va—creo—de Orvieto a Roma. Hace ya noche. Enfrente de usted está sentado un obrero dormido, cuya cabeza despeinada se balancea pesadamente como un cuerpo inerte. Y luego el italiano se despierta, se ha puesto a soplar, a frotarse los ojos con su gruesa mano, y te dijo alguna cosa, ¿recuerdas? Pero tú no comprendiste, y lo miraste con desconfianza. Entonces, lentamente, llevó la mano a su bolsillo, extrajo un pedazo de queso envuelto en un papel, y, con el gesto más natural, te invitó a cortar una pequeña tajada. Es la costumbre del lugar. Y no hay nada que hacerle: esta mano callosa tendiendo un poco de queso de cabra, es para mí toda la Italia en pequeño.

* * *

Hoy, lo sé perfectamente, los pueblos se hallan terriblemente lejos unos de otros... En sí mismo se piensan muchas cosas, y se dice: nunca, nunca olvidaré lo que sucedió. Ahora bien, es lo preguntado un poco: ¿qué pueden decirse las gentes cuando se han vuelto tan lejanas, tan extranjeras unas de otras? He aquí que se piensa en Inglaterra, por ejemplo. Y, de pronto, se vuelve a ver la casita roja del país de Kent. El viejo señor podía sus arbustos y la joven continúa pedaleando alegremente. Tú ves; tú quisieras gritarle algo. «How do you do? Buen tiempo, verdad? Yes, very fine!». Ya ves: te sientes más ligero. Ahora, podrás subir los escalones de piedra de la hostelería souabe. Colocarás tu sombrero en la percha y les dirás: «Gruss Gott, meine Herren». Reconocerían que eres un extranjero y comenzarían a hablar en voz baja en su mesa, examinándote a hurtadillas, de vez en cuando. Pero cuando te vieran limpiar el fondo de tu bock con el mantel rojo, exactamente como ellos, desconfiarían un poco menos y preguntarían: «Wohher, whoer, mein Herr? Au Prag. So, so, aus Prag», dirían. Y uno de ellos agregaría que estuvo una vez en Praga, hace treinta años. «Mine schone Stadt», diría, y después de ello, tú te sentirías un poco más a tus anchas.

O bien, tú te detendrías en «La Cita de los Choferes». Justamente, el campesino de blusa azul está vaciando su vaso de vinillo blanco. Con su ancha mano se limpia el bigote. «Hace calor», dirás tú. «¡A su salud!». «¡A la suya!», responde el labriego. Después de lo cual tú no tienes más que decirle: «¿Y si bebiéramos juntos un trago?». Tú podrías hacerle también una mueca divertida al bebé español. El fijaría sobre tí sus grandes ojos graves. La mamá de cabellos negros se parecería todavía un poco más a una Madona, y el papá hidalgo, con su sombrero echado hacia atrás, comenzaría a contarte algo en español, pero tú no comprenderías. Esto no tiene importancia. Lo esencial que el niño no te tenga miedo. Y luego, necesitas cortar todavía un pedacito de queso de cabra. «Grazia, grazia», respondes con la boca llena, y, a modo de reciprocidad, le ofreces un cigarrillo. Esto basta. ¡No se precisan grandes explicaciones para llegar a entenderse bien!

Pero qué hacer... Los pueblos se hallan terriblemente lejos unos de otros... Nos encontramos todos cada vez más solos... Por poco tú preferirías no volver a poner el pie fuera de tu casa. Más bien cerrar su puerta y bajar las persianas. Ahora, váyanse al diablo! Nadie me interesa ya. Pero entonces, tú puedes cerrar los ojos y decir quedadamente, muy quedadamente:

«How do you, viejo señor de Kent? Gruss Gott, meine Herren! Grazia, signor! ¡A su salud!».

Se puede pensar tantas cosas de los pueblos... cosas que, a veces, el pueblo aludido no podría sentirse orgulloso. Y es tomada: el país, el pueblo, significa más o menos con su posición, su gobierno, su opinión... usted esto como se le anima en el espíritu cierta imagen es muy diferente. Esta imagen puede de ningún modo crearla es de él mismo que se presenta recuerdo de una cosa vista, de completamente ordinaria y tomada Dios sabe por qué esa impresión, y no otra, se fijó vivamente memoria. Basta, por ejemplo, que Inglaterra, para que usted

ente, yo ignoro lo que usted ve, usted se representa algo. Para mí es una casita roja del país de nada de particular, y es aperevería, el espacio de un segundo el tren marchaba velozmente a Londres. Y aún los árboles casi totalmente. En el jardín señor podaba un seto, y, del la muralla verde, una joven se la ruta inmensamente recta. sentiría incapaz de decirlo, córita. En cuanto al anciano cablo de negro, era acaso el pastor bien, un comerciante retirado de poco importa desde luego. La chimeneas y ventanas blancas, las casitas rojas de Inglaterra, y describitosla con mayores detalles. cuanto pronuncio la palabra de vuelvo a ver claramente aquella del país de Kent. el viejo señor su podón, y la jovencita pegre gravemente en su bicicleta. poco de pesar en el corazón. Allí muchísimas cosas: los castillos, los puertos; vi el Banco de In- Abadía de Westminster y todo de imaginar en materia de mo- rísticos; pero nada de ello sig- ni toda Inglaterra. Toda la In- glo esa ingenua casita en medio con un viejo señor y una joven Por qué no? No lo sé. Me li- lo que es.

* * *

ando quiero evocar a Alemania. hostelería de Souabe que me vie- ría. No es culpa mía si no es uerta de Potsdam, o una parada e luego, no entré jamás en ese te más que entretenerlo desde el a parte después de Nuremberg. nochecer, y no se veía ningún n esos parajes. La hostelería y desplegada, tal una iglesia, a vieja pequeña ciudad insign- rrada como en el hueco de la as crecían en el patio, y unos piedra conducción a la entrada. co ver allí una hostelería tan pecto tan solemne. Hacía pen- gnífica gallina somnolienta ins- boyo bien tibio. En Alemania asas mucho más curiosas y mu- nas que este antiguo Gasthaus catedrales, monumentos, vi allá pero, sobre todo el resto, es esta ble y alegre que prevalece en No sé por qué: es esto que es ania.

* * *

usted todo lo que se puede ando se piensa en Francia. La e no puedo separarme es ésta: idrás, pero situada muy lejos del límites de los arrabales. Se en- nía allá algunos establecimientos algunas bombas de gasolina para

CUALES han sido los libros más notables desde el 1900 hasta el 1938? Confeccionar una lista en que se haga justicia a todos, equivaldría a citar más de un centenar de volúmenes. Limitaremos, pues, este resumen a dos clases de obras: las que representan una función vital del pensamiento y la emoción en la época contemporánea, y las que han contribuido a modificar las tendencias del pensamiento y la emoción. En ambos casos, el esfuerzo requiere una revaluación de las producciones de años anteriores; cada libro que señale un progreso será, indiscutiblemente, un libro notable.

En el pasado no muy remoto, nos sentimos influenciados por una docena de obras tremendas. Las «Reflexiones sobre la violencia», de Sorel; «La mente y la sociedad», de Pareto; la «Estética» de Benedetto Croce; «La decadencia de Occidente», de Spengler; la «Interpretación de los sueños», de Sigmund Freud. En el mundo de las ciencias, desde la publicación en 1903 de los «Principios de Matemáticas», de Bertrand Russell, han aparecido varios libros memorables, entre ellos el de Henri Poincaré, «La ciencia y la hipótesis» (1907); «Vida racional», de Jorge Santayana (1906); «La naturaleza y los orígenes de la ley», de Gray (1911); «La naturaleza y la conducta humanas», de John Dewey; la sensacional tesis de Einstein sobre la relatividad.

LA ECONOMIA POLITICA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

En el anterior grupo pertenece una obra formidable, «La sociología de los Partidos Políticos», por R. Michel, publicada en el 1914. Hasta años recientes, en que aparece en escena el profesor Charles Beard, la economía política y la historia estaban casi huérfanos de intérpretes acuciosos. Este distinguido exégeta inicia un nuevo ciclo intelectual en dicho ramo en los Estados Unidos con una serie de obras ambiciosas, las más significativas de las cuales son: «Interpretación económica de la Constitución» y «El concepto de los intereses nacionales». La segunda obra, que no es un tratado en el sentido en que lo es la otra, destruye los mitos del altruismo imperialista y expone en toda su desnudez los motivos de la expansión imperialista y expone en toda su desnudez los motivos de la expansión nacional norteamericana y los fenómenos histórico-sociales del desenvolvimiento capitalista yanqui. Si para entender a los Estados Unidos cabalmente es imprescindible leer a Beard, para entender al mundo hay que leer a Bertrand Russell en su obra «El Poder: un Nuevo Análisis Social».

Dos libros, menos grandiosos que la «Interpretación» de Beard, pero más decisivos como indicación de las ebulliciones políticas del momento, que nos parecen importantes, son el «Mein Kampf» de Hitler y el «Luis XIV» de Hilaire Belloc. En ambos se resume la filosofía del nacionalismo «entregé», aunque falta el examen científico de los sistemas absolutistas y totalitarios. Junto a estos hay que situar, como antítesis, la obra «Imperialismo» de Nicolás Lenin, y el «Prefacio a la política», por Walter Lippman.

En el ramo de la filosofía, la sociología y las ciencias positivas, el siglo XX tal vez no tiene derecho a esperar obras verdaderamente monumentales, sino más bien labor de integración enciclopédica y ordenamiento progresivo. Los volúmenes de Lancelot Hogben constituyen el paso más serio que se ha dado para divulgar la verdad científica en muchos años, y vale la pena citar aquí los, titulados «Matemáticas para los millones» y «Ciencia para el ciudadano». Los que no entendemos los misterios de la ciencia tenemos que agradecer a Hogben la preparación que nos facilita para llegar a saber, por lo menos, el espacio y el mundo en que nos movemos a diario.

«La cultura de las ciudades», de Lewis

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

18 Años de Producción Literaria

Puntales de la Educación humana en el siglo XX.—La cátedra libre de los autores más famosos. — Nueva York, centro de divulgación de las obras de calidad del mundo entero.— 9,949 libros nuevos publicados en Estados Unidos en 1938.

Mumford, merece sitio distinguido entre las disquisiciones sociológicas modernas, y este libro, junto con los estudios sobre crecimiento poblacional de Osborne y Lorimer, y el análisis profundo que del movimiento de las poblaciones de Norteamérica hace Rupert Vance en su «Geografía humana del Sur», estarían muy bien en la agrupación sugerida. Al lado de «La evolución de la Física» por Albert Einstein y Leopold Infeld, Henri Bergson y John Dewey formarían en esta recapitulación, el uno con «Evolución Creadora» o «Memoria y Materia», y el otro con «La Experiencia y la Naturaleza»; y Jorge Santayana con su excelente libro «El sentido de la belleza».

FRUTOS SAZONADOS, DESPUES DEL PESIMISMO DE LA POSTGUERRA

En el período inicial del siglo, las dos décadas son de reorientación intelectual; los años que siguen, de adaptación a las modificaciones surgidas de la Guerra Mundial. Artistas como Romain Rolland, se embelesan en el estudio de la ilusión de la esperanza humana y pugnan por encontrar una interpretación genial del destino del hombre. Wells se pierde en las abstracciones cósmicas, haciendo copiosa labor imaginativa. Bernard Shaw sonríe y moteja a la sociedad con sus

mordaces epigramas; nos enseña a comprender «La profesión de la señora Warren»; el ansia del «Hombre y superhombre», las aventuras de «Pigmalion». Hay varios poetas que se alzan, augustos, sobre la miseria del globo. Rudyard Kipling amontona el oro clásico de la lengua inglesa; en América, canta Whitman, el poeta de la democracia; la lengua española recibe el bautismo de gloria con Rubén Darío; en Francia, Rostand le arrebató a la aurora su carruaje luminoso y hace cantar a Chantecler; desde Italia, Gabriel D'Annunzio le hace saber al mundo que en su lírica suprema se agitan las alas del genio de Mozart. En los Estados Unidos, cultivó un maestro de la prosa y del paganismo: Branch Cabell.

Bajo el impacto de la catástrofe europea, las generaciones jóvenes del mundo de las letras comienzan a pensar y a sentir. Hoy los vemos asombrando a los patriarcas mayores de la casta intelectual. Surgen en todos los países, apóstoles de un nuevo evangelio cultural. Eugene O'Neill, Erik María Remarque, Thomas Mann, Sinclair Lewis, Ernest Hemingway, John Steinbeck, André Malraux, Carl Van Doren, José Ortega y Gasset y Zweig, a pensadores rejuvenecidos como don Miguel de Unamuno, a novelistas

DE TODO UN POCO

MAS VALE TARDE...

En 1916 un joven teniente del ejército de Austria escribió una carta a su novia. Cuando ésta la recibió, hace unos días, se hallaba casada con el autor de la misiva desde hacía diez y nueve años.

También en 1916 un soldado británico arrojó al Canal de la Mancha una botella con un mensaje desde un buque que conducía tropas. En dicho mensaje pedíase a quien lo encontrara lo pusiera en manos de Miss G. M. Severin, su prometida. En el curso de este año alguien encontró la botella y cumplió la súplica, pero estableció que Miss Severin era Mrs. Blount desde hacía 19 años.

VALOR DE LA VITAMINA C

La fuente más común de la vitamina C son las naranjas y los limones. En 1932, ella fué producida artificialmente por el químico Tadeus Reichstein, de Zurich, y los médicos pueden ahora encontrarla en una forma económica. El año pasado «Modern Medicine» anunció que el doctor Siegfried Maurer, de la Universidad de Chicago, había conseguido dar «sueño restaurador», saludable y aparentemente normal» a 60 pacientes sanos, pero insomnes, dándoles de uno a tres gramos de ácido anties-

corbúutico (vitamina C) por día.

Un grupo de insomnes requirió dosis mayores; en cuanto los pacientes alcanzaron el sueño normal, se suspendió el tratamiento con vitaminas. (De «Times», Nueva York).

como Teodoro Dreiser, a humoristas Chasterton, a historiadores-novelistas León Daudet y Gustavo Aubry. El literario español recibió con gran atención las dos grandes novelas de Hilaria: «Doña Bárbara», por Rómulo Gallegos, y «La Vorágine», por José Rivera. Hay que recordar que es de Pérez Saldós.

Hay un período de germinación en los primeros veinte años en que empiezan a nacer los manantiales del siglo. En España se dió en llamar a esto la «generación del 98», y en ella estaban Valle Inca, Galdós, Baroja, Unamuno, Irujo, Baroja, Salvator Rueda, los Quirós, y una docena más de novedades. En América era la época de los discípulos de Schopenhauer y de los doctos panes de racionalismo kantiano. Por ahí se dio la aparición de Keyserling. En Italia, Croce; se canta con Stchetti y D'Annunzio; se siente en el teatro con Gallarati, autor de «Cosi Sia», inmortalizado por Duse; se protesta con Papini, que es socialista y todavía no se ha convertido en el místico de la «Vida de Jesús». En Inglaterra, el público con Oscar Wilde y se ilustra con Ford Madox Ford. En Estados Unidos no lo dan los americanistas en los encabzados por Amy Lowell. La tonces es casi diatribesca, excepto los de Mathew Arnold y James Joyce, como lo atestiguan Frank Harris, conocer a Wilde en América, y el complacer Menken. Francia es su literatura se mueve como un siglo en siglo, sin dejar jamás de ser típicamente francesa. El centro de la tiene Anatole France. France es siano, y tiene de rival al simbolista Maeterlink.

Pero en esta procesión de valores últimos amenazan con ser rós. Véase, si no, las listas de las producciones de 1938.

En la novela, Marjorie Kinnan y Thomas Mann, Daphne Du Maurier su «Rebecca», Robert Graves con Belisario». En la biografía, Antonin, alemana, con su valiosa obra nardo, más interesante que la de por Stefan Zweig. En el cuento, Beck con «El Valle Largo». Ma de su «José en el Egipto», nos obra de enjundia, «La victoria mocracia». Carl Van Doren no se con su biografía de Benjamin Franklin. Los «Poemas de Laura Riddings» sión inglesa de la poesía de R. Rilke, deben figurar en cualquier libros notables. Ya antes se citó de las Ciudades» por Louis Mumford.

Entre las obras de asuntos gen actualidad, se destacan «La próxima da por la América del Sur», de Beals, «Las Fortalezas que Vigila» George Fielding Eliot, los relatos jes de Lindbergh por su esposa, row Lindbergh, y la obra «Soy Almirante Richard E. Byrd, sobre expedición al Polo Sur. Y cosa no en cantidad si en calidad, la literaria se concentra en Nueva ropa pierde terreno en estas activos porque está entregada al militar intriga política y a los movimientos revolucionarios. Los Estados Unidos bio constituyen un mercado trem los grandes autores europeos, que originales en sus idiomas para v meras ediciones impresas en ing

En los primeros once meses de recieron en Estados Unidos 9.949 vos. De ellos, 1.500 novelas, 6 fias, 329 libros de viaje, 1.158 tras y crítica, 764 obras de política y ciencias sociales.

cine hablado evitó que John Barrymore fuera jardinero

continuación de la página 16).

andaban en busca de gente de haber levantado una bandera. ¡Jey! ¡Aquí estoy yo, señores!» es su método. A él no le gusta sino para evadirla. Odió las periodistas y estoy seguro que le escribo en él. Siempre que lo he oído protestar de la gente pelicular fue con motivo de un triunfo en la cinta «Rie, Rie». La película iba a ser hecha por Barney y a Lionel le ofrecieron un rollo en el reparto. La negativa fue un episodio histórico en diez minutos tomó en decir que esta palabra de dos letras con una extraordinaria de maldiciones que escuchado en parte alguna. Su director Bing Thompson, que terminaba las maldiciones lanzando un piso y parándose encima de él. Terminó su discurso, todo el mundo se dio cuenta de que Lionel no tomaba la película.

de trabajar con William Haines en «Alias Jimmie Valentine», decidió a dirigir. Había dirigido alguna vez en extremo el asfalto del ramo. Dirigió una de las películas Ethel hace 19 años para la cual quedó establecido el cine hablado. Chatterton y a Lawrence Tibbett sus más célebres películas, una «Muñer X». Estaba decidido a este trabajo cuando le dieron un abogado en la obra «Un alma caracterización lo consagró como un actor de Artes y Ciencias Cinematográficas declaró esta interpretación como un año 1931. El público empezó a pedir más películas de Lionel. De la noche a la mañana se con-

virtió en uno de los nombres más populares de la pantalla. En la película «Grand Hotel», hizo un Kringelein formidable. Su Rasputin era una realización soberbia.

No creo que el público tenga duda alguna sobre los méritos de Lionel. Todo el mundo conviene en que es el mejor actor de cine. Sin embargo, este reconocimiento no lo ha ganado sino a los 53 años de edad. El único que no se indigna por esa tardía consagración es el propio Lionel.

LIONEL BARRYMORE. ACTOR, MÚSICO Y ARTISTA

Mi hermano tiene una habilidad prodigiosa para desempeñar cualquier personaje sin preparativos de ninguna clase. No necesita estímulos especiales para crear la modalidad de su papel. Desde luego que ningún Barrymore jamás ha creído que para ser actor se necesita realizar una serie de movimientos mecánicos. Por el contrario, nuestra convicción es que para hacer un personaje hay que vivirlo. Las escenas hay que realizarlas de todo corazón. Al público hay que conmovirlo hasta las tripas. Es lo único que lo fascina y lo transforma.

Terminada una escena, los Barrymore ya no somos más actores. Nada me disgusta más que un actor que siempre está en plan de teatro. Recuerdo al individuo que regresó a su casa y al ser preguntado por su mamá si quería comer huevos fritos con tocino, le contestó indignado: «¡No me hable! ¡Soy Macbeth!».

Lionel Barrymore no se dedica por entero al cine. La música y el dibujo le toman bastante de su tiempo. De modo que no es un actor perenne, y por ello no es de los que exagera las escenas. Hay actores que hacen un esfuerzo formidable para levantar el nivel dramático de una escena, y luego les cuesta trabajo terminarla. Con Lionel sucede lo contrario. Funciona como un mecanismo bien lubricado. Mientras más grande sea la escena, actúa con mayor naturalidad.

Su mente clara y libre de prejuicios le per-



Caricatura de Lionel Barrymore personificando a Kringelein en la película «Grand Hotel».

mite interpretar el personaje que encarna a la perfección. Nunca he conocido a nadie que piense con tanto despejo en medio de una situación confusa, como mi hermano Lionel.

Como ama la música, le causó una gran indignación que durante la Guerra Mundial fueran omitidas de los repertorios nacionales las obras alemanas. Se enojaba de mala manera cuando la gente afirmaba que la música alemana no sería tocada nunca más en los Estados Unidos.

—¡Eso es una locura!—exclamaba. Nadie se perjudicará más que nosotros. Sería lo mismo que un regimiento de soldados alemanes marchara sobre un tejado y se lanzara a la calle desde una gran altura por despreciar la ley de gravitación universal, debido a que fue descubierta por el inglés Newton.

Uno de los cuentos favoritos de Lionel trata del dueño de una cigarrería situada cerca de los talleres Biograph en New York. En aquellos tiempos las películas más importantes no pasaban de un rollo de largo. Lionel acostumbraba ir a la tienda a comprar tabacos y a charlar sobre Shopenhauer con el propietario, que era medio filósofo.

—¿Por qué va usted al cine?—le preguntó Lionel.

—Me gusta ver las películas, porque siempre sale bien el hombre bueno.

Desde entonces Lionel ha creído que esa es la fórmula del éxito para el cine. Sin embargo, su triunfo como actor del celuloide data de la época en que el cine descartó esa fórmula. En algunas de las cintas más popu-

lares de la actualidad no siempre triunfa el bien. Algunas veces sale vencido, que es lo que sucede a menudo en la vida real.

En uno de los dramas de Oscar Wilde hay un personaje que describe la novela que ha escrito. «Los buenos —dice— viven dichosos, y los malos mueren desdichados. Eso es lo que quiere decir una novela».

Las películas habladas demuestran que yo no poseía facultades de profeta. La primera vez que las oí, vaticiné que durarían no más de un año, si acaso. No era yo el único equivocado. Lo mismo creía el productor Joseph Schenck, presidente de la United Artists. ¡Mucho me sorprendió después que la invención que tanto despreciaba fuera la responsable de mi rescate como actor!

Las experiencias primeras de Ethel Barrymore en el cine no fueron del todo satisfactorias. La única cinta que consideró buena fue «El despertar de Helena Ritchie». Ni siquiera le gustó la dirigida por Lionel. No podía conformarse con la técnica del cine. Eso de trabajar en medio de un grupo de curiosos, o de mantenerse a raya para no violar la perspectiva de las cámaras, no le entraba en la cabeza. Una vez hizo un papel de cantante italiana y le tocó cantar en la avenida Madison, frente a la residencia de su amiga la señora Whitelaw Reid.

—¡Por Dios, no puedo hacerlo! ¡Supongamos que la señora Reid sale y me ve tocando el órgano y cantando ahí!

Hubo necesidad de buscar otro sitio en la calle para poder filmar la escena.

MUY BREVES

MUNICHEANA

El 29 de septiembre se oyó por la estación W. G. N., de Chicago: «Miss Sigfrid Schultz corresponsal del «Chicago-Tribune», en la Europa Central, hablará esta tarde desde Munich. Su comentario acerca de la Conferencia de las Cuatro Potencias y las posibilidades de guerra se transmitirá a las 4.55 ó 5 de la tarde, en cuanto termine el juego entre los Piratas y los Gigantes». Los Piratas y los Gigantes referidos son dos clubs de base ball... —(The Nation).

HAGA USTED LA PRUEBA

«Nuevas bases para la investigación racial» se titula un libro recién publicado por el profesor Herman Gauch, del Tercer Reich, en que se lee: «Los dientes de los nórdicos son proporcionados a lo estrecho de su mandíbula superior que se prolonga como el hocico de un animal. Es porque los nórdicos (arios) pueden masticar con la boca cerrada mientras que la gente de otras razas hacen ruidos como los animales cuando mastican».



ah Bondi y Leonel Barrymore en una escena de «El Retorno del Desconocido», en que trabajó con Miriam Hopkins.

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::



MUY BREVE

DEL MISMO

Hay gente que cree que D-Annunzio jugó una mala broma a Mussolini cuando le propuso el saludo romano alzando la mano que fué adoptado por el fascismo y después por el nazismo. Los patricios romanos se saludaban estrechando la mano; eran los esclavos los que levantaban la mano en la forma que ahora es fascista.—(Books Abroad).

CONSEJO

Cuando al famoso Beau Brummel le preguntaron en qué consistía el secreto de su éxito con las mujeres, respondió: «Es muy sencillo, trato a las duquessas como fregonas y a las fregonas como duquessas».—(You Life).

LOS POBRES DEL DIA

—Pero pobre hombre, dijo un visitante a un trabajador rural, ¿cómo puede usted hacer que esta finca pague? No veo más que rocas alrededor.

—No soy tan pobre como usted se imagina, fué la respuesta: yo sólo soy aquí un gañán, no el dueño de esta tierra.—(Ahora).

OTRA

—¿Y cómo se las arregla usted para mantener este negocio? preguntó un visitante al dueño de un almacén de menestras.

—Es muy sencillo, respondió. ¿Ve usted a ese sujeto detrás del mostrador? Es mi empleado; no le puedo pagar su sueldo, así es que en dos años tengo que entregarle en pago el almacén. Entonces yo trabajo para él hasta que lo recupero en la misma forma.—(The Montreal Gazette).

DANNUNZIANA

Cuando Gabriel D-Annunzio vivía en París le llegó una carta dirigida simplemente: «Al más grande poeta de Italia». El sublime se negó a recibirla diciendo que era «El más grande poeta del mundo, no de Italia».—(New York Times).

HACE DIFERENCIA

—¿Quién es esa muchacha larga y flaca que acaba de pasar por aquí?

—Hombre, esa muchacha era larga y flaca; ahora es alta y delgada; ha heredado un millón de pesos.—(Area News)

CONYUGAL

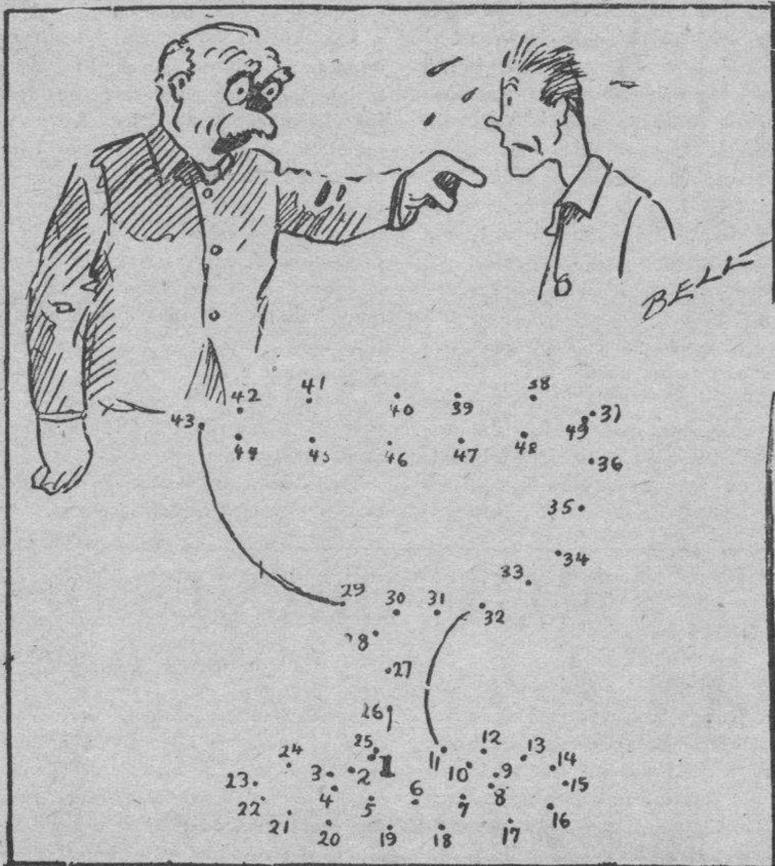
La querrela empezó en la fiesta, siguió en el camino, de regreso, continuó en la casa, ella hablando todo el tiempo naturalmente, hasta que dijo: «Y ahora cometes la insolencia de escuchar así sentado, sin decir una palabra y amenazándome con los puños cerrados en tus bolsillos».—(Expositor Brantford).

DEPORTIVA

Un boxeador americano que pidió y obtuvo que le pagaran 5.000 dólares antes de subir al ring fué noqueado en los primeros segundos del primer round sin que nadie viera de dónde le había venido el golpe. Posiblemente fué de su conciencia.—(Punch).

CORTESIA, ASNAL

—Señora, dijo el burro, ¿ha perdido usted su sostén-seno?— Y entregó a la vaca un guante que había encontrado en la pradera perdido por una dama que andaba de picknick.—(Nebelspalter)



El muchacho de Margarito Jacarandoso, ha vuelto a ser despedido del trabajo. Figúrate que empezó ayer a trabajar en un bar y el amo lo sorprendió sirviendo un refresco de piña en un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números)



—Oiga, policía: mi compañero no se ha presentado. ¿Sería tan bueno que vigilara la puerta mientras yo entre a inspeccionar la... (Vaya trazando líneas rectas entre los números.)

CON PIMIENTA Por Diógenes

El amor hace que el tiempo vuele, y el tiempo hace que el amor vuele.

* * *

Hay gente que habla más de religión en 10 minutos que la que practican en diez años.

* * *

El hombre que juega por entretenerse generalmente lo logra, pero el otro logra el dinero.

* * *

Cuando un hombre llega a un estado tal de penuria en que se encuentra demasiado orgulloso para pedir limosna y demasiado honrado para robar es que ese hombre está casado.

* * *

Cosas que no se ajustan: el amor y la razón.

* * *

Cuando usted oiga a un hombre decir que es feliz en su matrimonio no le pregunte cómo lo ha logrado, simplemente no le crea.

Es más fácil pensar que uno se vantar temprano que hacerlo.

* * *

Hay gente que lo sabe todo excepto que sabe.

* * *

No reproches a tu mujer que te llamo; si no lo fueras no te habrías casado.

* * *

Sí; las mujeres son muy crédulas, el retrato es halagador.

* * *

La última artuga en el rostro más nos atormenta.

* * *

La pereza es la fruta podrida de la filosofía.

* * *

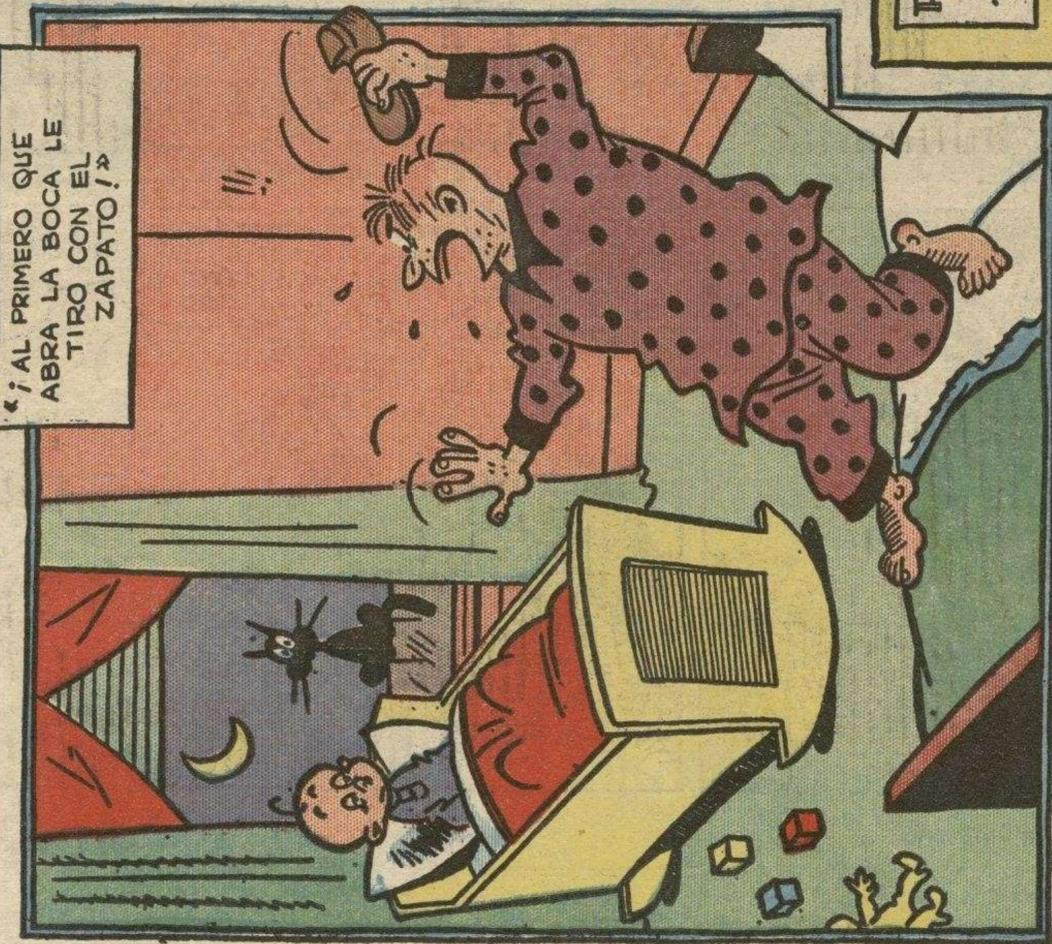
Cuando veas a un hombre así poste no tengas duda de que uno está perdiendo el equilibrio.



El hombre que «siente» la propia importancia, por regla general es solo importante para sí mismo.



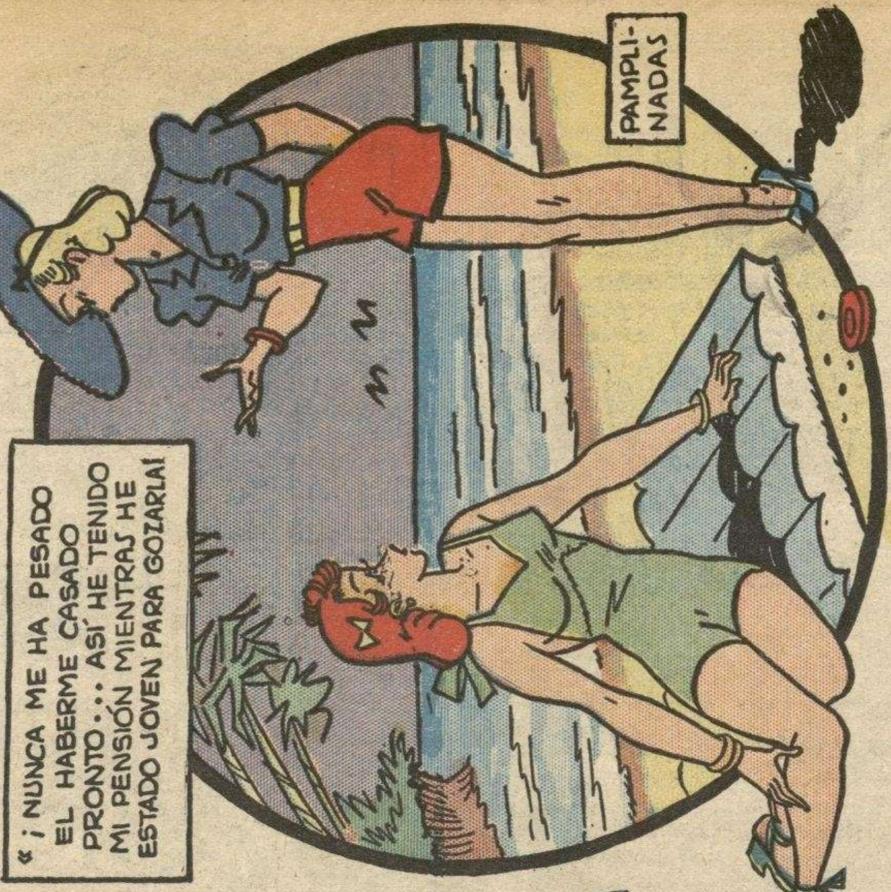
Para algunos jóvenes de buen momento mejor del «party» comienzan a repartir los empaques.



« ¡ AL PRIMERO QUE ABRA LA BOCA LE TIRO CON EL ZAPATO ! »

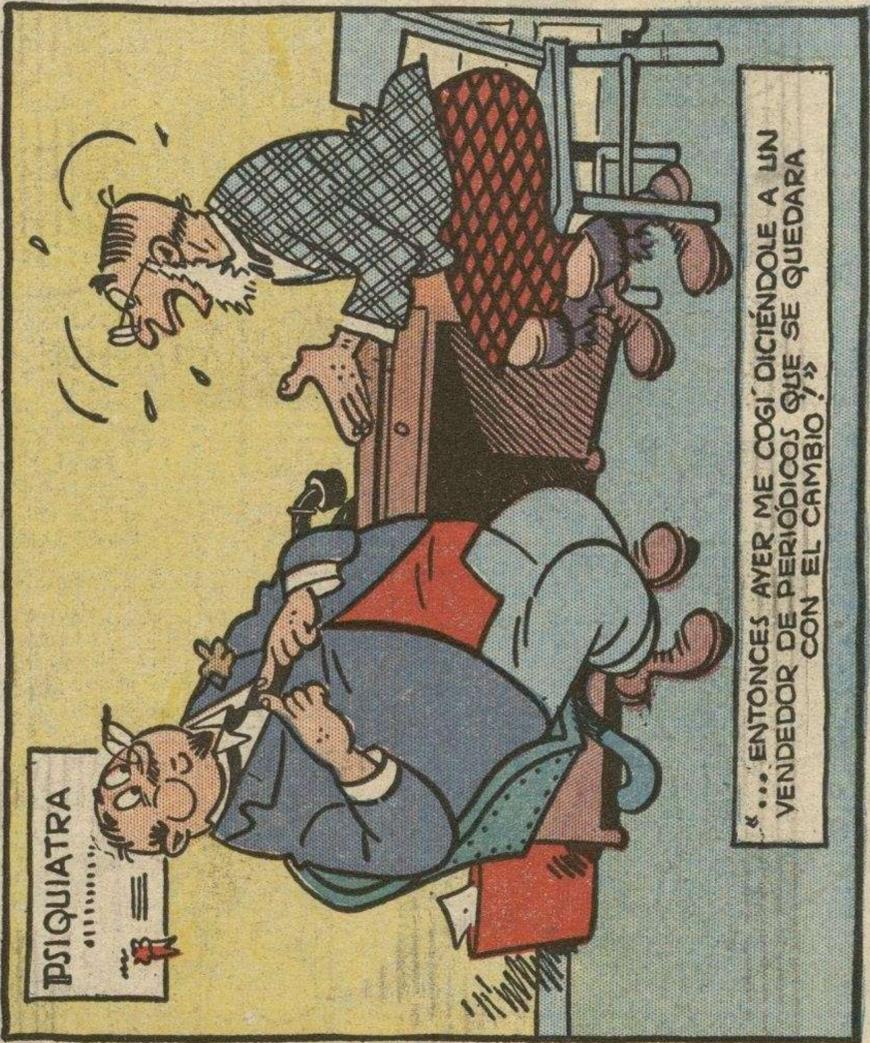


« ¡ ALGUIEN ESTABA TRATANDO DE ENTRAR CARCELERO, PERO YO LO ASUSTE Y SE MARCHO ! »



« ¡ NUNCA ME HA PESADO EL HABERME CASADO PRONTO... ASI HE TENIDO MI PENSION MIENTRAS HE ESTADO JOVEN PARA GOZARLA ! »

PAMPLI-NADAS



PSIQUIATRA

« ... ENTONCES AYER ME COGI DICIEÑDOLE A UN VENDEADOR DE PERIODICOS QUE SE QUEDARA CON EL CAMBIO ! »



PERINGUILLA

« ¡ QUIERO ADVERTIRTE, MAMA, QUE VOY A EMPÉ-ZAR A REZAR POR UN TRINEO... DE MANERA QUE MAS VALE QUE EMPIECES A AHORRAR ! »

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



¡MANZANAS, COCINERO! ¡HICE QUE ME LAS ENVIARAN POR EXPRESO AEREO DESDE AMERICA!



¡COCINERITO: NO HAY NADA QUE ME GUSTE MÁS QUE UN PASTEL DE MANZANA CON CANELA Y QUESO! ¡LA BOCA SE ME HACE AGUA!



¡MALDITO! ¡QUIERE COMERSE LAS MANZANAS!



¡NO ME DETENGAS! ¡LO MATARÉ! ¡LE VOLARÉ LA CABEZA!

NO PIERDAS LA CABEZA, CAPITÁN. YO TENGO UN PLAN MEJOR...



¡MIRA! ¡ESTO ES LO QUE SE DICE UN TERRIBLE EXTERMINADOR! ¡TOMA, PERRITO LINDO!

VENENO, ¿VERDAD?



¡NO SIMPLEMENTE CIRUELAS PASAS. SE LAS COMERÁ TODAS Y LE ENTRARÁ SED!



Y ENTONCES ES CUANDO COMIENZA LA FIESTA, PORQUE LAS PASAS SE LE HINCHAN EN EL ESTÓMAGO.

COCINERO: ¡ERES UN GENIO!



CUANDO SE LE HINCHAN LAS CIRUELAS NO SE PUEDE TENER EN SUS PATAS.

¡JÁ, JÁ! ¡MIRA QUE EXPRESIÓN! ¡PARECE QUE HACE MUECAS!

¿QUÉ HA PASADO?

¡COMIO DEMASIADO, VA A REVENTA COMO UNA BOMBA!



¡OH, MI POBRE PERRITO! ¡MI CANSITO! ¡SE ME MORIRÁ! ¡TRAIGANME ALGO QUE SEA BUENO PARA BENITO!

¡NO YO! ¡QUÉ SE MUERA!



¡JÁ, LINDO ATRACADOR DE MANZANAS! TENGO UN REGALITO PARA TI... ¡UN PASTEL! ¡PASTEL DE MANZANA DELICIOSO! ¡MIRA QUE AROMA MÁS RICO EMANA DE ÉL!... BUENO, ¿POR QUÉ NO TE LO COMES? ¡JÁ, JÁ, JÁ!



¡UAA! ¡UAA!



¡RECORDOLIS! ¿CÓMO LO HIZO?

¡MIRA! ¡PIDE MÁS!

¡A VECES TU APETITO ME DISGUSTA, BENITO!

¡COCINERO, ERES UN IDIOTA!

DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 26 DE FEBRERO DE 1939

TRAVESURAS DE PLUTO

by WALT DISNEY

EL AMOR MIO SE MUERE, AY, AY, AY...

¡PLUTO! ¡TRÁEME ESA TOALLA!

¡VAMOS! ¡DEVUELVEME LA TOALLA!

¡ESO NO ES TOALLA! ¡QUE TORPE ERES! ¡QUE MAL NICE EN DECIRLE A MIGUELITO QUE TE CUIDARIA!

ESCUCHA, PLUTO. TOALLA. ¡TO-A-LLA! ¡MIRA QUE EL TIO LLEGARA DE UN MOMENTO A OTRO!

R-R-R-RIN, R-R-R-RIN.

¡AHÍ ESTÁ MI TIO Y YO TODAVIA SIN VESTIRME! ¡QUE ESTÚPIDO ERES, PLUTO!

EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡ATIZA! ¡QUE BUENA ES ESA NUEVA BEBIDA INVENTADA POR MIGUELITO! ¿COMO LA LLAMA EL? ¡CERVECINA!

ME HUBIERA TOMADO SEIS BOTELLAS MAS SI...

¡TREMENDA! ¡CREI VER TRES HOMBRITOS IGUALITOS! PERO...

¡DIGA, AMIGO ¿ME DA FUEGO?

¡GRACIAS POR LA MOLESTIA!

¡NO ES NINGUNA MOLESTIA!

¡OOH!

VODEVIL GRAN ESPECTACULO EL PROFESOR GIL LOS TRES GEMELOS ADARILES

SI, EL MUY IDIOTA DICE HABERSE EMBORRACHADO CON CERVECINA Y QUIERE QUE LO ENCARCELEN!

¡NO LO DEJE IR, SARGENTO, QUE VOY EN EL ACOTO!

¿QUE TE PASA, TRIBILIN?... ¡YO NO VEO QUE ESTES ADEBORRACHO!

¡AH! ¿ENTONCES NO ESTOY BORRACHO?

¡NO, HOMBRE, NO! ¡SI MI CERVECINA ES UNA BEBIDA SIN ALCOHOL!

¡PUES SI NO ESTOY BORRACHO... ENTONCES...

...POR EL AMOR DE DIOS, LLEVENME AL MANICOMIO. QUE ESTOY LOCO!

WANG-LA

by BRANDON WALSH

NUESTROS AMIGOS EXPLORAN EL INTERIOR DE LA ISLA EN BUSCA DE CARNE PARA LOS HAMBRIENTOS TRIPULANTES, Y SON CAPTURADOS POR UNA PARTIDA DE SALVATES DE TRES METROS DE ESTATURA Y DE PIERNAS TAN LARGAS, QUE PUEDEN ALCANZAR CORRIENDO A LOS ANIMALES MÁS VELOCES.



... BUENO, CÁMARADAS. OTRO DÍA ACIAGO AMANECE... CREO QUE YA PODEMOS AVENTURARNOS A SALIR DE ESTE GALLINERO.

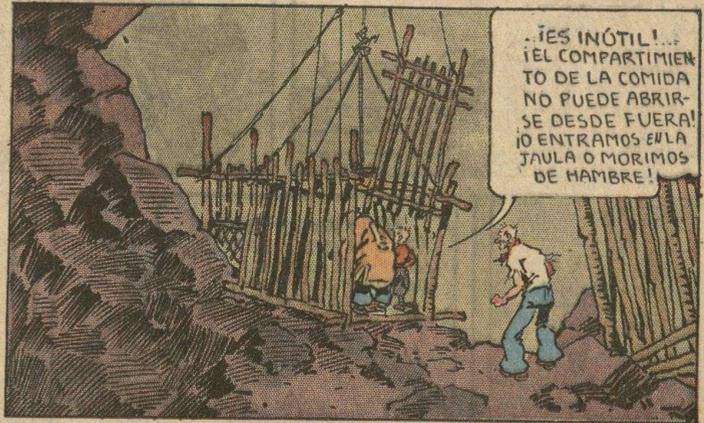


... LEFLENA TU JUSTIFICA LA IMPACIENCIA

... LOS VAMPIROS DE ESTA CAVERNA NO DEJAN DE VOLAR HASTA QUE SALE EL SOL



¡MALDITOS SEAN ESOS COBARDES! ¿POR QUÉ NO NOS ASESINAN DE UNA VEZ, EN LUGAR DE TORTURARNOS TANTO?



... ¡ES INÚTIL!... ¡EL COMPARTIMIENTO DE LA COMIDA NO PUEDE ABRIRSE DESDE FUERA! ¡O ENTRAMOS EN LA JAULA O MORIMOS DE HAMBRE!



... ESTA ESCLITO QUE CÁLAMAL TIENE SU LEMELIO... TENEMOS QUE SACAR LAS HONOLABLES PLOVISIONES CON GLANLES MANIFESTACIONES LE LEGOCITO.



... ¡BIEN SE HA LICHADO QUE PLEOCUPALSE POL LOS MALLES DEL MAÑANA ES SUFLIL'LOS LOS VECES!



HEMOS AHORRADO COMIDA PARA UNA SEMANA, PERO ¿PARA QUÉ NOS SIRVE, SI ESTA CAVERNA NO TIENE OTRA SALIDA QUE EL AGUTERO DEL TECHO?



... EN TABLAS LE JALE BLANCO ESTÁ INSCLITO QUE CALA OLLA TIENE SU TAPA. ¡TAMBIÉN ES COLIENTE QUE CADA MAESTLILLO TIENE SU LIBILLO!

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh



¡CARAMBA 'HUESITO' QUE HERMOSA ES, Y MIRA QUE JOYAS GASTA! ¡APUESTO A QUE ES RIQUEZIMA!



... ¡TANTA EXCITACIÓN, SR. BLANES! ¡TODO EL MUNDO TRAJINA COMO SI EL TEATRO ESTUVIESE ARDIENDO, O COMO SI FUESE NOCHEBUENA!



... SIEMPRE HAY BASTANTE EXCITACIÓN ENTRE BASTIDORES EN LAS NOCHES DE ESTRENO, QUE TANTO SIGNIFICAN PARA LOS ACTORES. TODOS CAVILAN SI LA FUNCIÓN AGRADARÁ AL PÚBLICO...



... "CAMILA" ES UN DRAMA SOBERBIO; PERO MUCHO DEPENDE DE LA PROTAGONISTA...

... ¡CIERRE LA PUERTA CON LLAVE! ¡QUE NO ENTRE NI SALGA NADIE, HASTA QUE VENGA LA POLICÍA!



¿LA POLICÍA? ¿QUÉ HA PASADO?

¡CASI NADA! ¡HAN DESAPARECIDO LAS PERLAS DE MLE. LE VIVAT!



... LAS PERLAS ESTABAN GUARDADAS EN MI TOLADOR... LAS LLEVO EN LA ESCENA DEL BAILE... ¡ABRÍ EL CATÓN Y YA NO ESTABAN! ¡ALGÚN LADRON HA ROBADO MIS...!



... PERDONEME. ¿ESTA UD. SEGURA DE QUE SUS PERLAS FUERON ROBADAS DESPUÉS DE QUE ABRIÓ SU CATARIN?

¡SEGURÍSIMA! ¡ME LAS PUSE HACE POCO RATO, PARA VER SI IBAN BIEN CON ESTE NUEVO VESTIDO!



... ¿DICE UD. QUE ESTABA AQUÍ AL LLEGAR LA SRTA. LE VIVAT, Y QUE NO DEJÓ LA PUERTA?

... ¡SÍ, SEÑOR. NO DEJÉ LA PUERTA SINO UNOS MINUTOS EN QUE ANITA ME RELEVO...



¿ANITA? ¿QUIÉN ES ANITA? ¿SU MUJER?

... SE REFIERE A MÍ, SEÑOR. YO LO AYUO A VIGILAR LA PUERTA.

¿CONQUE CONFIA LA VIGILANCIA A UNA CRIATURA?

¡IYA SE VA ACLARANDO ESTO!



MODESTO RIZOS

MODESTO, QUE SE HA ESCONDIDO EN EL AVION DE UNO DE LOS CRIMINALES, SALE DE EL DESPUES DE QUE EL PILOTO ENTRA EN EL HANGAR.

PRONTO VE QUE ESTE VESTIDO YA CORRECTAMENTE, SALE A TOMAR UN AUTO QUE LO AGUARDA.

SIGA A ESE COCHE Y PARE UNA CUADRA DETRAS DE EL CUANDO SE DETENGA.

BUENO... SUBA... DIGA... ¿SE HA ESCAPADO USTED DE ALGUN CIRCO?

TAXI - 25¢

GARLOW, EL PILOTO, SE APEA DE SU AUTO PARA HABLAR POR UN TELEFONO PUBLICO.

Y AHORA, APUNTA EL NOMBRE Y LAS SEÑAS. LAS REPETIRÉ.

ESA NOCHE...

¡AMIGO! CON ESE DISFRAZ DEBERIA USTED GANAR EL PRIMER PREMIO!

¿POR QUÉ DEJA DE BAILAR?

¡ES EL! HUM... AH... ¡DISPENSEME SEÑORITA! TENGO QUE MARCHARME!

DE REPENTE EL DUEÑO DE CASA INTERRUPE LA FIESTA GRITANDO:

¿SE HA COMETIDO UN ROBO!

¡ACABO DE LLAMAR A LA POLICIA!

SI NINGUNO DE LOS CONVIDADOS SE QUEJA, ¿QUE SE HAN ROBADO SEÑOR?

¡MIS TAPICES IMPORTADOS! SON ANTIGUOS Y VALEN MUCHO DINERO!

DAY-BREAK

2-19

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young

¿SE LE ESCAPO CHICHI? ¡PAPA! LLVA A SENTIR MUCHO!

¡YO TAMBIÉN LO SIENTO, TALLEY! TRATÉ DE AGARRARLO; PERO NO LO PUDE ALCANZAR!

ESE CACHORRO ERA EL FAVORITO DE PAXTON.

SE VA A ENFADAR MUCHO CUANDO SE ENTERE.

LA CULPA ES MÍA... ¡ME DESCUIDÉ!

TENEMOS QUE CONFESAR LA VERDAD, AGUILUCHO, SIN DISCULPARNOS. ¡MIRA! ¡AHÍ VIENE PAXTON!

ESTOS SON LOS DRAGONES QUE ESPERABAS, PAPA!

¡SE QUE USTEDES ME AYUDARÁN MUCHO!

NOS SOBРАН LAS GANAS DE HACERLO, SEÑOR; PERO HAY ALGO QUE TENEMOS QUE DECIRLE.

PERDÓNENME UN MOMENTO. TENGO QUE DEVOLVER ESTE CACHORRO A SU JAULA. LO CAECE EN EL CAMINO, INO SE COMO SE ESCAPARIA!

¡ES CHICHI! ¡QUÉ SUERTE! ¡YO LO ENCIERRARE, PAPA!

¡CARAMBA!

EL CORONEL CRAGG NOS MANDÓ PONERNOS A LAS ÓRDENES DE USTED, SEÑOR.

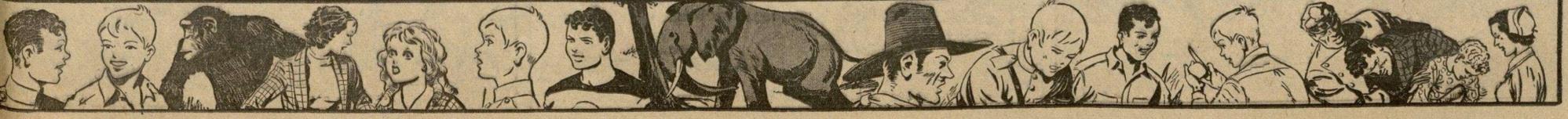
ALGUIEN ME HA ESTADO ROBANDO LOS ANIMALES MÁS VALIOSOS Y QUIERO QUE USTEDES ME AYUDEN A CAPTURARLOS; PERO PRIMERO ME ACOMPAÑARÁN A UNA CACERÍA.

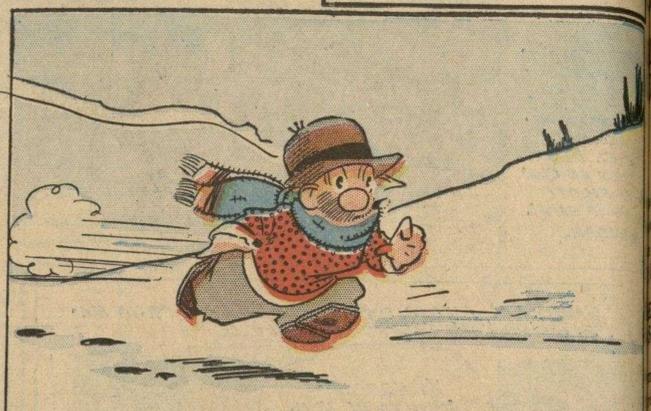
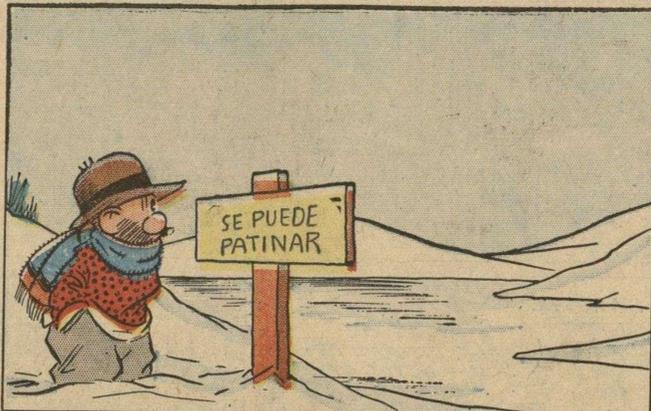
¡PARECE MENTIRATALLEY, QUE UNA JOVEN TAN PRECIOSA VIVA EN ESTA COMARCA SÍ VAJE.

¡EH, PEPE! ¿NOS VAS A COMPAÑAR O NO?

HAY QUE CAPTURARLO VIVO ¡ME DARÁ MUCHO DINERO!

CONTINUARA





PEDRO HARAJOS

Registered U. S. Patent Office

